www.flacsoandes.edu.ec

Ecos de revuelta

Cambio social y violencia política en Quito (1931-1932)

PATRICIO LÓPEZ BAQUERO

Ecos de revuelta

Cambio social y violencia política en Quito (1931-1932)

ABYA YALA
UNIVERSIDAD POLITÉCNICA SALESIANA

FLACSO
ECUADOR

Ecos de revuelta

Cambio social y violencia política en Quito
(1931-1932)

PATRICIO LÓPEZ BAQUERO

1era. edición: **Ediciones Abya-Yala**
Av. 12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla: 17-12-719
Teléfonos: 2506-247 / 2506-251
Fax: (593-2) 2506-255 / 2 506-267
e-mail: editorial@abyayala.org
www.abyayala.org
Quito-Ecuador

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Av. Diego de Almagro
PBX.: (593 2) 3238888
Fax: (593 2) 3237960
www.flacso.org.ec
Quito-Ecuador

Diseño&
Diagramación: Santiago Calero Flores

ISBN FLACSO: 978-9978-67-298-3
ISBN Abya-Yala: 978-9942-09-030-0
Impresión: Ediciones Abya-Yala
Quito-Ecuador

Impreso en Quito Ecuador, octubre 2011

Tesis presentada para la obtención del título de Maestría en Ciencias Sociales
con mención en Ciencia Política, de FLACSO-Sede Ecuador; Autor: Patricio López Baquero
Asesor: Carlos de la Torre E.

ÍNDICE

Introducción 8

Capítulo 1
Los años 30. Marco para una relectura 11

Insumos historiográficos 11
El paisaje del conflicto a inicio de los años 30 16
Enfoque y coordenadas conceptuales y metodológicas 20

Objeto y objetivo 20

Insumos conceptuales 22

Insumos metodológicos 28

Capítulo 2
El escenario y los actores 31

Un entorno en cambio acelerado 31

Babel política e Institucionalidad 31

Marco institucional precipitante 35

El fin de la ilusión kemmeriana 36

Quito: Una realidad en transformación 38

Visiones de cambio social 44

El republicanismo elitario 44

Los vientos revolucionarios 47

Los actores sociales en perspectiva 52

Terratenientes e industriales 52

Hombres en armas 54

Nuevas voces: Damas y estudiantes 57

Nuevos ciudadanos y agitación urbana 61

Políticos profesionales 64

El campo simbólico-político a la época 66

Capítulo 3

De la caída de Ayora a la descalificación de Bonifaz 70

La caída del gobierno ayorista 70

Las ideas en las calles (I):
Acción colectiva durante la caída de Isidro Ayora 76

Hacia el caos. Del interregno larreísta al ascenso bonifacista 80

Las ideas en las calles (II):
Contra el estanco de los fósforos y sus "viles defensores" 80

Tomas de posición: Partidos y candidaturas 88

El fantasma de la CON: ascenso 95

Las ideas en las calles (III):
El fallido autogolpe de Larrea Alba 99

La pólvora del sufragio libre 103

El fantasma de la CON: clímax 107

Las ideas en las calles (IV):
Contra el bonifacismo triunfante 110

La lucha simbólica: la nacionalidad del Elegido 112

Las ideas en las calles (V):
acción colectiva en vísperas de la descalificación 115

Capítulo 4

La Guerra de los Cuatro Días 120

La Batalla de Quito 120

Luchas simbólicas y violencia 133

La violencia desde los actores (I):
soldados deliberantes 133

La violencia desde los actores (II):
civiles en conflicto 136

La violencia desde los actores (III):
estudiantes y mujeres 140

Las secuelas de la violencia 143

El fantasma de la CON: ocaso 146

Capítulo 5

Análisis conclusivo 148

Escenarios, cambios estructurales y gatillos 149

Actores y súper-actores 151

Discursos cambiantes: marcos interpretativos en mutación 153

El ciclo y su forma: factores de la dinámica del conflicto 158

Repertorios, o el lenguaje de las calles 164

Reflexiones de corte histórico 167

Anexo.
Leyenda de Edificaciones.
Mapa de Quito, 1931 171

Bibliografía 172

Introducción

Época de asombrosa inestabilidad, caos económico e institucional, los 30s conllevaron también, paradójicamente, instantes de alumbramiento, creación y utopía: golpes militares y congresiles, autocracias, dictaduras corporativistas, caudillismos socialistas y conservadores, cuasi-fascismo, legislación obrera, aseguramiento pensional, Código del Trabajo, sindicalización y organización popular, literatura originalísima ... y en medio de semejante tapiz, un fenómeno recurrente, no nuevo pero nunca antes tan frecuente hasta entonces: la conflictividad pública, la intervención multitudinaria en el suceso político.

¿Acaso la intensa conflictividad política de los tempranos años 30 fue resultado de la permanente conspiración partidista-militar?; ¿fueron las multitudes masas útiles?; de hecho, ¿existieron multitudes realmente?. Según la historiografía tradicional, la grave inestabilidad política que consumió la primera mitad de la década de los 30 es fundamentalmente explicada por luchas partidistas y militares, en las que las masas fueron protagonistas secundarios. ¿Fue acaso tan así?

Sin embargo, como fuera, ¿cuán útil es, para el hoy, el estudio del pasado?, ¿vale la pena volver la vista atrás?. No sólo el hecho histórico por sí mismo reclama una validez injustamente escamoteada, sino que es vital recordar que la sociedad ecuatoriana actual se ha construido a partir de aquella desgarrada de inicios de siglo, y entender la dinámica que aquella hubo de afrontar es una forma de afrontar la nuestra propia. Por otro lado, preguntarse acerca de cuáles fueron las dinámicas sociales que llevaron a una nación entera a efervescer y sobrevivir parecería no ser una pregunta poco relevante.

El presente trabajo parte de preguntas concretas: ¿cuáles fueron las características básicas de la agitación social que se multiplicó entre 1931 y 1932?, ¿qué factores explican la movilización social de aquella época?

A su vez, ambas preguntas remiten una íntima hipótesis: la inestabilidad política fue apenas el reflejo concreto de un estado de tensión social crítico y creativo que marcó la entrada de la sociedad 'civil' en la arena política institucional; caracterizar tal momento, y detectar las dinámicas sociales generadas entonces, son los principales ejes de esta investigación.

Para desarrollar este trabajo, se propone un ejercicio de relectura en torno a los procesos de conflictividad socio-política vividos entre 1931, año marcado por la caída del gobierno del Dr. Isidro Ayora, fin de una breve pero fundamental etapa de gobierno civilista, autoritario y modernizante, y 1932, momento crítico del conflicto social, simbolizado por el enfrentamiento civil de los Cuatro Días en Quito.

En el análisis de estos episodios se ha privilegiado la revisión de materiales primarios, en forma de prensa contemporánea, memorias de testigos, hojas volantes y mapas; amén de una amplia revisión bibliográfica. Sobre esta base, y a partir de los aportes conceptuales del análisis de movimientos sociales, este trabajo apunta a mostrar que los diversos episodios de violencia política, especialmente aquellos en los que existió participación civil y militar, son en el fondo manifestaciones de un mismo ciclo de acción colectiva, con características y raíces vinculadas y en evolución.

Entre las conclusiones alcanzadas destaca la caracterización del ciclo conflictivo, basado en la continuidad de actores clave, la secuencia evolutiva de argumentos emblemáticos y la consistencia de repertorios sociales característicos. Se prueba además un modelo sencillo de interpretación que incorpora la evaluación de cambios o tensiones estructurales, procesos de enmarcamiento interpretativo, presencia de factores detonantes, impulsores y equilibrantes, además de la caracterización de los repertorios sociales correspondientes.

Más allá de lo académico, es de justicia reconocer en estas páginas las impagables deudas que les dieron impulso. En primer lugar, agradezco la oportunidad brindada por Diario El Comercio, durante el proyecto editorial del Libro Conmemorativo por sus 100 años; su proceso de armaje generó un inolvidable grupo de discusión e investigación en el que estas páginas de alguna manera nacieron. Después, el impulso académico sobre todo de Simón Pachano y Carlos de la Torre, ambos docentes de FLACSO, fue determinante para que la idea no muriese. En

las últimas etapas de investigación, agradezco inmensamente el aporte de los jóvenes y brillantes investigadores David Gómez y Alicia López, el primero por su capacidad de localización y análisis documental; la segunda por su perspicacia en el análisis de contenidos informativos. Un especial reconocimiento para Doña Alicia Ordóñez Pallares, ejemplo de humor y lucidez, que a sus 98 años compartió con el autor una invaluable ventana de historia viva, a través de sus recuerdos. Para terminar, nada habría sido posible sin la persistencia de una familia tan pequeña como rica; a mi madre y a Annie este trabajo como compensación a su paciencia.

Capítulo I
Los años 30
Marco para una relectura

Insumos historiográficos

La década de los 30, y su etapa inmediatamente previa, el julianismo, han sido objeto de un relativo énfasis en los estudios históricos ecuatorianos. Pese a ello, pocas personas podrían afirmar que ese conocimiento sea abundante ni suficiente. Desde una perspectiva historiográfica cabe preguntarse qué enfoques han predominado el estudio de esta época. Para responder, puede usarse un sencillo marco propuesto por Agoglia, 1985 y que resume los principales enfoques de estudio histórico: a) crónica o historia documental; b) estudios descriptivos; c) estudios explicativos; d) estudios comprensivos; e) estudios interpretativos.

Estas categorías historiográficas no son aisladas ni exclusivas, y en mucho implican, más que criterios diferenciantes, niveles de análisis. Así, todo tipo de estudio requiere de un amplio acervo descriptivo de los sucesos históricos (crónica y descripción histórica); de allí, el nivel explicativo procura ordenar tales eventos en secuencias lógicas vinculantes (relaciones causa-efecto, por ejemplo), que a su vez adquieren sentido sólo cuando son contrastadas con su contexto histórico – social (nivel comprensivo). Por último, estos mismos contextos históricos podrían estar vinculados a grandes dinámicas históricas de largo plazo, cuya configuración sería el reto del nivel de análisis interpretativo. En base a esta diferenciación, se propone un listado mínimo de fuentes y autores que tocan la época en cuestión, y que son al mismo tiempo más conocidos y disponibles para la investigación:

Nivel histo-riográfico	Obras / Fuentes
Documental	Arcos, 1940; Barrera, 1950; Garcés, 1933; Muñoz, 1988; Ortiz Bilbao, 1989; Suárez, 1934; Trabucco, 1968; Troncoso, 1958; Uzcátegui, 1975; Fondos documentales del Banco Central del Ecuador (Jijón, Barrera, Bonifaz, documentos consulares y diplomáticos); Centro de Documentación de Diario El Comercio; Colección de Periódicos de la Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit; Hemeroteca de la Casa de la Cultura Ecuatoriana
Descriptivo / explicativo	Llerena, 1959; Pareja Diezcanseco, 1986; Reyes, 1949; Norris, 2005
Comprensivo	Bustos L., 1991, 1992; Luna Tamayo, 1987, 1988, 1991; Maiguashca, 1991a; Marchán R., 1991; Ycaza, 1988
Interpretativo	Alexander Rodríguez, 1992; Cuvi, 2004; Deler, 1987; Fischer, 1983; Ibarra, 1984; Cueva, 1983, 1988; de la Torre E., 1993; Hurtado, 1993; Maiguashca, 1992, 1994; Maiguashca, 1991b; Moreano, 1995; Ortiz Villacís, 1977; Salvador Lara, 2005; Ycaza, 1988; Quintero, 2005; Quintero ySilva, 1998

No es sorprendente el que el acervo bibliográfico se concentre en los dos extremos de la escala analítica: por un lado, los eventos históricos generan registros testimoniales a una velocidad mayor que la de su procesamiento y explicación; y por otro, muchas veces el investigador se acerca a los eventos desde una perspectiva interpretativa predefinida, en busca de confirmación o contraste.

En este sentido es importante revisar algunas de las principales y más comunes interpretaciones históricas disponibles acerca de los años 30 en general, y de sus años iniciales en particular.

Cueva, 1983 resume los años treinta como una etapa de crisis hegemónica propulsada por los devastadores efectos de la crisis económica internacional; toma en cuenta la conflictividad política de inicios del periodo, pero en tanto efecto resultante de la explotación del descontento popular por parte de los terratenientes conservadores, lo que devendría en la formación de la Compactación Obrera, "movimiento de corte fascistoide" que sirvió como base de "huestes civiles" de aquellos. Menciona específicamente a la guerra civil de los Cuatro Días como resultado de la manipulación conservadora y clerical de la tropa, que al fin resultaba ser "una prolongación de los famosos 'compactados'" (pg. 99).

En consonancia, Moreano, 1995 percibe a la época como resultante del sordo enfrentamiento entre la fracción agroexportadora burguesa, urgida de medidas de "socialización de la crisis" como la devaluación generalizada, y los grandes propietarios latifundistas serranos, que habrían captado el control de instituciones como el Banco Central, cerrando el paso a los primeros. En medio de esa lucha quedaban desguarnecidos los pequeños productores urbanos, comerciantes y artesanos, es decir, "aquella masa inscrita aún en el útero medioeval, atada umbricalmente a la Santa Madre Iglesia y la Colonia" (pg. 126) y que darían pie al Compactismo que propulsó la victoria política de Neptalí Bonifaz. La conflictividad cívica de la época es vista por el autor como "una complicada gama de juegos políticos, movimientos callejeros, rebeliones militares" que empezaron con la caída de Isidro Ayora y terminaron con la escuálida victoria burguesa en los Cuatro Días.

En la misma línea, pero con un mayor énfasis en los mecanismos políticos específicos, Quintero, 1989, 2005 vincula la inestabilidad de esta época a la lucha de poder impulsada especialmente por un Partido Conservador "nada endeble, sino en proceso de robustecimiento (…) un elemento moderno" en un Estado en transición (Quintero, 1989: 170). Esto se habría reflejado en los cambios institucionales resumidos en la Asamblea Constituyente de 1928-29 (formada con una clara mayoría conservadora, según el autor), el armaje de apéndices marginalistas dedicados a captar electores y fuerzas de choque a nivel popular (la Compactación Obrera) y por cierto la hábil 'manipulación moral' realizada por terratenientes y clero para triunfar en el voto popular de la época.

En otra línea de análisis político, Hurtado, 2006 califica a esta etapa más bien como una de declinación partidista generalizada, coincidiendo -salvando las distancias- con Salvador Lara, 2005 quien incluye a los años 30 como parte de un largo proceso de decadencia del partido liberal que abarca desde 1925 hasta 1944. Respecto a la conflictividad política de inicios del decenio, este último autor se centra en el affaire bonifacista y su secuela trágica: "Don Neptalí pudo haber sido un signo de cambio profundo, pero esto mismo explica la reacción del conciliábulo que hizo posible su descalificación. Un alzamiento en su favor del pueblo de Quito, apoyado por algunos batallones, es ahogado trágicamente en la sangrienta 'guerra de los cuatro días'" (pg. 457).

Desde otra perspectiva, las tesis de Maiguashca 1991, 1992 abren una brecha diferente al cuestionar que la dinámica política de los 30 proceda sólo desde las élites políticas partidistas, asegurando la existencia de una reacción propia desde los sectores subalternos, artesanos y pequeños propietarios en especial, afectados por la crisis de un esquema de convivencia social, económica y moral (la autoridad paternal), causada por la irrupción de las formas de trabajo capitalista, a su vez agitadas por la crisis internacional. Además, esta matriz de conflicto estaba atravesada por el enfrentamiento macro entre fuerzas sociales centrípetas (orientadas a la consolidación de un proyecto nacional alrededor de un Estado nacional unitario) y centrífugas (orientadas hacia la consolidación de poderes regionales precisos).

Precisamente los estudios de corte comprensivo y explicativo podrían corroborar o cuestionar estas interpretaciones marco, profundizando en el análisis relacional y causal al interior de los fenómenos o etapas estudiadas. Sin embargo en este caso no existe un enganche claramente definido, excepto entre el marco propuesto en general por Maiguashca, y los estudios de Bustos Lozano y Luna Tamayo. En términos particulares, el grueso de estos análisis observa a la conflictividad política de estos años como síntoma o expresión de macroprocesos históricos, o como resultado de la interacción violenta de líderes o corrientes políticas precisas; generalmente no se concibe al fenómeno de la movilización colectiva, fuera de lo episódico o espasmódico.

Lo anterior no aplica por cierto a los aportes de Luna Tamayo, 1988; Maiguashca, 1991 y Bustos L., 1991. Tanto en Luna Tamayo como en Maiguashca, a partir de una reflexión basada en el materialismo metodológico y la historiografía materialista inglesa, se reconoce la ideología 'popular' detrás de la protesta, como objeto histórico real, no sujeto a la usual dicotomía de ideologías hegemónica y contra-hegemónica (criticada también en Rudé, 1981), así como la 'des-sustancialización' del concepto de clase, asumiéndola como una 'faceta identitaria' generada a partir del conflicto o la contraposición de intereses, y no como un hecho pre-existente a la espera de engancharse en la lucha, y, sobre todo, el crucial concepto de economía moral, que vinculó los cambios en las condiciones productivas objetivas con rupturas en el corpus ideológico y cultural de los grupos sociales marginados (E. P. Thompson).

En el caso de Maiguashca, la conflictividad de esta época respondería tanto a la multiplicación de agentes o partícipes del sistema político (subproletarios urbanos, jornaleros, obreros industriales), cuanto al 'vacío creciente', sentido por grupos tradicionales como los artesanos urbanos, testigos del derrumbe gradual de su economía moral (expresada en el mutualismo interpares y el paternalismo desde las clases acomodadas), ante el embate de nuevas relaciones capitalistas. Esto, sumado a la presencia de una creciente organización laboral, movimientos políticos 'alternativos' (como el partido Socialista a la época) y generaciones militares progresistas, explicarían tanto las dinámicas de conflicto abierto, cuanto la fortaleza de propuestas políticas 'masivas' y ambiguas, como el velasquismo (Maiguashca, 1992), cuya oferta implícita habría sido garantizar el orden paternal en declive.

Por su parte, Luna Tamayo, respecto a los conflictos urbanos, diferencia a sus actores como "artesanos, estudiantes, intelectuales y fundamentalmente soldados", aunque hipotetiza sobre la preponderancia de la presencia de la tropa como factor crítico para la formación de multitudes contenciosas, en las que la presencia de factores de identificación étnica o sentimientos de ruptura al pasar de la lógica rural a la urbana, eran grandes hilos conectores. Aunque se delinea los grupos que conformaron las multitudes, no existe una aproximación a los mecanismos, propiedades y factores que los convocaron y reunieron.

Una pista en la búsqueda del por qué de la conflictividad en sí misma, la proporciona la perspectiva contextual y sociológica de Carlos de la Torre E., cuya argumentación, conectada con las líneas de estudios regionales presentes ya en Maiguashca, asume conexiones con las modernas teorías de acción colectiva, aunque sin explicitarlas:

> no hay una correlación entre grupos organizados o desorganizados y formas de acción colectiva (...) estas acciones ocurrieron junto a formas más elaboradas de protesta política y social. Los grupos organizados de estudiantes y trabajadores sindicalizados protagonizaron paros, manifestaciones y conspiraciones cuyo objetivo fue la toma del poder estatal como el primer paso para moralizar a la nación. (de la Torre, 1993: 76)

Cuestiones interesantes se desprenden de esta visión: a) los fenómenos de conflictividad se diferenciarían más por su grado de elaboración que por el grado de organización de sus protagonistas, y b) los grupos organizados, a pesar de utilizar diversas formas de contestación, se caracterizarían por comunes pretensiones políticas y 'morales'.

Estos aportes, por cierto, apuntan a entender el conflicto social como algo más que actos de 'chusmas' enfervorizadas, aunque tienden a explicarlo en función de macro procesos históricos particulares, como la consolidación capitalista o el surgimiento del populismo. La apuesta de este trabajo es continuar con esta lógica conceptual, pero entender al conflicto en sí, a partir de su contexto y peso específicos.

El paisaje del conflicto a inicio de los años 30

Entendemos como conflicto político[1] al enfrentamiento público, más o menos violento y explícito, entre dos o más colectivos sociales, que reivindican posiciones e intereses contrapuestos, aunque comúnmente referidos a temas o prácticas que implican relaciones de poder. Vale precisar más aún que en adelante entenderemos este 'conflicto político' como un fenómeno concreto de acción colectiva con expresión y realización material en un espacio y tiempo precisos. En este sentido, el periodo de los años 30 en Ecuador resulta ser de extraordinaria fecundidad. Diferenciamos aquí tres criterios de caracterización de este tipo de conflictividad: la motivación pública, que podría ir desde una reivindicación específica, hasta un cuestionamiento a las instituciones o condiciones generales de acceso al poder; el escenario físico de expresión del conflicto (que acá simplificamos a los entornos urbano y rural); y las características de los protagonistas del hecho conflictivo. En este caso, diferenciamos entre actores civiles y militares.

En base a estos criterios, se realiza la propuesta de clasificación sintetizada en el Diagrama N.° 1. El listado, por supuesto, no es exhaustivo y se basa únicamente en los acontecimientos referidos en las fuentes bibliográficas antes mencionadas. Algunas observaciones surgen rápidamente.

El panorama mostrado cuestiona, por su mera multiplicidad, las interpretaciones que concentran el conflicto político a la lucha partidista,

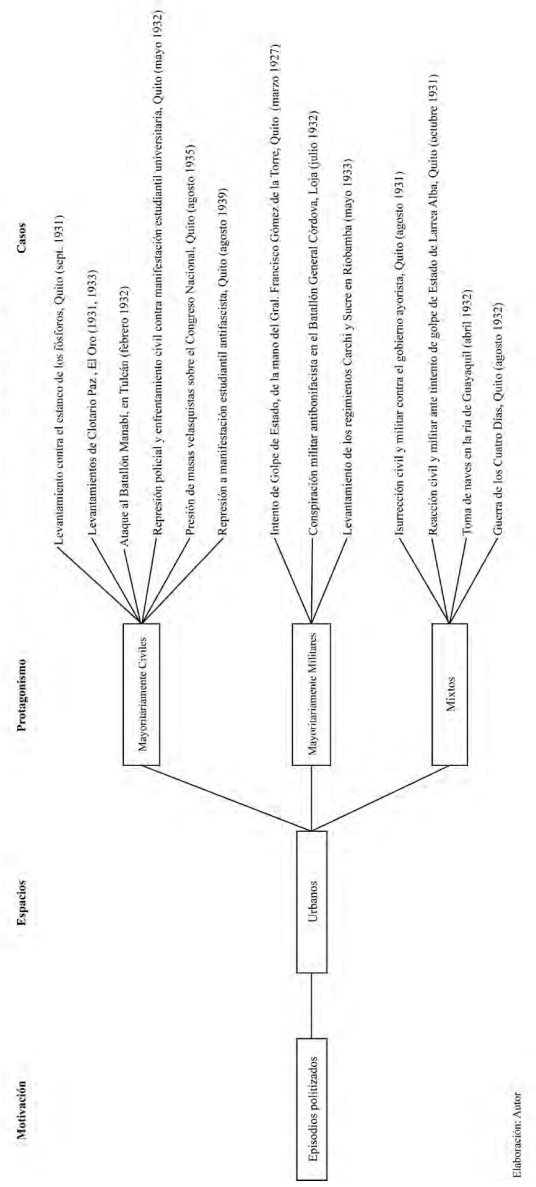
[1] Al respecto puede consultarse la entrada correspondiente en Gallino, 1995.

directa e indirecta, y a eventos aparentemente aislados, como la Guerra de los Cuatro Días; es claro que los episodios son diversos, muestran el peso de actores clave, como el Ejército, y además la presencia de actores civiles precisos (como estudiantes) o ambiguos ('protestantes' en los diversos episodios callejeros); además, sorprende la frecuencia y la cantidad de eventos, repartidos en diversas zonas del país, aunque con una clara concentración en Quito.

El número, importancia y ámbito geográfico que cubren los episodios de conflictividad reivindicativa rural, y especialmente campesino – indígena, no tienen relación con la densidad de estudios realizados al respecto. En este sentido, éste es un campo que requiere de urgente trabajo de investigación.

Diagrama Nº 1

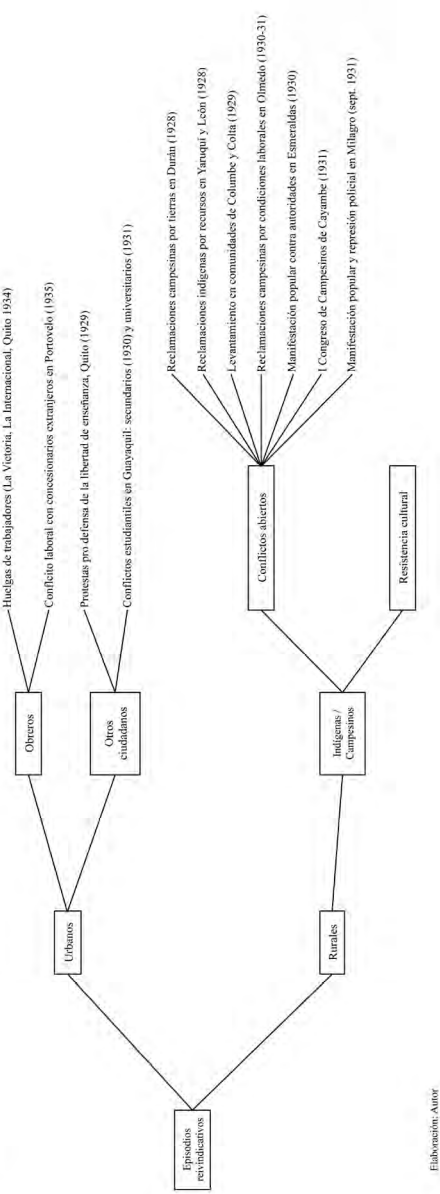
Ecuador: episodios de conflictividad en la década de los 30 (I)



Elaboración: Autor

Diagrama N° 1

Ecuador: episodios de conflictividad en la década de los 30 (I)



Elaboración: Autor

Enfoques de trabajo

Objeto y objetivo

Esta investigación se entronca con las reflexiones propuestas por Maiguashca, Luna y de la Torre; es decir, aquellas que interpretan el cambio político de estos años como bastante más que el resultado de la lucha partidaria o caudillista, y que convoca a una reinterpretación de la dinámica social subalterna. En este sentido, creemos que la conflictividad politizada es una buena pista de acercamiento, aún parcial, a esa dinámica. ¿Cómo precisar este acercamiento?

Los episodios de conflictividad política reflejaron no sólo la participación interesada de líderes y cuadros partidistas, sino también la de aquellos actores anónimos e invisibilizados, disfrazados en las figuras de la 'masa', 'multitud' y 'pueblo'; y esa participación puede contarnos indirectamente sobre cómo la lucha política era percibida y vivida por actores colectivos de los que apenas quedan rastros, jirones de datos y ecos testimoniales dispersos. Recuperar esta faceta del conflicto puede aportar con nuevas perspectivas, con una re-lectura de esta época de cambios y mutaciones vertiginosas.

Nuestra propuesta es definir como objeto general de investigación a los episodios de conflictividad política cívico – militar acaecidos en el entorno urbano de la ciudad de Quito, al inicio de los años treinta. Esto por varias razones. Primero, la conflictividad de tipo político, al girar sobre las diferentes posiciones e intereses cruzados entre grupos y colectivos respecto al acceso al poder, también refleja de manera parcial pero pública, sus posiciones y definiciones, sus percepciones respecto a un proyecto nacional más o menos claro, sus agendas de interés. Esto a diferencia del conflicto reivindicativo, que si bien está preñado de significados políticos, construye un discurso distinto, que amalgama, lima diferencias en función de una causa.

En segundo lugar, la concentración de la mira en el entorno de Quito responde al reconocimiento de que el escenario espacial es una parte constitutiva del fenómeno mismo; la capacidad de impacto y la intensidad de los episodios conflictivos están en relación proporcional al entorno espacial de contexto; en este caso, los episodios más dramáticos y trascendentes de los antes citados se desarrollaron especialmente en la

ciudad de Quito, dada la concentración en ella de actores, instituciones y recursos vinculados al poder político. En el caso de los episodios reivindicativos, su contexto espacial preponderante es el rural, y su estudio requiere de significativos esfuerzos particulares.

En tercer lugar, la mira temporal se ajusta también para referirse a un periodo muy preciso: 1931 a 1932. Esto porque en el tiempo histórico, 1931 marca el final de la etapa boyante del julianismo, con la caída de su mayor realizador político: Isidro Ayora, y desde allí hasta 1932 se abre una etapa tan corta como intensa de construcción y enfrentamiento de propuestas políticas nacionales cuyo contrapunto radical dará pie precisamente al corto baño de sangre de los Cuatro Días.

Ya aquí, también es necesario precisar el objeto específico de análisis: ¿Qué observamos y analizamos al acercarnos a la conflictividad política descrita?. Al hablar de conflictividad hablamos de un fenómeno de acción colectiva que por sí misma no genera registros ni testimonios; desde allí está claro que, sobre todo al hablar de hechos pretéritos, cualquier acercamiento será necesariamente indirecto y referido a las fuentes documentales disponibles. En el presente caso, la base de tal acercamiento es triple: la crónica de prensa contemporanea, registros testimoniales de testigos y otras publicaciones de época. Naturalmente está claro que estos materiales reflejan una imagen subjetiva y posiblemente interesada de los hechos, por lo que en realidad el objeto específico de observación es precisamente este conjunto de imágenes y percepciones particulares más que los hechos por sí mismos.

En este sentido, el objetivo central que impulsa a esta investigación es claro: realizar una relectura explicativa de las principales visiones de los episodios de conflictividad socio-política, de carácter cívico-militar, en el Quito del periodo 1931-1932, a partir de registros primarios de la época.

Disciplinariamente, este trabajo de ubica en la orilla fronteriza entre la sociología política y la historiografía, en tanto y en cuanto procura 'releer' hechos políticos, contextos históricos y dinámicas de actores sociales en un momento preciso del pasado ecuatoriano. Y lo hace con una intención de fortalecer, en primera instancia, una perspectiva descriptivo/explicativa, partiendo de la revisión de algunos detalles de los sucesos concretos de conflictividad entre 1931 y 1932. En segundo lugar, procura aportar algunos elementos a una interpretación más amplia y flexible de

los hechos históricos referidos. Y por último, se propone trabajar algunos aportes conceptuales para el análisis relacional y procesual de la acción colectiva política. Tal ejercicio requiere de herramientas conceptuales y metodológicas particulares.

Insumos conceptuales

Desde lo conceptual, el conflicto social violento es una de las formas más llamativas y caracterizadas de la acción colectiva que, en tanto concepto y campo de trabajo sociológico y e histórico, ha recibido una apreciable atención, desde las más diversas orillas, y con desigual énfasis en distintos momentos del tiempo. En general, la acción colectiva presenta dos grandes cursos: aquel en el que ésta se canaliza a través de mecanismos institucionalizados y más o menos formales (como la votación o la representación corporativa), y el otro, en el que tal acción asume derroteros no institucionales ni organizados, y por tanto sus pautas de desarrollo y evolución son poco predecibles o determinables. En esta última variedad se concentra el presente trabajo, centrando la mira conceptual en un tipo específico de acción colectiva no institucionalizada, como el conflicto violento de corte político. En este caso los insumos teóricos requeridos son múltiples, aunque podrían resumirse a partir de ciertas corrientes conceptuales seminales, de las cuales por lo menos cuatro son clave.

La tradición durkheimiana, para la que el conflicto responde a los cambios drásticos, desgarres y diferenciaciones sociales que se suceden sobre la historia. Interpretaciones como las de las masas anómicas (Kornhauser), el desfase de desarrollo institucional frente al cambio social acelerado (Huntington, 1968), o las de la privación relativa y desajuste de expectativas de bienestar como fuentes o causas del conflicto social, representan una evolución de este enfoque, que bien podría entroncarse con perspectivas crecientemente individualistas y 'micro' más cercanas a la psicología social (Smelser, 1959 y Granovetter, 1978) o relativamente convergentes con los análisis estructurales de corte marxista (Collins, 1975).

La tradición weberiana por su parte asume la importancia explicativa de los sistemas de creencias sociales, especialmente cuando se 'condensan' a través de las posibilidades del liderazgo carismático. Su herencia es aún detectable en los trabajos tempranos en torno a movimientos sociales, en

los que la presencia de 'ideas-fuerza' es a veces lo suficientemente capaz de movilizar a los miembros de un movimiento (Tilly, 1978), aunque la derivación más llamativa está en la construcción de conceptos como los marcos interpretativos o identitarios que permiten a los actores sociales interpretar su contexto y respectivos roles, así como definir sus problemáticas y contrincantes.

La tradición marxista, dentro de la cual la conflictividad social es parte y reflejo de una dinámica de tensiones estructurales vinculadas a la fricción de clases y posiciones sociales específicas, dentro del contexto de relaciones de producción material particulares. Las líneas investigativas en este caso han sido particularmente diversas: además de la 'ortodoxia' que vio en la acción colectiva un reflejo de la lucha clasista en la que adquieren particular importancia el liderazgo revolucionario (en la visión leninista) y el trabajo 'ideológico' e intelectual (en la perspectiva gramsciana), la visión estructural halló un fértil campo de desarrollo en la investigación histórica europea del temprano XX (Hobsbawn, Rudé, E. P. Thompson), y en parte de la sociología americana posterior al enfoque de recursos y oportunidades (Charles Tilly, Doug MacAdam y Sidney Tarrow), para la que el conflicto socio-político aparece como una dinámica socio-histórica compleja que requiere un enfoque analítico relacional apreciable.

La tradición racionalista/utilitaria, que explica el conflicto como resultante de un comportamiento primordialmente racional que procura optimizar beneficios y logros de actores sociales, en un marco de interacción competitiva, ya sea como un mecanismo estratégico para evidenciar la posición individual frente a actores corporativos o frente al mercado (James Coleman, Albert Hirschman), como una dinámica vinculada al acceso o producción de bienes públicos o comunes (Mancur Olson), o un mecanismo para lograr objetivos en función del grado de acceso a recursos clave, a partir de las oportunidades sociales existentes (Mayer Zald)

Algunas observaciones son necesarias. Si miramos más de cerca, las tradiciones conceptuales pueden reagruparse entre sí a partir de su énfasis explicativo; algunas enfatizan el origen y causas de la acción colectiva (su por qué), otras se concentran en entender y describir el proceso en sí mismo (su cómo).

Las tradiciones de tipo causal pueden reagruparse en dos grandes campos: aquellas que ubican las causas primariamente en el contexto histórico-social y sus rupturas y cambios, ante los que los actores de un espacio social dado se acomodan y adaptan (las teorías de la modernización acelerada, el shock cultural e incluso las de desajuste de expectativas podrían ubicarse en esta categoría); y aquellas que las ubican principalmente en la dinámica interna de y entre actores del espacio social (las teorías de privación relativa, la de 'agravios', e incluso las teorías utilitarista y marxista ortodoxa entrarían aquí).

Sin embargo, múltiples razones han determinado que estas explicaciones teóricas hayan sido gradualmente sobrepasadas: la incapacidad de enumerar y ordenar sin ambigüedad todos los factores causales relevantes en el campo social, el riesgo de obviar la existencia de procesos históricos de largo aliento dentro de los que se insertarían los episodios de conflicto social; la discrecionalidad relativa al ubicar los momentos de inicio o arranque del mismo. Similar cosa con las proposiciones que ubican las causas del conflicto en las masas anómicas y manipulables gracias al pulso carismático o a la indignación frente al agravio colectivo. De igual manera respecto a las propuestas teóricas de causación estructural más ortodoxas: actualmente la definición de divisiones clasistas en función estricta de la posición frente a los medios productivos ha sido bastante matizada gracias a las propias críticas de la historiografía inglesa o las modernas teorías de la acción colectiva. También las explicaciones más vinculadas a las visiones del rational choice han derivado generalmente en posiciones de corte individual-metodológico más proclives a complementar explicaciones más complejas y abarcadoras, que a buscar una capacidad explicativa excluyente.

Como fuera, la herencia conceptual permite hablar, no tanto de causas u orígenes estrictos, cuanto de factores impulsores importantes, parte de procesos históricos mayores, en los que interactúan creativa, racional y estratégicamente los diversos actores del contexto social en cuestión. Con esta salvedad, nada impide que algunas ideas anteriores mantengan plena validez.

En todo caso, creemos que estos factores podrían agruparse en tres grandes categorías: cambios y oportunidades no previstas de acceso a recursos o beneficios para actores particulares o colectivos en la

dinámica social; cambios drásticos en las coordenadas y elementos de construcción identitaria y cultural entre actores sociales colectivos, y cambios no previstos en la estructura de relaciones estructurales de poder entre actores sociales también colectivos.

Las tradiciones de enfoque procesual, en cambio, analizan la dinámica del fenómeno colectivo violento. Dos propuestas son claramente identificables en este contexto. Por un lado está la de Neil Smelser, y su secuencia de pasos de la acción colectiva conflictiva, y por otro, la visión dinámica relacional del conflicto político de McAdam, Tilly y Tarrow. Revisemos ambas brevemente.

Para Smelser, 1959 la acción colectiva violenta sigue una secuencia de seis pasos:

- Presencia de proclividad estructural social, es decir, la presencia de condiciones y características que facilitan la acción colectiva (como la densidad y extensión de las redes sociales)
- Presencia de tensión estructural, causada por desequilibrios o shocks que afectan el funcionamiento social. Entrarían aquí los fenómenos de privación relativa, los desequilibrios en los balances de poder, etc.
- Surgimiento de una creencia generalizada; en otras palabras, cuando aparece una ideología o una interpretación generalmente aceptada de los problemas en curso.
- Presencia de factores desencadenantes, en tanto hechos o hitos que 'gatillan' la acción colectiva, cebada a través de los factores previos
- Movilización de actores, o la ejecución concreta de la acción colectiva.
- Operación de mecanismos de control social, en tanto 'reacción' institucional, ya sea para prevenir, reprimir o procesar las reivindicaciones colectivas

El esquema presenta ciertamente limitaciones; por ejemplo, la secuencia sirve más como un esquema explicativo ex post de fenómenos colectivos, y corre el riesgo de 'funcionalizar' las situaciones y contextos sociales a tal interpretación (una especie de lectura justificatoria o hacia atrás de los hechos sociales). Sin embargo presenta también elementos importantes, como la valorización de los marcos ideológicos e interpretativos, o la diferenciación entre proclividad y tensión estructural (permanente y profunda la primera, coyuntural y eventual la segunda), a partir de la cual puede derivarse también la diferenciación entre factores impulsores (tensiones estructurales que englobarían las antiguas 'causas' de la acción colectiva) y factores desencadenantes ('gatillos') de la misma.

La propuesta de Tilly, McAdam y Tarrow responde más directamente a la tradición estructural en general, y a la perspectiva de oportunidades y amenazas desarrollada más específicamente por Charles Tilly, a la que se sumaron los aportes de Doug McAdam y Sydney Tarrow. En una versión ajustada de su propuesta (McAdam et al. , 2001), los tres autores identificaron al fenómeno conflictivo como resultado de la interacción de fenómenos de cambio social, la presencia de oportunidades y amenazas para los actores, la presencia de redes organizacionales, el desarrollo de marcos interpretativos, y la disponibilidad de repertorios de prácticas de protesta social.

Dos conceptos constituyen los bloques analíticos básicos de este enfoque: mecanismos y procesos. Los primeros son tipos de acción que alteran las relaciones entre determinados actores, y que podrían clasificarse en diversos tipos: ambientales (shocks externos que afectan la dinámica social 'normal'), cognitivos (basados en alteraciones de las percepciones individuales y colectivas) y relacionales (que alteran las conexiones o redes de inter-relaciones sociales). Algunos mecanismos propuestos son, por ejemplo, la intermediación (redes o agentes de conexión entre actores sociales), la formación categorial (creación o reconstitución de conceptos o ideas entre actores, a fin de delimitar una realidad o replantear identidades), el cambio objetual (mecanismo en el cual el objeto de demandas por parte de un grupo contencioso cambia), el cambio identitario (cuando unos actores presentan transformaciones en su autodefinición frente a otros), o la radicalización (cuando el rango de reclamaciones en un contexto conflictivo tiende a concentrarse en los planteamientos extremos).

Tales mecanismos se interconectan hasta formar procesos, conjuntos de mecanismos ordenados en cadenas causales o secuencias; por ejemplo, la combinación de mecanismos de cambio identitario e intermediación, generarían procesos políticos nacionalistas; o la combinación de radicalización y convergencia, generaría procesos de polarización política. La presencia de procesos conflictivos determina un 'estado social' de agitación, de enfrentamiento, un episodio contencioso; a su vez, la secuencia vinculada de episodios contenciosos genera un ciclo de protesta (McAdam, 2001).

Afincado en esta visión del conflicto, Javier Auyero (Auyero, 2003a, b, s/f), replanteó la secuencia de análisis de la siguiente manera: a) la identificación de los grandes cambios estructurales que han modificado la configuración social, creando 'oportunidades' de cambio (mecanismos ambientales y cognitivos, en lenguaje previo); b) la aproximación a las características, propiedades e identidades de los colectivos sociales partícipes de la acción colectiva (mecanismos relacionales); c) la caracterización de los 'repertorios insurgentes' como expresión visible de este fenómeno; considerando los aportes antes mencionados, esta caracterización consistiría precisamente en la observación de los mecanismos y procesos antes definidos.

Esta visión de proceso resulta especialmente fortalecida si se recogen diversos aportes en torno al análisis de formación y aprovechamiento de marcos interpretativos, especialmente en las líneas desarrolladas por William Gamson y David Snow, y su síntesis trabajada en Rivas, 1998. Combinando ambas perspectivas, puede decirse que un marco interpretativo reúne siempre, por lo menos, tres elementos clave: a. la problematización, o definición del problema convocante, sus causas, contexto y responsables; b. la identificación contrapuesta, la autolegitimación de un 'nosotros' cargados de valores y características diferentes a las de un 'ellos', los causantes o responsables del problema; y c. la propuesta de acción o cambio, el conjunto de objetivos y estrategias de acción correspondientes definidas como la alternativa y la solución frente al problema existente.

Insumos metodológicos

Desde lo metodológico, al tratar acontecimientos pretéritos sobre los que se ha realizado ya sendos ejercicios analíticos, los hechos mismos se confunden con su análisis y reconstrucción posterior, que prácticamente se 'suman' al objeto investigado. De alguna manera, el objeto hoy es un reflejo, un eco o imagen del hecho de ayer, y por tanto su 'carga subjetiva' aparece ahora como parte constitutiva de sí mismo. Por esto, un análisis científico requiere gestionar y aprovechar precisamente ese 'objeto subjetivizado'.

En este sentido esta investigación adscribe a la visión metodológica cualitativa, que precisamente parte de admitir la irreductible subjetividad de la realidad, y por ende, la necesidad de caracterizarla y gestionarla adecuadamente.

Cabe sin embargo recordar los riesgos o susceptibilidades de este enfoque. Quizá el más claro es el de la intersubjetividad del propio investigador, es decir, el reflejo de los propios intereses, perspectivas y contextos del investigador en momentos tan susceptibles como la definición del objeto de estudio (qué periodo, casos o temas se seleccionan, y sus fuentes respectivas), de los marcos conceptuales pertinentes, y los correspondientes métodos y herramientas investigativas a utilizar.

En cuanto a la definición del objeto, cabe primero reconocer que toda delimitación o corte temático, cronológico o conceptual parte necesariamente de un criterio particular del investigador, y quizá lo que cabe para equilibrarlo sea contrastarlo con otros criterios relacionados. En este caso particular, la definición de los años treinta como un momento muy caracterizado en la historia ecuatoriana es común a casi todas las perspectivas historiográficas antes señaladas; el centramiento en un periodo tan específico como 1931 a 1932 se vincula más precisamente al interés de la investigación por centrarse en fenómenos de acción colectiva relacionados con el grado de politización de la época.

Lo anterior también recorta o delimita la selección de fuentes básicas. Dado que el objeto a investigar resulta ser el comportamiento colectivo, más que ninguna actuación individual, se procuró ubicar o aprovechar fuentes que lo reflejaran o registrasen de la manera más directa posible, en este caso, prensa y testimonios de época. Respecto a prensa, se ha

preferido concentrar el rango en aquellos medios impresos de mayor importancia relativa de la época, a saber los Diarios El Día y El Comercio. En general, el uso de prensa de época tiene finalidades específicas: primero, proveer una fuente de información para la reconstrucción de los hechos sucedidos, y segundo, como objeto de análisis de discurso e ideas vinculadas a la coyuntura.

Sobre estos argumentos, dos razones sustentan la preferencia relativa hacia Diario El Día. En términos absolutos, las crónicas periodísticas y relatos de sucesos muestran un mayor nivel de detalle y extensión de relato, en comparación con los textos de Diario El Comercio, que sí destaca claramente en su soporte gráfico o visual. En este sentido, El Día es un referente importante para la reconstrucción y descripción de sucesos.

En términos relativos, siendo El Día un periódico claramente identificado con la línea política liberal radical, que no dudó en tomar posiciones de activismo político en la coyuntura, su perspectiva es especialmente rica para el análisis de una época en la que muchas interpretaciones históricas coinciden en atribuir un apreciable cariz conservador. Posee por tanto, un peso importante como 'testigo interesado' que podría resaltar aquellas 'influencias conservadoras', pero también provee información que sabemos no pretende 'beneficiar' a sus contrincantes, lo cual puede aumentar su valor testimonial.

De todas maneras, no dejará de aprovecharse la riqueza del material de Diario El Comercio, en tanto contraste ideológico y sobre todo como base de triangulación o contrastación a las versiones de El Día.

La otra base material lo constituyen los testimonios personales de época, que internamente se han reunido en dos tipos: a) testimonios de testigos, b) piezas literarias clave. Los principales documentos del primer tipo han sido mencionados ya en el anterior listado de referencias bibliográficas; el criterio básico para su selección es que sean memorias de testigos contemporáneos de los hechos bajo observación, sin importar su filiación o preferencia política, y que giren específicamente en torno a la conflictividad colectiva referida. Se matiza sin embargo el uso de memorias que giren más en torno al pensamiento específico de uno u otro protagonista, a riesgo de desviar la atención analítica del fenómeno social a la posición personal; este es precisamente el caso de los archivos personales Neptalí Bonifaz, por ejemplo, que de por sí pueden ser objeto

de estudio específico. Los testimonios entonces se utilizarán básicamente como medios de triangulación o contrastación de información, así como objetos de análisis de discurso. En el caso de las piezas literarias clave, se ha identificado dos: 'En las Calles', novela publicada por el autor quiteño Jorge Icaza en 1935 (Icaza, 1985), y 'El aire y los recuerdos', novela también, publicada por Alfredo Pareja Diezcanseco en 1959 (Pareja Diezcanseco, 1959). En ambos casos, estas obras serán utilizadas para ambientar y contextualizar los hechos[2], además de aprovechar su carácter de vehículos del imaginario social de la época.

En cuanto al sesgo de selección de los marcos teóricos relevantes, aspiramos a transparentarlo manifestando claramente el enganche con las interpretaciones historiográficas antes descritas de Maiguashca, Bustos, Luna Tamayo y de la Torre, que a su vez marcan claros compromisos con enfoques teóricos procesual – relacionales, que beben de los aportes neomarxistas. Esto por cierto no obsta para utilizar en algún momento conceptos o marcos analíticos distintos, para profundizar, contrastar o enriquecer el análisis.

En lo referente a herramientas metodológicas utilizadas, éstas se diferencian a dos niveles; uno general, que utilizará primordialmente el marco analítico sintetizado a partir de Auyero, es decir la caracterización del escenario y los actores (cambios estructurales y contexto espacial y social) y la evaluación de los mecanismos y procesos detrás de los repertorios y eventos de acción colectiva. A nivel particular, precisamente en esta evaluación de repertorios y eventos, y por tanto en el manejo de las fuentes primarias de información, se aplicará fundamentalmente técnicas de análisis de documentos y discurso.

[2] Queda pendiente sin embargo, el aprovechamiento de estas obras como testimonios fundamentales de la interpretación contemporánea de los hechos.

Capítulo 2
El escenario y los actores

Un entorno en cambio acelerado

Babel política e Institucionalidad

La polaridad partidista ha recibido tradicionalmente un fuerte acento explicativo al mirar esta coyuntura histórica. Quizá demasiado, considerando las circunstancias. Nadie puede discutir la gran importancia y el trasfondo ideológico que representó la revolución de 1895, ni el peso decisivo de la política partidista por acceder al poder en un Estado más bien tierno. Nadie tampoco puede obviar la significación de la lucha partidista, al menos hasta la consolidación de las reformas liberales durante el segundo placismo. Sin embargo, para esta época (fines de los veinte, inicio de los treinta), las cosas no eran como antes. Por un lado era evidente el crecimiento de la base política, la polity, o conjunto de agentes interesados en el proceso político: las generaciones formadas por más de veinte años de educación laica, los sectores beneficiarios de las sucesivas oleadas de progreso generadas por el ferrocarril, y por el reciente aumento de la demanda interna de productos agrícolas y textiles; el conjunto poblacional asimilado por el Estado en sus cuadros burocráticos, y en el caso de Quito particularmente, el amplio sector de inmigrantes (como veremos en seguida) cuyo interés directo en los sucesos políticos y sus implicaciones sobre la vida cotidiana, resultan aún un misterio.

Polity que, por supuesto, mantenía un apreciable nivel de exclusión: las restricciones directas e indirectas al ejercicio político ciudadano se mantenían aunque disminuidas (la inhabilitación del voto de analfabetos se mantendría de hecho hasta mucho después), al tiempo que las prácticas de manipulación del voto, aunque 'usuales', nunca dejaron de ser observadas y criticadas por múltiples sectores.

Pero no sólo era esto. Por otro lado podía apreciarse también la mutación dentro de las agendas temáticas y las organizaciones partidistas[3]. Ya en 1916, Alfredo Espinosa Tamayo cuestionaba amargamente la esclerosis de las propuestas partidarias, su reducción al caudillismo y la nula diferenciación ideológica, más allá del tema religioso:

> En el estado actual la mayoría de los conservadores ha adoptado como programa las declaraciones hechas durante la convención de 1884 y el ideal de los liberales consiste en el mantenimiento de la constitución de 1907 y de las leyes de reforma expedidas en 1898. La lucha pues prosigue alrededor de los mismos tópicos que hace treinta años servían para diferenciar a los unos de los otros (...) A falta de banderas y de programas, las simpatías personales o las conveniencias individuales han servido de guía y norma para el desaguadero de las pasiones públicas y de aquí que el caudillaje y el oportunismo dominarán en los partidos más que los ideales y el deseo del bienestar nacional (...) El único criterio que guía a los hombres de los diversos bandos es el sentido religioso (...) todos los políticos de nuestro país podrían, si se hiciera abstracción de la cuestión religiosa, gobernar con las mismas fórmulas, porque sus ideas no los separan más en este punto. (Espinosa Tamayo, 1985: 291, 294, 295).

Ideas semejantes atravesarán los años hasta encontrarlas, casi idénticas, en los reclamos morales de Velasco Ibarra (Velasco Ibarra, 1974).

Alrededor del pronunciamiento juliano de 1925 se produjeron sendos esfuerzos dentro de las tiendas partidarias por ajustar sus agendas y sus estructuras de liderazgo. Las Asamblea liberal de 1923, y posteriormente la de 1925, representaron un esfuerzo por armonizar las facciones radical y proto-socialista, cuya fuerza radicaba precisamente en su 'actualidad' temática: la experiencia de las revoluciones mexicana y rusa, facilitaron el cuestionamiento de principios que hasta entonces habían sido implícitamente intocables, como el de la propiedad y el carácter elitario y restrictivo de la política profesional, así como una renovación o resignificación de la idea de 'pueblo' (Roig, 1985). Finalmente, las tensiones internas del liberalismo terminarían por dar paso al Partido

[3] Un fascinante campo de investigación consiste en analizar los cambios en las elites con decisión partidista. No hemos podido profundizar en el tema, pero puede presumirse el peso crucial de las relaciones familiares como una lógica que pudo haber atravesado y superado los temas ideológicos.

Socialista, cuya personería tomó forma en su convención fundacional de 1926 (ibid.).

En la otra orilla, también las experiencias externas del corporativismo italiano, el anticomunismo europeo y sobre todo la difusión de la doctrina social de la Iglesia enmarcaron también la audaz puesta al día del partido Conservador, evidenciado en su Asamblea de octubre de 1925. Asamblea que no sólo implicó un ajuste en lo ideológico (Hurtado, 2006), sino que marcó también un cambio de rumbo y estilo en su liderazgo, donde figuras como Jijón y Caamaño y Julio Tobar Donoso asumieron un papel preponderante.

Desde esta perspectiva entonces, la dinámica partidista parecería vivir un particular bifrontismo. Por un lado, la lucha por el poder mostraba aún indudables marcas restrictivas; ningún partido podía ser identificado más allá de un carácter de élites, casi clubes, que en realidad reestructuraban constantemente cuadros capaces de articular y utilizar, con mayor o menor habilidad, los principales recursos de acceso al poder: la componenda, los lazos familiares, los cargos públicos estratégicos o la relación con el Ejército. Situación que además reflejaba la exclusividad 'flexible y porosa' que seguía caracterizado a las élites dominantes en el país, es decir, la habilidad de adaptación, vinculación e incluso cooptación social, sin dejar de marcar una clara diferenciación entre aquellas y sus 'distintos'. Precisamente esta dinámica es la que los diversos críticos de la época observaban: el anquilosamiento temático reflejaba en el fondo el reciclaje continuo de los mismos grupos de liderazgo, y por tanto, de los antagonismos entre ellos; las agendas se reproducían con intensidades y personajes diferentes, pero que procedían de los mismos antagonistas 'de siempre'.

Por otro lado, sin embargo, las cosas cambiaban. Y es que los nuevos tiempos habían potenciado a nuevos actores y nuevos escenarios, frente a los que los partidos aún buscaban un posicionamiento. En otras palabras, los recursos de acceso al poder empezaban a modificarse sutilmente. Y su principal mutación traía la forma de las incómodas multitudes. Desde la traumática agitación obrera de inicio de los veinte, la fuerza de la manifestación y la agitación social había ganado peso con la escalada de la agitación campesina en la sierra. Los primeros años de la década de los treinta marcan, precisamente, la transición desde el rechazo temeroso a la multitud, hasta su aprovechamiento sistemático como trampolín y soporte político.

Y el transcurso de esta mutación sería precisamente la principal batalla partidista de estos años. Batalla en la que el liberalismo cedió posiciones, reafirmando un estilo elitario y cerrado sobre sí mismo, sostenido apenas por la reivindicación histórica del laicismo y las promesas sociales revolucionarias de décadas pasadas. Fueron más bien el conservadurismo y el socialismo quienes plantaron picas en otros flandes. El conservadurismo llevaba la delantera en la sierra, pues desde temprano en los veinte se beneficiaba de la influencia eclesiástica en las organizaciones mutuales, y para inicios de los treinta es precisamente su frente intelectual el que influye en las diversas iniciativas de organización obrera católica (Durán Barba, 1981). No sin competencia esta vez[4]. El recién nacido socialismo apareció como un súbito contrincante cuando logró posicionar su influencia dentro del movimiento campesino de la sierra centro norte, y por lo menos en la más tradicional de las organizaciones laborales de Quito, la Sociedad Artística e Industrial de Pichincha, SAIP. A ello se sumaba su gran capacidad de influjo en sectores clave, como los estudiantes universitarios y docentes. Este enfrentamiento es precisamente uno de los factores que dará forma al enfrentamiento político de estos años.

Creemos sin embargo que las opciones liberal, conservadora y socialista no agotaban el espectro político, pues podía detectarse otra propuesta muy particular y poco estudiada: un 'progresismo tecnócrata' ecléctico y autoritario, basado en la afirmación del poder estatal al servicio de una visión de progreso que demandaba la disciplinada sujeción de los intereses políticos a un liderazgo estatal tecnificado y, por definición, independiente del partidismo tradicional en particular, y lejano a la formalidad política en general. Hablamos pues de una propuesta 'subterránea' que sin embargo dio sustento al interregno juliano, y a su mejor exponente, el modelo ayorista, cuya fugacidad ha impedido apreciar mejor su peso especifico[5]. Para fines de los veinte, sin embargo, el ayorismo era preponderante. Y como tal, procuró modificar las reglas del juego político en consecuencia. Ello se reflejó en el trazado institucional de la Constitución de 1929.

---

[4] No hay que olvidar claro el drástico pero casi inútil esfuerzo de Alfaro por cooptar las organizaciones mutuales quiteñas en los albores del siglo. Ver Durán Barba, 1981

[5] Creemos sin embargo que pudo persistir e incluso extenderse en años posteriores. Al respecto, revisar López B., 2008b

Marco institucional precipitante

Dos parecen haber sido los objetivos políticos de la norma constitucional. Primero, la consolidación de las reformas julianas, no sólo en torno a lo económico, sino del poder estatal central como contrapeso al poderío económico de los grupos de poder regional. Y segundo, la modificación del estilo de manejo político, a través de un rebalanceo del poder dentro del Estado.

Lo primero se expresó en diversas disposiciones que procuraban consignar formalmente los nuevos entes de control público (Contraloría General, Superintendencia de Bancos, Procuraduría General), fortalecer los entes preexistentes, como el Consejo de Estado (Art. 115), y formalizar el manejo económico estatal a través de la gestión centralizada y equilibrada del Presupuesto del Estado (Art. 101, 103-105). Esto último, por cierto, apuntó al corazón de los poderes regionales y locales, generando su reacción consecuente (Córdova, 1938).

El rebalanceo de poder, a su vez, se expresó en varios cambios estructurales, que incluían la explicitación de la ciudadanía femenina y por tanto su capacidad de voto (Art. 13), la ordenación de la actividad electoral con mayor participación de los partidos políticos, a través de las figuras de observación electoral (mediante delegados a las juntas de sufragio) y la instauración de un sistema electoral que garantizaba la representación minoritaria (lista incompleta). Además, la Constitución también creó por primera vez una forma de representación corporativa: la senaduría funcional (Art. 33).

El tema más llamativo, sin embargo, radicó en el marco de relaciones legislativo – ejecutivo, donde se procuró un fortalecimiento del poder Legislativo, lo que ha sido interpretado por diversos analistas como la configuración de un sistema cuasi-parlamentario (o simplemente "anárquico y disolvente", en términos de Julio Tobar Donoso). Varias atribuciones parlamentarias eran significativas:

- Elegir Consejeros de Estado, Ministros de la Corte Suprema y de las Cortes Superiores, Contralor General y Subcontralor, Procurador General de la Nación, Superintendente de Bancos (Art. 50, num. 5), los últimos cuatro en base a una terna enviada por el Presidente de la República.

- La formación de un Consejo de Ministros, con la capacidad de dictaminar acerca de los proyectos de Ley que el Poder Ejecutivo propusiere a la Legislatura (Art. 94, num. 2)
- El Congreso podría aumentar o disminuir los cálculos de Ingresos, aumentar las partidas de Egresos del Presupuesto presentado por el Presidente, disminuirlas, eliminarlas o agregar nuevas, siempre que no se violara el equilibrio general (Art. 109)
- La atribución de declarar legalmente electo al Presidente de la República, tras las elecciones respectivas (Art. 50, num. 1)
- La capacidad legislativa de remover Ministros del Gabinete, e incluso Gabinetes completos, mediante los votos de no confianza y de censura (Art. 97)

Parecería sin embargo que estas nuevas disposiciones habrían albergado la intención (fallida por cierto) de atenuar la polarización ideológica, impedir el uso funcional de la estructura estatal, disminuir la personalización política y controlar los poderes regionales y localistas (López B., 2007); desde una perspectiva política, representarían el máximo esfuerzo institucional de aquella propuesta modernizante y autoritaria, que eclipsó tan pronto como la nueva constitución mostró en la práctica sus profundas limitaciones, al punto de volverse en contra precisamente de sus auspiciantes.

El fin de la ilusión kemmeriana

Es difícil imaginar un escenario económico peor al que enfrentó el país a inicio de los 30s. La misma transición juliana había nacido bajo el argumento de que la manipulación bancocrática habíase conectado con la política liberal para garantizar su supervivencia a través de la suspensión de la convertibilidad monetaria vigente hasta 1912, a partir de lo cual dejaría el comportamiento cambiario sujeto al vaivén político. Sobre tal diagnóstico, la propuesta juliana giró en torno a la reconstrucción de la soberanía económica representada en la instauración del Banco Central y el consiguiente control sobre la emisión monetaria. La complejidad de

la situación, la polarización social y política ante las reformas propuestas, la mutua desconfianza entre los actores del escenario económico, empujaron en conjunto la búsqueda de una estrategia alternativa, misma que se expresó al fin en la contratación de la misión técnica Kemmerer en 1927.

Las reformas kemmerianas fueron el sustento del régimen ayorista. No sólo porque le contagiaron de la pátina de suficiencia y neutralidad técnica con la que el equipo norteamericano fue asociado, sino porque sus propuestas apuntaron precisamente a ordenar, y por ende fortalecer, la capacidad de gestión del aparato estatal. Sin entrar en detalles mejor tratados en otros trabajos (Alexander Rodríguez, 1992; Drake, 1984), cabe sí recalcar que el modelo económico implicó la centralización y ordenamiento presupuestario, la optimización de los mecanismos aduaneros, el fortalecimiento del sistema tributario, además de reinstaurar el sistema monetario de convertibilidad en torno al patrón oro, que exigía una fuerte devaluación como punto de partida.

Desde lo fiscal, esta puesta a punto de la economía pública, sumada a los réditos de la devaluación monetaria, creó una burbuja de aparente bonanza transformada en gasto. Desde la perspectiva monetaria– cambiaria, la re-adopción del patrón oro implicó el montaje de un sistema que propugnaba, ante todo, la preservación del cambio internacional en un contexto de libre mercado y comercio de metales. Esto, por supuesto significaba garantizar la capacidad convertible del sucre (a oro o divisas convertibles), y por tanto, mantener permanentemente adecuados niveles de reservas, por un lado, y asegurar el control sobre la liquidez interna y el crédito; la lógica era simple: una alta demanda de divisas reducía las reservas nacionales, lo que disminuía también el circulante y por tanto la capacidad de compra interna, haciendo bajar el nivel de precios (deflación); en teoría esto significaría una revalorización de la moneda, mayor poder adquisitivo de las divisas fruto de la exportación y encarecimiento relativo de las importaciones, reequilibrando las reservas (Albornoz, 2006; Morillo Batlle, 1996). Esto generó serias dificultades cuando los efectos de la crisis mundial de 1929 afectaron los flujos comerciales ecuatorianos, al tiempo que aumentaba la demanda de divisas, o su equivalente, la exportación de oro, considerando la convertibilidad obligatoria. Para 1931 la reducción del flujo de divisas, combinada con la fuga de capitales, en el marco de la defensa a ultranza del cambio, determinaron el peor

fenómeno de deflación y escasez de crédito que ha presentado el país (Miño, 1983).

El sector real mostraba en cambio reacciones diferenciadas frente al contexto crítico de la época (Maiguashca, 1991a; Marchán R., 1991); mientras la costa en general, vinculada a las redes comerciales cacaoteras, atravesaba una durísima recesión, la sierra centro-norte, especializada en la producción agrícola, reconocía la recuperación económica merced al incremento de la demanda de alimentos y vituallas por parte de la costa y el mercado colombiano. La sierra-sur, mientras, mantenía cierta dinámica gracias a la producción de sombreros de paja toquilla. No puede olvidarse que, a pesar de un pico en las actividades de procesamiento y manufactura, para esta época no se pude hablar de una actividad propiamente industrial, y menos de clases industriales definidas (Luna Tamayo, 1991).

La economía doméstica urbana sufría aún la creciente carestía y escasez de bienes importados, que afectaban a rubros de consumo masivo, como mantecas o aceites; además, el buen momento de los sectores agrícolas de la sierra centro norte no se reflejó tanto en una ampliación de la oferta doméstica sustitutiva, cuanto en una oleada de compra de bienes de inversión para el uso agrícola, que tampoco representó un efecto de 'agroindustrialización' sino una optimización de los procedimientos productivos ya existentes, por lo que tampoco generó efectos notorios en el empleo, pues las relaciones laborales rurales mostraban apenas modificaciones parciales frente a su situación de décadas anteriores, a excepción claro de los fenómenos migratorios sierra-costa. Así, no puede hablarse de una 'atenuación' de la crisis gracias a parciales efectos sustitutivos, sino del aprovechamiento parcial por grupos definidos de productores, de las oportunidades comerciales generadas por la crisis de importaciones de estos años.

Quito: Una realidad en transformación

El escenario básico de esta época es Quito. En términos físicos la ciudad podía definirse en base a su contorno: al sur alcanzaba hasta el cuartel de caballería (cruce actual de las avenidas Cinco de Junio, Bahía de Caráquez, y la calle Necochea); hacia el norte, se extendía pocas cuadras

al norte de la avenida Colón, en su cruce con el eje horizontal de entonces, la vía a Cotocollao (actual 10 de Agosto). Al lado occidental, el perfil urbano se recortaba, de sur a norte, sobre el barrio de La Colmena, la vía más occidental entonces, la avenida Cima de la Libertad, el Panóptico, y la extensa falda de San Juan, la zona poblada más alta de la ciudad; el extremo nor-occidental bordeaba poco después del Seminario Mayor. Al lado oriental, ahora de norte a sur, el borde urbano se superponía al recorrido de la avenida Colombia, desde su conjunción con la avenida Colón (actual redondel de las avenidas Colón y 12 de Octubre) hasta la del Ejército (actual avenida Patria); perfilaba toda la loma del Itchimbía hasta saltar a Chimbacalle y la Carretera al Sur (actual Av. Maldonado).

La dinámica de la ciudad estaba en relación con su estructura demográfica. En número, los habitantes de la ciudad pasaron de alrededor de 52 000 personas en los albores del siglo (1906), a más de 80 000 en 1922, cerca de 95 000 en 1932[6], y algún estimado los ubicaba en 101 000 personas en 1936 (Bustos L., 1992). El motor de esta explosión demográfica fue fundamentalmente la migración: ya en 1906 alrededor del 37% de la población era migrante (Kingman, 2006: 182). Esto aceleró el crecimiento y densificación urbana de la ciudad, que en su expansión horizontal absorbía las poblaciones rurales vecinas, mientras aumentaba fuertemente la concentración de habitantes en el perímetro central de la ciudad.

Resulta interesante aproximarnos a la distribución de esa población en el espacio físico[7]. Para los años veinte la ciudad era una red irregular de barrios y parroquias: los barrios de Aguarico y La Colmena alojaban a población especialmente migrante, mientras que Chimbacalle y La Loma se poblaron mayormente por obreros y empleados; zonas como La Magdalena, Santa Prisca, Iñaquito, Santa Clara de San Millán y Cotocollao mostraban todavía remanentes de población indígena y campesina, y en general los barrios de colina o pendiente (La Tola, La Libertad, San Juan, Floresta, el Dorado, ciudadela Méjico) albergaron a poblaciones populares, en gran parte migrantes (Goetschel, 1991). Mientras tanto en zonas como La Alameda, El Ejido, el recorrido de la avenida Colombia, el barrio Mariscal Sucre y la avenida Colón recibían a muchas familias pudientes de la ciudad, que para esta época abandonaban el centro de

[6] La cifra para 1932 se obtiene mediante una proyección de crecimiento exponencial a partir de los datos de población y tasa de crecimiento referidas en la fuente.

[7] En esta sección nos apoyamos firmemente en Kingman, 1992a; Kingman, 1992b

Quito, transformando sus propiedades centrales en grandes conjuntos de piezas renteras donde habitaban migrantes, comerciantes, artesanos, burócratas, estudiantes, etc.

Pese a ello, el centro guardó su carácter de microuniverso representativo de la ciudad, manteniendo zonas de gran actividad económica y status (calles Guayaquil, Venezuela, Pichincha, García Moreno, Bolívar) frente a otras de menor jerarquía (La Loma o El Tejar, por ejemplo). Para esta época además se consolida la presencia de diversas actividades elementales de manufactura: fábricas de cerveza (Calles Rocafuerte, Ambato y 24 de Mayo), materiales de construcción (San Juan, La Chilena, Panecillo, el Penal, La Tola) y demás artículos domésticos (tabaco, colchones, fideos, gaseosas) al interior mismo de la ciudad (Kingman, 1992a).

En general, puede hacerse una rápida clasificación de las zonas o calles de mayor actividad económica y comercial. En base a los datos de la Guía comercial de 1914, procesados por Kingman, 2006, se puede elaborar el siguiente listado:

Tabla N° 1
Episodios de conflictividad en la década de los 30 (II)

	Datos demográficos 1933 1/			Datos de actividad conversiva 1914 2/							
Calle	Casas	Habitantes	Densidad (Hab/casa)	Conversión de [illegible] 3/	Conflictos de [illegible]	Conversión de [illegible]	Fábricas de [illegible]	Otras conversiones de [illegible]	Conversiones de [illegible]	Conversión de [illegible]	Total
18 de septiembre					18						18
24 de Mayo									1		1
Ambato	75	1859	24.79		12	2			1	1	16
Bolivar						3	7			1	11
Bolivia	80	772	9.65				2	3		3	8
Chile	111	1448	13.05		12			7	1		20
Chimborazo	66	1399	21.20						2		2
Cuenca	71	1331	18.75		13	2	6		2		23
Flores					10	2	2				14
García Moreno	128	1582	12.36	11	10	10		5			36
Guayaquil	96	772	8.04	33	35	25	7	1		2	103
Loja	81	1739	21.47		16		1		3		20
Magdalena	50	239	4.78								
Maldonado	83	2097	25.27		20				1		21
Manabi							1			3	4
Mejia							1		1		2
Mideros									1		1
Montúfar							1				1
Morgueitio	12	174	14.50								
Olmedo	71	995	14.01				1				1
Pichincha	52	982	18.88	33			2		8		43
Quijano	12	196	16.33								
Robles, Roca y Carrion	12	265	22.08								
Rocafuerte	127	2708	21.32	11	16	8	4		2		41
Rumiñahui	14	99	7.07								
Selva Alegre	11	216	19.64								
Sucre				11		8	1	3	1	1	25
Venezuela	152	1322	8.70	33				12		6	51
Total	1288	22165		132	162	60	36	31	24	17	462

1/ Cifras en base a Cruz et. al., 1935

2/ Cifras en base a Kingman, 2006 sobre la base de datos de 1914

3/ Cifras aproximadas en base a estimación en Kingman, 2006

Elaboración propia

Si bien estos datos no representan sino una muestra de la actividad económica local, dan una pista de la importancia relativa de los espacios urbanos, en función de la actividad económica cotidiana. En el plano adjunto de la ciudad se pueden apreciar algunas de las calles más activas de la ciudad, acorde a los datos señalados.

Mapa N° 1
Ciudad de Quito y Calles principales (1914/1933)

Densidad de negocios
- Más de 100
- Entre 40 y 60
- Entre 20 y 40

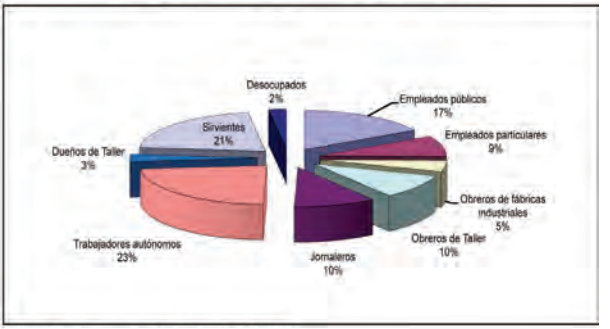
Densidad personas/casa
- Entre 22 y 25
- Entre 19y 21

Plazas principales
- A Plaza de la Independencia
- B Plaza de Santo Domingo
- C Plaza del Teatro

Datos en base a Tabla No 1
Plano de la ciudad de Quito. Hecho para actividad. 10 de agosto de 1931. Mapoteca de la Biblioteca Aurelio Espinoza Pólit
Kingman, 2006
Fuente: Elaboración propia

Si complementamos esta perspectiva con una revisión de las condiciones de vida de la población, tendremos una panorámica más ajustada del Quito de entonces. Entre los mejores trabajos al respecto constan las investigaciones de los salubristas de la época, especialmente Cruz et al, 1933 y López et al, 1937. Particularmente el último, un "trabajo censístico" determinó una población total para Quito de 101 668 habitantes, que habitaban 6 949 casas repartidas sobre 249 calles y ciudadelas; el perfil ocupacional hallado mostraba la importancia del trabajo autónomo, la servidumbre y el empleo público.

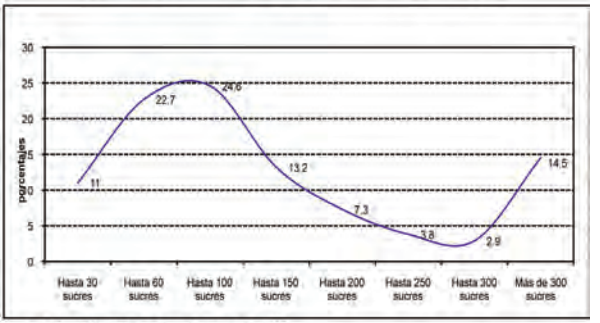
Gráfico N° 1
Tipos de espacios de la población de Quito (1937)



Fuente: Elaboración propia, en base a Lopez et. al., 1937

Lo más llamativo es el panorama del nivel de vida imperante: el ingreso familiar mensual mostraba una particular desproporción como lo muestra el gráfico correspondiente; en él se aprecia que alrededor del 60% de las familias de la ciudad, ganaba entre 30 y 100 sucres mensuales, mientras que apenas el 14,5% de las familias concentraba ingresos mensuales superiores a s/. 300. Esto forzaba a gran parte de la población a restringir sus presupuestos, lo que se reflejó en problemas de nutrición, hacinamiento (alrededor del 70% de las familias de la época vivían hasta en dos habitaciones) y bajo acceso a la educación (la tasa de analfabetismo llegaba al 16,7%).

Gráfico N° 2
Promedio mensual de ingresos por familia en Quito (1937)



Fuente: Elaboración propia, en base a Lopez et. al., 1937

Visiones de cambio social

Para los años 20, el debate de las ideas, las posturas políticas, la diagnosis ante una situación en franco deterioro económico y político, se sentían atravesadas particularmente por dos visiones de cambio social abiertamente contrapuestas y tan disímiles que gradualmente contribuyeron a una polarización de las formas de entender y enfrentar la realidad del país.

El republicanismo elitario

Difícilmente podría decirse que los grandes cambios liberales desde inicios de siglo tuvieron aspiraciones democráticas. Ni las élites liberales, ni por cierto las conservadoras, tuvieron una aspiración de redistribución del poder político, o una ampliación irrestricta de derechos, pero todas concordaron con valores o principios transversales indispensables para el funcionamiento del sistema de poder construido sobre ellas: 'progreso', 'orden', 'disciplina', 'patriotismo'. Hablamos, en el fondo, de una visión política republicana que antepone las responsabilidades a los derechos, el mérito a la igualdad, el orden a la libertad.

Hay argumentos para pensar que esta visión social profunda no es originaria del cambio secular, sino que hunde sus raíces en la construcción ilustrada de una identidad nacional sujeta a la contraposición, a la diferenciación social, tanto entre criollos y continentales, cuanto entre criollos e indios; léase, la construcción de una identidad basada en un 'deber ser', un ideal diferenciado y diferenciarte de otras identidades a las que no ha podido plegar.

La filiación a una visión republicana es fácilmente rastreable en el discurso cotidiano; sólo como ejemplo, los textos de la prensa escrita, a lo largo de todo el siglo, simplemente han ido matizando ciertos conceptos observables hasta el mismísimo hoy: la preponderancia de la Patria, del deber, el sacrificio; la necesidad de orden y disciplina.

En los años 20 y 30 esto es aún más evidente, pues aquella 'resonancia' republicana fue alimentada por diversas corrientes políticas y culturales. Quizá la más llamativa –y de las menos estudiadas- haya sido el fascismo italiano.

A pesar de la difícil situación italiana tras su participación en la I Guerra Mundial, el Ecuador empezó a ver a Italia como un referente; se multiplican las relaciones con ese país, al punto de concretarse varios acercamientos de tipo comercial (Misiones Accorsi, 1920; Sindicato italiano, 1921) y militar (1922), así como la 'italianización' de las fiestas del centenario de la Batalla del Pichincha, a través de una espectacular temporada de ópera clásica, a cargo de la Compañía Adolfo Bracale (mayo de 1922).

La llegada de Mussolini al poder acrecentó la admiración. Para la fecha el fascismo italiano representaba un modelo de comportamiento republicano que tenía al orden y al nacionalismo como valores supremos; máxime si apuntaban al 'progreso', y no se limitaban a las restricciones institucionales, en mucho creadas por intereses particulares. Añádase a eso el perfil anti-bolchevique y se entenderá mejor tal lectura del fascismo. Así, la vitalidad fascista representaba para entonces un antecedente válido frente al continuo avasallamiento por los intereses bancarios, al desorden y anuencia del Estado, especialmente del Congreso, y sobre todo frente al creciente fantasma del bolchevismo atentatorio de la propiedad y la moral existentes.

Imágen N° 1

La opinión pública sobre Benito Mussolini

Mussolini es un dictador. Cuando se presentó al Parlamento, dijo á los representantes del pueblo que no necesitaba de votos de confianza; pues si el Parlamento no colaboraba con el Gobierno lo mandaría disolver. Prohibió las renuncias á todo empleado público, diciendo que cada ciudadano está obligado á servir a su Patria y que no tocaba a éste sino al Gobierno hacer cesar en su cargo a un ciudadano cuando lo juzgue bien del pueblo.

cidad del impuesto a la renta necesario o conveniente al buen servicio.

Este es el hombre, todo energía, todo honradez, que inaugura un nuevo método de mando ante la espectación del mundo entero que hasta ahora sólo estaba acostumbrado al gobierno formulario y burocrático.

Mussolini puede decir muy alto: El Estado soy yo para todos.

Fuente: Diario El Comercio, 12 de diciembre de 1922

Hay que cuidar sin embargo la secuencia del razonamiento: proponemos que la receptividad al fascismo respondía a su sintonía con la vena republicana profundamente enraizada en las élites políticas nacionales (y mucho más allá de ellas), además de proveer de una potente articulación con otros conceptos-fuerza muy presentes en la época, como el nacionalismo 'patriótico', el vínculo pensamiento-acción, la necesidad

de la fuerza 'creadora', el peso fundamental del liderazgo mesiánico, la lucha contra la corruptela política. Como resume uno de los textos más interesantes de este periodo (Peñaherrera, 1927):

> El pensamiento fascista se cristaliza siempre en acción, en férrea voluntad reflexiva que obra resuelta y eficazmente sobre la realidad de las cosas (...) el Fascismo reemplaza la soberanía individual, por la soberanía del Estado y coloca, por consiguiente, a la Nación por encima del individuo, obteniendo la colaboración de los ciudadanos, su respeto y obediencia (...) la fuerza sirvióle de medio para alcanzar un ideal. En la fuerza apoyó la estructura de la idea, pero de la fuerza se valió tan sólo para robustecer la dinámica de su pensamiento (pg. 39) Santa y bendita violencia! Qué papel tan excelso desempeñáis cuando estáis a la merced del Orden, de la Libertad, de la Justicia, del Derecho y del Honor, y defendéis la vida de la Patria! (pg. 50)
>
> Y en el vértice más alto del Poder fascista, en la cumbre que comprende la unidad, la fuerza y la vida de este movimiento, se destaca la excelsa figura de un hombre nacido del pueblo: cerebro superior, voluntad indómita, energía inquebrantable, que ilumina con su ejemplo, que robustece con sus obras, y dignifica con su poderoso esfuerzo y su santo patriotismo, la línea, la triunfante trayectoria de esta revolución. (pg. 44)
>
> La doctrina fascista podemos reducirla a su lema: 'Todo por la Patria y para la Patria'. Aquí tenéis el maravilloso imán de atracción que seduce y somete a las multitudes y es arma vencedora en todo combate (...) La triste herencia política y económica de los Gobiernos anteriores, debía liquidarse, debía desaparecer (...) El prestigio, la responsabilidad, y la acción constante y eficaz de la autoridad ejecutiva, consciente de su deber y de su autonomía estable, no sujeta a los caprichos e intereses parlamentarios o partidistas. La acrisolada honradez y la estricta economía de los Poderes Públicos. La exaltación patriótica de toda gloria nacional. El culto al honor, al duro trabajo, al sacrificio y a la disciplina. El apoyo decidido a toda actividad individual, a todo cuanto signifique incremento de la riqueza nacional (...) La supresión de toda corruptela demagoga. La guerra al traidor, al venal azuzador, al arribista, al corrompido político y al politiquero de oficio. La solidaridad nacional. Las poderosas afirmaciones de los conceptos reales de raza, Estado y Nación. Y el prodigioso engrandecimiento de la Fuerza Armada, fueron las bases principales en que se levantó la Italia de 1924. (pgs. 63-64).

De aquí que, gracias al auge y vigencia del fascismo, la virtud republicana se actualizara, atravesando las decisiones políticas de la época, combinándose con una sensible tradición nacionalista o patriótica, adobada por la nueva idea de la 'democracia liberal':

> Cuando hablamos de Estado liberal, no entendemos la Patria para el partido liberal, sino la Patria bajo un régimen político conforme con la naturaleza de la sociedad, con poder fundado en derecho, con representación soberana por delegación y no por dictadura, con la ley de la unidad y de las conveniencias de la Patria por encima de los intereses de los círculos y de los partidos. Y ya pueden llamarse éstos rojos, amarillos o azules; nos tienen sin cuidado; el verdadero fascismo es la permanente vigilancia de una nacionalidad fuerte, vigorosa y progresista. (Diario El Comercio, 7 de febrero de 1923: pg. 1)

Visión que por supuesto generaba tensos empalmes con la vieja tradición caudillista de la política ecuatoriana, como lo revela el siguiente texto:

> He soñado a menudo en que, siendo imposible, dado nuestro marasmo cívico, la verdadera reorganización parlamentaria, la fuerza de los hechos eleva al poder a un tirano liberal. Este hombre comprendía el siglo, comprendía el medio, había estudiado mucho sociología, política e historia (…) Este hombre movía, sacudía, organizaba, todo lo político, y dejaba toda su autonomía a todo lo social (…) mató al palanqueo, redujo el número de los empleados públicos, y a los que quedaban les sujetó a una disciplina severa y activa (…) Estando en lo mejor de mi sueño, me desperté. Me dio vergüenza de haber traicionado a los ideales democráticos (…) pensé en que no caben los tiranos liberales, recé un credo a la Democracia, pero me dio pena y quise seguir soñando. (José Ma. Velasco Ibarra, febrero de 1922, citado en Norris, 2005: 114, vol. 1)

Los vientos revolucionarios

Así como la renovación republicana alimentó a las menguadas élites nacionales, las ideologías de izquierda hicieron de 'caja de resonancia' para una serie de actores emergentes, en mucho hijos del quiebre liberal. Tras el *shock* de la revolución rusa, la imagen del revolucionario de

izquierdas fluctuó entre la del bolchevique (o 'apache', como lo llamaron en los tempranos 20s), sinónimo de extremo totalitario, enemigo de la propiedad y apóstol de la inevitable lucha de clases; y la del socialista, vinculado más a la reivindicación, la justicia social y el problema obrero, desde una perspectiva utópica o científica, pero no por ello exento de sospecha, al punto de que tan temprano como 1919, en Quito se formaba ya una primera Liga Antisocialista (ver Diario El Comercio, 31 de julio de 1919).

La 'pesadilla' parecía cobrar carne para inicios de los veinte, con el asentamiento del anarcosindicalismo en Guayas, la activación del movimiento obrero, la multiplicación de los conflictos campesinos por acceso a recursos como el agua y la tierra (sin más tachados como movimientos 'bolcheviques').

De hecho, la llegada de la noción de obrero, secundada por la reacción conservadora y eclesial que la asumió también, pero en el marco de la doctrina social dibujada en la encíclica Rerum Novarum de 1891, implicó el desplazamiento (pero no la desaparición) de la clásica categoría de indio como referente de la reivindicación social. Los sucesos de noviembre de 1922 son una muestra respecto al nivel de polémica en torno al 'problema obrero'. Acorde a un editorial publicado por Diario El Comercio:

Las legislaturas han creado el problema obrero, transplantando reformas innecesarias e inadecuadas a nuestro ambiente. Cuando contemplamos los acontecimientos que se están desarrollando en el país entre obreros y patrones, ya en la agricultura, ya en la industria, casi estamos por reírnos y echar a la cara de los que se han empeñado desde algún tiempo a esta parte, en laborar –como decían- por las clases trabajadoras, este desastre, fruto de la legislación obrera que solamente por espíritu de imitación, mas nunca por necesidad, implantaron en el país. (Diario El Comercio, 10 de noviembre de 1922, Quito: pg. 1)

¿A qué reformas se refiere?:

Imágen N° 2
Reformas laborales inadecuadas

Que en todo el mundo hay ley de las ocho horas de trabajo. Pues, a adoptarla en el Ecuador.

Que en todo el mundo se reconoce la organización gremial. Pues, a citar a todo profesional para constituir los gremios.

Que en todo el mundo civilizado no hay prisión por deudas. Pues ¡zás! Venga la ley que en el Ecuador así lo reconozca.

Que en todo el mundo, hoy en día, el obrero es el primer plato. Pues, allá va. Inclinémonos ante las grandes Corporaciones artísticas e industriales sin cuya venia nada puede moverse, ni siquiera la Tierra al rededor del Sol!

Fuente: Diario El Comercio, 10 de noviembre de 1922

Para vísperas o inicios de los años 30, el desafío socialista estaba plenamente reconocido, aunque mínimamente consolidado. De acuerdo a Enrique Ayala (citado en Rodas Ch., 2006), cuatro tendencias convergían en el tierno pero firme movimiento: el liberalismo de izquierda (reflejado de cuerpo entero en la Asamblea liberal de 1923), un socialismo utópico impulsado por propietarios 'progresistas'; una izquierda de corte nacionalista anclada en un ala de oficiales militares jóvenes; y un socialismo radical soportado por intelectuales y dirigentes de organizaciones laborales con antecedente anarquista; ésta última a la vez la más radical y la más dividida por incluir la activa rama comunista.

Pese a la división, el peso del discurso, de la idea renovada, marcaba distancias apreciables con el resto de propuestas ideológicas al momento. Acorde a un interesante texto contemporáneo (del Pozo, 1930), las apuestas

ideológicas de izquierda reivindicaban la búsqueda del mejor reparto de la riqueza, como medio para lograr un "mejor reparto de placer y de dolor", la vindicación del individualismo "ego-altruista" en contra del individualismo egoísta, la eliminación de las diferencias históricas y sociales, resumidas en diferencias estructurales de raza y clase (pgs. 320-324).

Esto derivaba en cuestionamiento a las principales categorías del discurso político, enganchándose con aspiraciones e ideas que bien podían ir más allá del socialismo científico marxista:

> El contenido doctrinario del socialismo es de tanta amplitud que se desborda de cualquier programa de partido político y no cabe comprenderlo en los límites de una mera tendencia científica. La naturaleza de su virtualidad hace que en él encontremos toda suerte de elementos, tan varios y complejos que es difícil determinar si el socialismo es una ciencia revolucionadora o un movimiento vital humano, si es una nueva religión que surge o el amanecer de una nueva cultura, o si es todos ellos a la vez, que es lo más seguro.(…) Progreso, civilización y demás excelsitudes de que se ufanan los tiempos modernos, menguadas excelsitudes son, ya que se han levantado y crecido teniendo como base y alimento la desigualdad y la injusticia. (del Pozo, 1930: 322)

Mientras la impugnación a los conceptos de progreso, civilización y cultura, apuntaban directo a los marcos ideológicos de grupos como los liberales, o los propietarios agrícolas modernizantes; el reconocimiento de las diferencias estructurales de raza y clase, así como la autodefinición del socialismo como un baluarte 'moral' universalista, sutilmente cuestionaba ideas tan críticas como el nacionalismo patriótico, anclado en las especificidades 'positivas' de lo propio, lo castizo; era la alborada de un distinto idioma político en el que la base de identidad no era ya el lazo nacional, lo patrio, sino la clase o la raza. Sólo la hipérbole literaria ilustra la ruptura:

> -Hay una sola bandera que une a los trabajadores de todos los países.
> -¿La tienes tú? – pregunté.
> -Sí.
> -¿Dónde?

> Mi padre se emocionó.
> -¡Quiero verla! – insistí.
> -¡La llevo aquí dentro, en mi corazón! – contestó él con voz temblorosa.
> -¡Estará llena de sangre! – añadí perplejo.
> -Sí. La bandera nuestra, la bandera tuya y mía, es roja como la sangre, porque ha brotado de las entrañas de los desvalidos del mundo. (Salvador, 1984: 16)

Sólo hay formas indirectas de notar el peso del desafío socialista que, al parecer no fue pequeño. Así se explica, por ejemplo, cómo al principio la revolución juliana, en 1925, fue vista como un paso hacia el socialismo de Estado, fase de una evolución social frente a la cual sólo cabía minimizar las "injusticias y desasosiegos".

Imágen N° 3

Hacia el socialismo juliano

En el Ecuador están ya tocándose los más delicados y graves problemas, como fijación de precios de los víveres y del inquilinato, interpretación de leyes, justicia social, acción popular, etc., y sin embargo, a pesar de que cualquiera puede ver que nos enderezamos a un franco socialismo, no son de temerse las sangrientas jornadas que, en otros países han sido necesarias. Con todo, para evitarlas será preciso que se proceda con tino, con mucha cordura, con clara sagacidad. La justicia y la tranquilidad total provienen de muchas injusticias y desasosiegos particulares; pero hay que disminuir en lo posible el número de los últimos.

Fuente: Diario El Comercio, 17 de agosto de 1925

Así como las élites rechazaron rápidamente al socialismo en crecimiento, los sectores excluidos y subalternos, aprovecharon su potencial identitario y discursivo. No es de sorprender que el núcleo de fundadores del Partido Socialista fuera constituido por estudiantes universitarios

(Muñoz, 1988), ni que tuviera receptividad entre sectores campesinos e indígenas. Aunque quizá su peso específico no pueda calcularse tanto en función del número de simpatizantes o allegados, cuanto en su fortaleza discursiva, como medio de dar carne a la voluntad de cambio en un entorno social inflexible.

Los actores sociales en perspectiva

Terratenientes e industriales

> Sotanudos, beatas, conservadores, liberales del cholerío aristocratizante y latifundista le acusaban de masón por sus ideas de libertad, de progreso, de democracia, por meterse en tratos y contratos con los gringos, por vivir alejado de la liturgia de la Iglesia Católica, aún cuando cumplía la mayor parte de sus leyes y sacramentos (…)
> -Pero conmigo se equivocan.
> -Se equivocan –repitió la honorable esposa, emocionada por el optimismo de su marido.
> Entraré en la política. La alta política. Sólo así (…) Único medio –tipo nacional- para evitar los inconvenientes –sobornos costosos, palancas inamovibles, obstáculos ideológicos, sombras enemigas- en el desarrollo de la industria y de las finanzas.
>
> Jorge Icaza, *En las calles*, 1935[8]

> La nueva técnica –insensible, avasalladora, voraz- de los negocios y de las finanzas de don Luis Antonio Urrestas, en franca oposición a los métodos –tradicionalistas, usurarios, patriarcales- de don Pablo Solano del Castillo, no tardaron mucho en chocar en la política. Para ellos ambición burocrática de mando, juego de intrigas, de calumnias, de componendas, de pequeños riesgos de dinero, de soborno a periodistas incorruptibles, de patriotismo de ofertas heroicas-irrealizables por lo fantásticas-, de amabilidad próspera en sonrisas, abrazos, reverencias.
>
> Jorge Icaza, *En las calles*, 1935[9]

La imagen tradicional asociada a las élites económicas y políticas, al menos serranas de esta época, ha sido la del terrateniente enganchado moralmente con la Iglesia Católica, y políticamente con un sinuoso Partido Conservador. Existen indicios sin embargo de que esta imagen es, al menos, incompleta.

Primero, precisamente algunos de los más importantes terratenientes serranos fueron de los primeros en construir formas de adaptación a los cambios económicos y políticos que representó la revolución liberal: la diversificación de productos destinados al mercado costeño

[8] Icaza, 1985: 158-159

[9] Icaza, 1985: 168

y colombiano, la adaptación de nuevos procedimientos y técnicas agrícolas (Arcos, 1984), la introducción parcial del trabajo campesino asalariado, en convivencia con las tradicionales formas de sujeción o dependencia de mano de obra (Deler, 1987); además, el impulso a los primeros intentos de corte pequeño-industrial en la sierra que, aunque no derivaron en la formación de una clase industrial propiamente dicha, sí fueron suficientes para plantear fuertes enfrentamientos de interés con los comerciantes y similares industriales de la costa (Luna Tamayo, 1991).

La gama ideológica tras estos grupos no era menos diversa. Muchos de los propietarios modernizantes, especialmente aquellos agrupados dentro de la Sociedad Nacional de Agricultores (SNA), mostraban apertura e interés por las nuevas dinámicas productivas capitalistas, al tiempo que reiteraban la visión del tema indígena como un tema específico y de contenido étnico o racial (Marchán R., 1986).

Paralelamente persistía un grupo de propietarios más tradicionales, preocupados por el 'control moral' de las nuevas tendencias productivas capitalistas, además del mantenimiento de los principios de relación mutual; es precisamente este grupo el que muestra mayor aproximación a la política formal, vía Partido Conservador, y el que impulsa, desde lo ideológico y lo material, las primeras experiencia de organización laboral de inspiración católica (Coronel, 2006; Varios, 2003).

En medio de ambas corrientes principales, parecería haber empezado a desarrollarse una tercera, sustentada sobre una nueva generación de protagonistas económicos más vinculados con la actividad profesional y la innovación técnica, y menos a la actividad agrícola, por ende muy flexibles y diversificados; desde una perspectiva ideológica, esta corriente incipiente parecería procurar alguna distancia respecto a las alternativas partidistas tradicionales. En esta línea podrían incluirse claramente figuras como la de Luis Napoleón Dillon, notable impulsor de iniciativas industriales y financieras, así como activista político que desde una filiación liberal radical fue mutando hacia posiciones más cercanas al socialismo, y que dio el impulso y soporte inicial al movimiento juliano (Varios, 1982; Zapater, 2005); y por supuesto la del propio Isidro Ayora notable profesionista y figura referente de la ciencia y la técnica, que además mostró en algún momento afinidad con algunas élites productivas progresistas.

Hombres en armas

-Capitán Mendoza, llamó el General.
-Ordene, mi General, respondí.
-Vístase con la levita de visita, me dijo el General.
-No tengo esa prenda, mi General.
-¿Por qué no la tiene?, preguntó colérico el General.
-Porque no es reglamentaria para oficiales inferiores, mi General, es sólo facultativa.
-Pues mientras esté yo aquí será reglamentaria, yo mando y se acabó; yo soy aquí el reglamento.
-Creo que la ley está sobre su voluntad, mi General, respondí.
-¡Atrevido; a su pieza arrestado, fue la respuesta final del General

Relato del Mayor Idelfonso Mendoza, anterior a 1925[10]

Para fines de los años 20 el protagonismo armado era indiscutible. Lo cual denotaba el vértigo de la evolución castrense de estos años. Fruto de sucesivos 'borrones y cuentas nuevas', el ejército ecuatoriano había surgido de las luchas liberales, a instancias de un primer esfuerzo de profesionalización impulsado por el mismo Eloy Alfaro, en los albores del siglo XX. Tal esfuerzo fue respaldado por sucesivas misiones militares chilenas e italianas[11], orientadas al planteamiento y desarrollo de programas de formación de oficiales nacionales, y cuya presencia adobó una particular dicotomía institucional: por un lado la asesoría extranjera impulsaba una lógica de especialización técnica estricta y sujeta disciplinarmente a las instituciones civiles, intensamente comprometida con una visión o proyecto nacional; mientras por otro, el liderazgo político era entonces intensamente partidista y recurría con frecuencia al aprovechamiento utilitario de la fuerza armada como baza política (ver Bustamante, 2006, y como testimonio específico, Reyes, s/f).

Las principales interpretaciones de la Revolución Juliana de 1925 se basan precisamente en el reflejo institucional de estas tendencias al interior del Ejército: mientras la nueva oficialidad era formada en la primera lógica, la segunda persistía en mucha de la alta oficialidad, heredera de las campañas alfaristas y sobre todo de la influencia placista.

Cabe aquí profundizar en algunos aspectos específicos característicos de esta época.

Primero, la consolidación de la dicotomía oficialidad – tropa. A nivel de oficialidad, esta consolidación tiene una doble vertiente; por un lado,

[10] Reyes, s/f: 22-23

[11] Entre ambas, y con intermitencias, su presencia va desde 1902 hasta entrados los años 50.

la afirmación de la carrera profesional, bajo los preceptos y modelos pedagógicos y técnicos de las misiones militares extranjeras, y por otro, el recambio generacional, reflejado en la presencia de nuevos oficiales nada o poco vinculados con las campañas liberales alfaristas y placistas[12]. A nivel de tropa, en cambio, la distinción entre cuerpos de línea permanentes, la formalización del carácter voluntario del ingreso a filas (Romero y Cordero, 1991), así como el debate surgido en torno al servicio militar obligatorio (Ortiz, 1991), le marcó un carácter propio. En medio de ambos componentes, los mecanismos de ascenso y graduación marcaban una brecha fundamental, sobre todo a nivel de oficialidad.

Segundo, la consolidación relativa de la carrera militar. Una de las principales fuentes de descontento militar que desembocó en el pronunciamiento juliano fue precisamente la irregularidad de los mecanismos de carrera militar, lo que aseguraba los más altos niveles de mando a oficiales asociados a la actividad política dominante, más que a una carrera estructurada. Sorprendentemente, parecería que poco fue lo avanzado en este campo durante los años julianos. Tan tarde como 1938, aún se escuchaban voces que reclamaban por las estrategias de ascenso basadas en los intereses políticos, las conveniencias de círculo o el simple 'asalto' (Marchán, 1938). Por otra parte, la lógica de castigo-sanción por transgresiones disciplinarias (fundamental en todo esquema de jerarquía vertical) no era del todo clara, pues la propia revolución juliana marcó un precedente particular, al implicar la remoción inmediata o la impugnación de varios oficiales superiores, abriendo la posibilidad de episodios similares futuros. En casos particulares, la Junta Militar juliana estableció una secuencia de control y sanción ante actos de indisciplina: desde la contención y vigilancia, el cambio de plaza de oficiales, la anulación del comando encargado, cambio de plaza de unidades rebeldes enteras, y por último retiro del servicio activo en caso de oficiales o disolución definitiva de unidades rebeldes. El caso paradigmático en este sentido es el del oficial juliano Idelfonso Mendoza, líder del movimiento juliano en Guayaquil, y el regimiento a su cargo, el Marañón (ver Pérez Pimentel, 2008b); ambos sufrieron toda esta secuencia.

Tercero, la consolidación del servicio militar como espacio de politización y socialización. Existen múltiples pistas que indican la compleja

[12] Algunos autores (Crawford de Roberts, 1980) indican además una renovación 'regional' en tanto muchos de los nuevos oficiales serían serranos. No se ha hallado sin embargo evidencia suficiente para confirmarlo.

dinámica militar de los años veinte. Desde la oficialidad, la construcción de una identidad de 'clase nacional' implicó un inmediato acicate para la politización controlada:

> la oficialidad tendió a verse como una "clase universal" levantada por encima de las facciones y solamente atenta al bien público (identificado con el bien de un Estado). El oficial profesional tomó el lugar de una especie de sacerdote laico de un quehacer que era, a la vez, secularizadamente científico y políticamente trascendente a todos los intereses multiformes de la sociedad civil. (Bustamante, 2006: 232)

El mejor y más gráfico reflejo de esto fue precisamente la constitución de la Liga Militar que impulsó y protagonizó la revolución Juliana de 1925 (Paz y Miño, 2000), y de allí en adelante, el papel de arbitraje y tutela mostrado frecuentemente por el Ejército. Pero desde la perspectiva de la tropa también puede observarse procesos que la pintan más que como un mero cuerpo armado. La participación en el Ejército era vista como una 're-educación' cívica y humana, una herramienta eficaz para el 'disciplinamiento' del pueblo, en función de una idea de nación o Patria común (Ortiz, 1991). Romero y Cordero, 1991 puntualiza con orgullo que el Ejército, a inicio de los treinta, enfrentaba activamente el problema del analfabetismo en sus tropas, al tiempo que cimentaba o fortalecía las nociones de urbanidad, higiene, responsabilidad familiar y ahorro previsional (pgs. 386-393), además afirma, ya sin diferenciar al hacerlo entre oficiales y tropa, la existencia de una clara conciencia de lealtad vinculada a las nociones de Patria y lo popular, aún a pesar de las instituciones formales:

> La idea de revolución, en su aspecto propio de movimiento armado contra un Gobierno constituido, es, a su vez, entendido absolutamente por el soldado ecuatoriano; de tal manera que, cuando se presta para la revolución, cuando actúa en las transformaciones políticas, la hace con plena consecuencia de lo que hace, anteponiendo siempre la idea del patriotismo –sea verdadera o sea falsa- al de soldado, y secundando siempre, en todo caso, la corriente ideológica popular. (pg. 390)

Nuevas voces: Damas y estudiantes

> Cumpliendo con lo resuelto por el Centro Femenino, particípole que el ideal de la riobambeña no es invadir el ingrato campo de la política, incompatible con la misión de la mujer y su peculiar rol en la sociedad, sino el de llenar la premiosa necesidad actual de propender al afianzamiento de los derechos civiles y morales, al par que a la conquista de esencial igualdad ante la ley. La mujer riobambeña, fiel a su tradición, concretará sus labores al triunfo del bien, sintetizado al presente por el escogimiento de hombres virtuosos, capacitados para el ejercicio de funciones que dicen relación con la marcha armónica del Estado y la protección de inalienables derechos ciudadanos.
>
> Rosa Vela de Durango,
> Convocatoria a Vocales de
> Centros Electorales , 1929[13]

> Estad alerta, un grupo de estudiantes que se dicen revolucionarios y aun comunistas (…) han pretendido con florilegios conducir a los estudiantes a una lucha banderiza entre liberales y conservadores, con desconocimiento absoluto de la situación histórica, que plantea la lucha del proletariado contra el capitalismo, para el cambio de la vieja sociedad por la nueva que se avecina.
>
> Hoja suelta suscrita por la
> Fracción Comunista Universitaria, 1932[14]

Jirones de pistas muestran que la actividad política femenina no fue accidental ni escasa en estos años. Ya en medio de las labores de la Asamblea constituyente de 1929, en Quito, se registraron interesantes iniciativas de movilización de mujeres y jóvenes estudiantes, a favor del sostenimiento de la educación católica y la libertad de enseñanza.

> Por cierto, el sostenimiento de los Colegios religiosos, además del legítimo anhelo de inculcar la fe católica en la juventud, posee el secreto de la influencia clerical en las familias y de la aparición en la política de aquellos núcleos de jóvenes dispuestos a matar herejes en las calles al grito de Viva Cristo Rey! Así se explica el proceso de los incidentes repetidos cada año en la época de exámenes, y el motivo inspirador de la campaña femenina que culminó en la presencia de un crecido número de mujeres de toda condición social en la barra de la Asamblea, mientras se debatía el artículo constitucional relativo a la libertad de enseñanza (...) Las damas pronunciaron discursos ante los legisladores y ante una muchedumbre ávida: entre ella los jóvenes católicos y los alumnos del Colegio San Gabriel de Quito. Habían ido a gritar, en uso del derecho que le asiste al pueblo; el Gobierno, temeroso siempre, envió una nube de pesquisas, y éstos, como es su costumbre, provocaron garrotazos y

[13] Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit, colección de Hojas Sueltas, No.143

[14] Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit, colección de Hojas Sueltas, No.240

> puñadas que exasperaron los caldeados ánimos, sembrando en la muchachada católica el deseo de cortar la flor del martirio. (Diario El Día, 1 de enero de 1930, pg. 1)

Por otro lado, los posteriores procesos electorales de entonces exigían que los votantes se registraran voluntariamente en padrones, por lo que la verdadera campaña electoral giraba en torno al registro de votantes. Parte significativa de ellos lo eran precisamente mujeres, dado que la constitución amparó explícitamente el voto femenino. Sin entrar en consideraciones sobre lo efectivo de esta oportunidad electoral (limitada por cierto), es igualmente interesante cómo sus actividades eran vistas por algunos sectores de la opinión pública:

> el derecho que expresamente consagró la ley constitucional a favor de las mujeres, hábilmente propagado por los intereses de partido, ha atraído hacia la actividad política gran número de damas, sin que este hecho signifique que las leyes y la jurisprudencia anteriores hubieran negado al elemento femenino la capacidad cívica; sólo que hoy el partidarismo ha descubierto en la fe sumisa de las mujeres una fuerza destinada a suplir las debilidades masculinas (...) hay que reconocer que ellas están dando un alto ejemplo de disciplina y de fervor cívicos, por lo menos en esta ciudad, en donde ciertas insinuaciones son órdenes, y en donde el conservadurismo cuenta con la cooperación entusiasta de un núcleo respetable de señoras para todas sus campañas. (Diario El Día, 14 de octubre de 1929, pg. 3)

Según esta perspectiva, las 'nuevas' ciudadanas resultaban ser apenas un 'núcleo respetable' pero sujeto sumisamente a las insinuaciones - órdenes del conservadurismo. El epígrafe, y el episodio asambleario, cuestionan esta perspectiva: independientemente de la perspectiva ideológica, podría también pensarse en mujeres convencidas de la participación política como 'tarea moral' que, además de derivar en la selección de 'hombres virtuosos', significaba también construir la igualdad ante la ley, y el mantenimiento de instituciones tan arraigadas como la educación confesional, amparada en el propio axioma liberal de la libertad de enseñanza. Ciertamente una visión alineada formal y conceptualmente al conservadurismo, pero muy distante de la ciega sumisión.

En otra orilla ideológica, pero no menos comprometida, un nuevo momento generacional se expresaba en la población de jóvenes

estudiantes, que en cambio gravitaban mayoritariamente hacia las tesis de izquierda. Quizá el ejemplo paradigmático en este sentido sea el del estudiantado guayaquileño. En septiembre de 1929 se sentía el resurgir de las tesis federalistas en la Universidad de Guayaquil; en octubre de ese año se registraron graves enfrentamientos entre estudiantes de Medicina (identificados con las tesis federalistas) y de Derecho (que reunía a estudiantes de izquierda, opuestos a tales tesis). La reacción de las autoridades fue drástica:

> Las autoridades universitarias resolvieron entonces clausurar el local de la prenombrada institución estudiantil (Asociación Escuela de Derecho), por considerarla como cuna de los movimientos desordenados; y los estudiantes perjudicados, por medio del Presidente de la corporación suprimida, el conocido intelectual Humberto Mata, reclamaron en nota que contiene graves acusaciones y en términos muy duros para los dirigentes; el reclamo fue apoyado en el Consejo por el representante de los alumnos de jurisprudencia, señor Ermel Quevedo, quien también por la prensa trató en términos descomedidos a los superiores. Allí vino la represión exagerada, por el Consejo Universitario, como si fuese poseído de venganza, expulsó de la Universidad a los estudiantes Mata y Quevedo. (Diario El Día, 25 de octubre de 1929, pg. 3)

Ante la reacción de los estudiantes de izquierda, de apoyo a sus compañeros y cuestionamiento a las autoridades, las expulsiones aumentaron: José J. Silva, Rafael Coello Serrano, Alfredo Vera, Carlos Guevara Moreno …

Casi un año después, en septiembre de 1930, frente a la expulsión de dos compañeros de clase, estudiantes del quinto curso del Colegio Vicente Rocafuerte, de Guayaquil, decidieron demandar la renuncia del Rector de la institución, nada menos que el famoso cirujano Abel Gilbert. No sólo obtuvieron el apoyo de más estudiantes, mayores y menores, sino que tomaron las instalaciones del colegio, organizaron marchas públicas y visitaron periódicos locales. El argumento era la actitud 'dictatorial' de las autoridades, los castigos demasiado severos, y en general, la inexperiencia y desconocimiento de aquellas respecto a las tareas educativas.

Como fuera, los estudiantes transformaron la pugna interna en un tema público: llevaron su protesta a las calles mediante sendas marchas nocturnas, y continuaron las visitas de comisiones ante los periódicos. El conflicto duró desde el 19 hasta el 25 de septiembre, y terminó con la clausura del plantel por parte del Gobierno, y su reorganización total. Para el Rector cuestionado, el episodio se debió a influencias ajenas: "Quinto Año se halla bajo la influencia de una extremada propaganda comunista" (El Día, 26 de septiembre de 1930, pg. 7). Curiosamente, el 29 de septiembre, pocos días después de haber 'resuelto' el tema estudiantil, otras presiones políticas llevaron a Isidro Ayora a plantear su primera renuncia 'irrevocable' al cargo, reconsiderada apenas confirmado el apoyo castrense[15].

Tras otro año, en agosto de 1931, la Universidad de Guayaquil sufrió una huelga estudiantil, causada por estudiantes que rechazaban el nombramiento de docentes rechazados por los alumnos. Entre los dirigentes estudiantiles figuraba ya el líder izquierdista Pedro Saad. La resultante fue, de nuevo, la clausura gubernamental de la universidad (6 de agosto de 1931), que más bien generó una agudización del conflicto: los estudiantes secundarios de los colegios Vicente Rocafuerte y Rita Lecumberry se sumaron a la paralización, reclamando la injerencia dictatorial en las políticas educativas (7 y 11 de agosto).

Coincidencia o no, pocos días después, el Presidente Ayora presentaba, como veremos, su segunda y definitiva renuncia irrevocable.

[15] A raíz de cuestionamientos parlamentarios en torno al manejo electoral del Ejecutivo, el Presidente Ayora acudió a la renuncia como forma de ratificar el apoyo castrense. Ver la sección siguiente, que describe la caída del gobierno ayorista.

Nuevos ciudadanos y agitación urbana

Y ambos, sin darse cuenta, se transformaban –indumentaria, costumbres, voz, olor, sentimientos- adaptándose poco a poco a la vida y al trabajo ciudadanos. Aquel tono peculiar –marca del latifundio- como de humildad resentida que les caracterizaba se había endurecido en taimado cinismo. Y el poncho y la cotona, y el calzón de liencillo, y las osotas, envejecían y se remendaban en la esperanza siempre aplazada de un vestido de casinete, de una gorra a lo gringo –maquinistas, mecánicos y gerentes del ferrocarril- y de unos zapatos de becerro.

Jorge Icaza, *En las calles*, 1935[16]

Mira Julio –decía el de más allá- con paños tibios nada se hace. La fuerza, la fuerza, Don Zacarías …Pero la fuerza; y cómo la fuerza –objeta el Zacarías interpelado- y si nos mandan sacando de…
¿Cómo sacando –dice el de más allá; nos reunimos todos y …
No, no; hagamos esto –añade otro más utopista- no pagamos el arriendo; sino que todos depositamos en un Banco los valores, hasta que nos rebajen un cincuenta por ciento,
¿En un Banco? …. ¿Cómo en un Banco; si la cosa es levantarnos como un solo hombre … y …
Calma amigos –propone un viejecito cesudo que se hallaba por ahí – no estamos en tierra de bolcheviques: y las cosas hemos de hacer con orden y método.

Diario *El Día*, 13 de julio de 1930, pg. 3

La caracterización de la población quiteña a inicios de siglo es una de las tareas más pendientes e importantes de la historiografía citadina. Y es que, como vimos, esta época pinta a Quito como un crisol de encuentro y recreación permanente; desde la perspectiva laboral, recuérdese que casi el 45% de la masa trabajadora urbana abarcaba a sirvientes y trabajadores autónomos, y apenas mínimas pistas nos acercan a sus realidades de entonces. No parece descabellado pensar que muchos de quienes sumaron al contingente de servidumbre procedían de masas indígenas que migraron a la ciudad, y que de alguna manera, procuraron adaptarse a ella y adoptarla como un nuevo entorno, en el que vertieron su cultura y sus visiones. La adaptación, sin embargo, también demandaba cambios internos; de allí el llamativo proceso de 'ciudadanización', de mutación hacia la mesticidad que aparentaba equivaler a nuevas oportunidades de superviviencia y adaptación, y que en términos laborales implicaba la transición de la servidumbre hacia el trabajo autónomo, especialmente a través del pequeño comercio, el trabajo artesanal operario y el ingreso a las fuerzas del orden, militares o policiales (Luna Tamayo, 1992).

Pero el flujo migratorio no se reducía a la población indígena; más bien, al parecer el grueso de la corriente migratoria giraba alrededor de

[16] Icaza, 1985: 89

mestizos que apostaban a la urbe como nueva oportunidad. En su caso es más claro que el enganche laboral se centró básicamente en la artesanía menor, desvinculada de los tradicionales circuitos artesanales quiteños, e incluso en la soñada burocracia estatal. También su adaptación implicó mutaciones, menos resistidas y más relacionadas con lo cultural: la participación en la vida pública, la vida estudiantil universitaria, la re-identificación con el espacio inmediato, el barrio, y sus vínculos sociales, en forma de vecindad y arrendamiento.

Las condiciones vitales de estos grupos no resultaban fáciles para inicio de los treinta; en un cuadro dramático, el higienista Pablo Arturo Suárez describió las características y condiciones de vida de los grupos humanos en medio de los que se ubicarían estos 'nuevos ciudadanos', y que en su investigación salubritaria colocaba en una clase 'obrera urbana B':

> Hemos agrupado en ella individuos de diversas actividades: nuestros albañiles, oficiales de taller, artesanos modestos, pequeños empleados de administración pública y privada, comerciantes de ínfima categoría (…) trabajadores industriales (…) Disponen de una renta individual de S/. 30 a S/. 100 al mes (…) Un 15% apenas dispone de dos piezas para alojarse, de las cuales, la una es cocina (…) El hacinamiento aún es mayor, porque en una fuerte proporción, la habitación también es taller, es restaurant o cocina para el público. Le cuesta de S/. 5 a S/. 15 mensuales el arrendamiento (…) El 70% de individuos de esta clase sabe leer y escribir. Pero la instrucción general es muy deficiente (…) individuos languidecientes por la acción deprimente del medio ambiente físico y moral (…) escond[e]n una impulsividad vengativa que puede estallar en cualquier momento. (Suárez, 1934: 15,19,20)

Las condiciones sociales respondían básicamente a las consecuencias de la depresión económica, que eran particularmente notorias en las zonas urbanas, especialmente por los perfiles de consumo altamente dependientes de los productos importados, el bajo nivel de los salarios y la predominancia de ocupaciones precarias. Por supuesto que las consecuencias sociales del desbalance económico no eran homogéneas: la zona costera, más vinculada con la actividad exportadora, sentía más profundamente el shock, mientras la sierra experimentaba cierta estabilidad afincada en el reflorecimiento agrario orientado a la costa, una incipiente actividad industrial textil (sierra centro – norte) o la

persistente producción de sombreros de paja toquilla (sierra sur). Lo cierto es que el peso más directo de la crisis se sentía en las ciudades, primeras en sufrir el descenso del volumen de bienes importados (su encarecimiento por tanto) y la reducción de circulante.

En este marco se entiende la presión sobre actividades tan cotidianas como los arriendos. En marzo de 1930, en Guayaquil, se estableció el primer comité general de inquilinos, con la perspectiva de presionar por la reducción de los alquileres de vivienda. Antes que el peso o resonancia de este movimiento, es muy útil para 'saborear' la visión social en torno a la activación pública.

Entre los principios orientadores destaca su perfil pacífico, solidario, apolítico y discreto:

> a. La abstención de pago de alquileres de habitaciones hasta que se rebaje el cincuenta por ciento de los precios actuales.
> b. Arreglos directos entre los inquilinos y los propietarios.
> c. Resistencia pacífica,
> d. Acción solidaria.
> f. Actitud perseverante y expectativa antipolítico y contraria a manifestaciones públicas en cualquier orden.
> (Diario El Día, 4 de julio de 1930, pg. 1)

Un grupo similar, la Liga Central Pro Inquilinato, se formó en Quito en julio de ese mismo año y ampliaba las demandas, orientándolas hacia el mejoramiento de las condiciones de vida barrial: arrendamiento obligatorio, higienización de piezas, derecho al libre tránsito (derecho a llaves) por la noche, arrendamiento a familias numerosas, provisión municipal de parques, agua y policía municipal, creación de un barrio obrero, etc. (El Día, 14 de julio de 1930, pg. 3)

Afectados por una coyuntura común, también grupos de desempleados acudieron a intentos de asociación. El 7 de febrero de 1931, en la Casa del Obrero, en Quito, se creó la Liga de Desocupados, con la intención de conocer mejor la realidad del problema, y plantear propuestas al Gobierno. Hasta la segunda sesión, en el mismo mes de febrero, habrían asistido más de doscientas personas (El Día, 13 de febrero de 1931, pg. 1). Para fin de mes, la idea mutaba: la Liga se transformó en una de Previsión

Social, encargada de buscar alternativas de empleo para sus miembros. Entre las propuestas definidas, se incluía preferentemente la facilitación de acceso a empleos públicos, y curiosas propuestas de creación de crédito productivo a partir de aportes patrimoniales de "capitalistas cuyos bienes pasen de cincuenta mil sucres". (El Día, 21 de febrero de 1931, pg. 1). No se pudo definir una secuencia clara de este proceso, pero ejemplifica la actitud de organización que empezaba a formarse socialmente.

Políticos profesionales

- Es una pena. Los partidos están deshechos. No entienden el idioma del pueblo, no responden a la historia de hoy. Mi partido anda más tuerto que yo, envuelto en la candidez de la retórica liberal y convencido de que todavía son los pequeños círculos los que pueden resolverlo todo. Es verdad que hay una pléyade de mozos inteligentes, una juventud brillante, pero el liberalismo oficial no se ha querido dar cuenta de eso…¡Pura vaina, Carrión! ¡Qué falta de hombres con visión!

Palabras atribuidas a Alberto Guerrero Martínez,
en la novela de Alfredo Pareja Diezcanseco,
El aire y los recuerdos, 1959[17]

repuso Ruiz (…) El momento es propicio. Nos acompañarán los soldados, los campesinos, los trabajadores … Es el momento, repito, para que la dialéctica revolucionaria se cumpla en su desarrollo histórico y lógico (…) Ordóñez dijo a Ruiz que no se dejase llevar tanto por la teoría, que no había condiciones para una revolución así y que con palabras –¡qué caray!- no se podía hacer todo.

Alfredo Pareja Diezcanseco,
El aire y los recuerdos, 1959[18]

Nada entonces, de partidos de izquierda, desacreditados y violentos … Nada de odios. Lo que se necesita es una actitud firme, una obligatoriedad general y de sometimiento a las leyes superiores, una estructura vertical y piramidal a favor de la Patria y del trabajador también. Se pagarán mejores salarios, el humilde será atendido, la educación progresará … Es la conciliación de las tendencias, la armonía, la proporción universal, el mandato profundo de la especie … Todo lo demás no son sino chifladuras de extraviados, de perversos, postulados dogmáticos y estériles…

Alfredo Pareja Diezcanseco,
El aire y los recuerdos, 1959[19]

[17] Pareja Diezcanseco, 1959: 88

[18] Pareja Diezcanseco, 1959: 82-83

[19] Pareja Diezcanseco, 1959: 58

Los años veinte representaron una etapa compleja y hasta paradójica para el Partido Liberal. Ciertamente la revolución juliana representó un golpe directo a las estructuras de liderazgo tradicional del Partido, entonces muy cerradas en torno al círculo de poder placista, lo cual representó al fin una 'purga' que logró por cierto preservar espacios clave de influencia ideológica, como el cuerpo docente público, sectores de prensa e importantes segmentos de la oficialidad militar. Pese a ello, las viejas prácticas de la componenda y la relativización de las reglas democráticas, especialmente la del libre sufragio, continuaron abiertamente (Hurtado, 2006).

El Partido Conservador, por su parte, venía incorporando importantes modificaciones, incluso desde los albores de la época juliana, en 1925, mediante un proceso de renovación programática y filosófica, delineada en mucho por su nueva generación de líderes: Jacinto Jijón y Caamaño, Julio Tobar Donoso, Manuel Sotomayor y Luna, entre otros. Esta renovación sin embargo, si bien sintonizaba mejor con las nuevas ideas de progreso en medio de un ambiente claramente liberal, del cual aprovechaba incluso varias posibilidades legales, representaba también la reafirmación de ciertas marcas filosóficas profundamente arraigadas: la visión social de orden jerárquico vertical, casi aristocrático; la indeclinable llamada a integrar la acción estatal en los marcos éticos del catolicismo; la concepción paternal y armonicista del tema obrero, y por consiguiente el rechazo rotundo a la mera idea de la lucha de clases como motor de la historia (Varios, 2003).

La innovación política de la época radicaba en el socialismo. Nacido precisamente del radicalismo que ya en 1923 marcó profundamente otra Asamblea liberal, el primer movimiento socialista tomó forma recién en 1926, de la mano de jóvenes activistas que lograron conectar inmediatamente con estudiantes y profesionistas más que con obreros y trabajadores (Muñoz, 1988). En el caso de los estudiantes, por ejemplo, uno de sus ejes de identificación fue precisamente la brecha generacional; su contrincante, "los viejos profesores retardatarios, sectarios, dogmáticos que desde hacía muchos años habían estado enquistados en la Universidad" (Muñoz, 1988: 49). En general, los principales contrincantes, por cierto, no podían ser otros sino los "conservadores y fanáticos clericales". En cuanto a la expresión concreta de este enfrentamiento ideológico, ésta fue la disputa de los espacios públicos, como lo muestran episodios como los enfrentamientos callejeros o la 'guerra de conferencias' entre

1926 y 1927. Es particularmente interesante el relato de una manifestación estudiantil en marzo de 1926, descrita por Leonardo Muñoz. Nótese varias cosas: el uso desafiante del principal espacio público en la capital (la Plaza de la Independencia); el mensaje de amedrentamiento 'defensivo' por parte de los manifestantes socialistas, la referencia a la 'aterradora' reacción popular, atribuida a una "masa clerical fanática", el rol de contención del Regimiento Bolívar y sus cañones; y al final, la satisfacción de los marchantes de haber logrado una reacción de esa magnitud: "Este singular acontecimiento nos entusiasmó y nos llenó de bríos para continuar con más ímpetu nuestra lucha socialista" (Muñoz, 1988: 51).

En cuanto a las conferencias, para esta época era frecuente el que diversos grupos interesados invitasen a oradores versados en múltiples temas para que sustentaran conferencias públicas; el mismo Partido Socialista había iniciado sus actividades mediante series de conferencias abiertas en los locales facilitados por el Cabildo capitalino. Otras en cambio fueron organizadas por sus opositores. Nótese la estrategia de 'desafío' y 'toma del espacio público' realizado por los militantes socialistas frente a una conferencia de corte 'conservador', relatada por el mismo Leonardo Muñoz (pg. 49).

Para 1927 se habían registrado ya algunas deserciones, y en 1931 un apreciable grupo formalizó su separación del Consejo Central del Partido, como muestra de rechazo a las implicaciones que la filiación del Partido a la II Internacional representaba (Rodas, op. cit.); así, los líderes vinculados a la Internacional constituyeron más bien el Partido Comunista, impulsado especialmente por Ricardo Paredes, mientras los disidentes formaron un nuevo Partido Socialista Ecuatoriano que, sin embargo habría de esperar hasta 1933 para constituirse formalmente.

El campo simbólico-político a la época

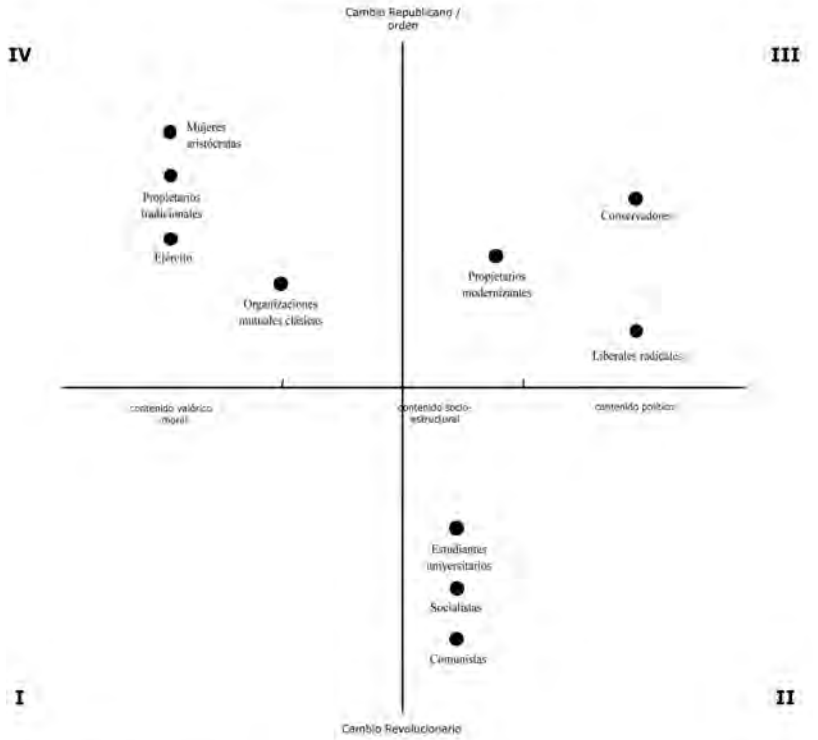
La mera enumeración de actores resulta insuficiente para captar su dinámica. En este sentido se propone un esquema que procura 'ubicarlos' en un campo[20] definido por las diversas visiones de cambio social y una brevísima clasificación de sus coordenadas discursivas-simbólicas.

[20] Se sigue aquí parcialmente la pista metodológica del análisis de campos de Pierre Bourdieu, 2005

Partimos de asumir a las visiones 'republicana' y 'revolucionaria' como extremos de un continuo que refleja una actitud frente al cambio social. El cambio republicano reuniría en diferentes grados la fascinación fascista de aquella época, pero contextuada como un soporte para el desgastado principio de autoridad, de orden social y valores cívicos vinculados con una acendrada noción de 'Patria' como propiedad trascendente y casi sustancial del colectivo nacional, es decir, un principio republicano amparado en la fuerza, efectividad y raíz histórica que para entonces parecía irradiar el fascio italiano.

Enfoque completamente opuesto al cambio de corte revolucionario, atravesado ya por nociones marxistas de lucha de clases y por tanto vinculado a la ruptura rápida y/o violenta de las estructuras de poder; la revolución juliana había dado un impuso importante a esta perspectiva, al poner al socialismo al alcance histórico de la mano, y mostrar que una conjunción adecuada de fuerza e ideas podía propiciar un cambio social trascendente. En este caso, la noción del colectivo se refiere más a la conjunción de características estructurales como clase o raza, lo cual de alguna manera relativizaba conceptos más absolutos como Patria o Progreso.

Diagrama N° 2
Campo político a fines de los años 20



Fuente: Elaboración propia

El eje horizontal demanda algo más de elaboración. Se procura aquí categorizar los diversos conceptos discursivos de la época en torno a combinaciones específicas de contenidos, intención y carácter: aquellos conceptos con sentido preponderantemente político (partidos, sufragio, gobierno, ley, constitución, bolcheviquismo, etc.), aquellos con sentido socio-estructural (raza, clase, feudalismo, latifundio, burguesía, proletariado, etc.), y aquellos que aluden a conceptos más trascendentes e incluso de tipo valórico o moral (Patria, Nación, honradez, patriotismo, etc.).

Por supuesto, esta síntesis apunta a precisar sólo las características discursivas preponderantes o principales. Además, ciertamente la base para esta categorización es relativa y mínima, así que desde ya anticipamos es simplemente una hipótesis basada especialmente en las referencias a los diversos discursos y posiciones políticas de los actores observados.

Puede apreciarse las fuerzas sociales como tendencias de desplazamiento a lo largo del campo político-simbólico. Así, cada actor reseñado muestra una posición particular que podría –como de hecho se verá posteriormente- modificarse en el tiempo.

En base a esta herramientas se ha podido definir el escenario y las condiciones que enmarcan la caída del gobierno ayorista, y nos proveen de herramientas para poder explicar mejor su dinámica puntual.

Capítulo 3
De la caída de Ayora a la descalificación de Bonifaz

La caída del gobierno ayorista

> Desde ayer está al frente de la Nación el doctor Ayora, en calidad de Presidente Provisional: pocos nombres como el suyo habrían sido tan bien recibidos por la opinión, que deseosa de renovaciones, quiere que los hombres nuevos unan su probado patriotismo, reconocida iniciativa y carácter, con la desvinculación absoluta de todo nexo que coarte su libertad de acción.
>
> *El Telégrafo*, 3 de abril de 1926, Guayaquil, pg. 1

> el golpe de Estado juliano de los tiempos contemporáneos, que pudo y debió ser, un gran movimiento político nacional, engendrador de una nueva época en la historia, fue aprovechado mercantilmente por una dictadura de opereta, auspiciada por hominicacos de la tribu burocrática, en la plenitud del derroche del tesoro fiscal, gastado en cloroformizar la emoción cívica, por la mano experta de un médico, un profesor de cívica y un arlequín oficinista, simulador de talento político.
>
> Crónicas de Petronio, Diario *El Día*, 13 de agosto de 1932, pg. 3

Isidro Ayora (1879-1978) asumió la Presidencia provisional de la República un 2 de abril de 1926. Su ascenso al poder representó una solución extraordinaria a las tensiones entre las corrientes reformistas radicales y los grupos de poder vinculados a la actividad comercial y financiera porteña. Solución extraordinaria, por su carácter único y casi irrepetible: una mixtura tecnócrata-autoritaria surgida de la fusión de políticos pragmáticos imbuidos de una visión nacional unitaria, basada en el Estado, y unas Fuerzas Armadas vistas a sí mismas como custodio activo del proyecto nacional.

Mixtura que por cierto caracterizó a toda la etapa juliana, pero que entre 1925 y 1926 se expresó en una compleja experimentación de gobiernos plurales, en los que apenas descollaban figuras clave (como el Ministro de Hacienda Dillon), pero que en conjunto no pudieron responder a las intensas expectativas autogeneradas.

La concentración de poderes fue fundamental para el desenvolvimiento de proyectos modernizantes de institucionalización económica, encarnados en el Banco Central del Ecuador, y el voluminoso cuerpo legislativo anexo, diseñados por E. W. Kemmerer y su equipo (ver Drake, 1984). Su faz modernizante, sin embargo, no fue la única. Gracias a los plenos poderes, la política ayorista fue de mano dura: la cárcel, clausura, la multa pecuniaria y la deportación fueron recursos nada indiferentes para el régimen (Reyes, s/f), y aunque el resultado legislativo fuera apreciable, la imagen pública del gobernante nunca dejó de ser dividida. 1927 fue un año de tregua; la incondicionalidad requerida (y obtenida) por la Misión Kemmerer aseguró perspectivas alentadoras para el Gobierno.

Pero desde 1928, las cosas cambiaron en diferentes aspectos. Especialmente en tres: la situación económica en deterioro, las tensiones institucionales crecientes y el profundo y evidente desencanto público frente al reformismo juliano.

Primero, la situación económica mostró sus limitaciones fundamentales. Recuérdese que el núcleo le las reformas económicas fue la creación del Banco Central del Ecuador, la implantación de un sistema monetario de convertibilidad limitada (patrón oro – cambio) y una pesada reforma institucional para aumentar la capacidad de gestión económica pública (superintendencias, contraloría general del Estado, leyes orgánicas de aduanas, hacienda, etc.). Las implicaciones de estos cambios empezaron a notarse fuertemente. Por un lado, si bien la devaluación inicial multiplicó los recursos fiscales -con los que el Gobierno sostuvo un buen volumen de obra pública destinada al saneamiento y la infraestructura-, también representó un shock de encarecimiento de los bienes importados (parte clave del consumo popular), además de la multiplicación de impuestos y tasas sobre los productos con monopolio estatal (sal, tabaco, y el odioso impuesto a las ventas); por cierto, la devaluación implicó también un deterioro relativo de la capacidad adquisitiva de las remuneraciones fijas.

Por otro lado, una de las mayores expectativas, la multiplicación del crédito productivo, no se cumplía: la prioridad del sistema monetario

era mantener el tipo de cambio, así que el manejo de las reservas monetarias y de las tasas de interés dependía más de ese objetivo: el alto requerimiento de reservas (debían ser no menores al 50% de la emisión monetaria), en un contexto de alto nivel de importaciones, menguantes o débiles exportaciones y creciente endeudamiento público, demandaba como contraparte tasas de interés más bien elevadas. Esta situación puso a prueba la independencia técnica del flamante Banco Central, pero además lo colocó en el centro de la vorágine de demandas sociales y políticas de la época.

Para paliar parcialmente esta situación, el gobierno se embarcó en una peligrosa apuesta: la 'concesión' del estanco nacional de fósforos. El estanco no era más que el derecho monopólico o privativo para realizar una actividad, lo que implicaba por otro lado la fijación de una tarifa o precio unilateral por parte del 'detentador' de tal derecho; aunque el de fósforos no fuera el único (de hecho el más importante era el de alcoholes, permanentemente en manos del Estado) fue el eje de una célebre polémica de la época. En 1927, todavía durante el régimen dictatorial, se concretó una negociación con la Compañía Sueca de Fósforos (Svenska Tandsticks Aktiebolaget), según la cual, a cambio de acceder al monopolio nacional de fabricación y venta de tal producto, durante un lapso no menor a 25 años, la Compañía entregó al Gobierno la suma de dos millones de dólares, con los cuales se capitalizó al Banco Hipotecario, que otorgaría a su vez crédito fresco, especialmente a la producción agrícola. Los costos sociales sin embargo no se hicieron esperar:

Se clausuró la fábrica nacional –que dejó en la calle a centenares de obreros- se introdujeron y pagaron al doble los fósforos "suecos", y el gobierno recibió los dos millones de dólares, que, al cambio de esos días, equivalían a diez millones de sucres. De éstos, dos millones se evaporaron en seguida "en gastos de la instalación del estanco", y el resto pasó a formar el capital del nuevo banco agrícola, o Banco Hipotecario, que se inauguró, con la debida solemnidad, el 4 de marzo de 1928 (Reyes, s/f: 92).

Esos "gastos de instalación" no eran otra cosa que la expropiación de la fábrica nacional, además de la compra o retiro de la producción existente[21]. Así, la dificultad de instalación del banco, como las presiones

[21] Según algunos autores, mucho de ese dinero sin embargo terminó migrando fuera del país o presionando a la compra de divisas. Ver Oleas, 2004: 443

políticas generadas a su alrededor, minimizaron por completo su efecto. Eso sí, el caso de los fósforos suecos se grabaría a fuego en la memoria colectiva, que cobró una altísima cuenta al gobierno en los meses siguientes.

Lejos de mejorar, la situación empeoró en 1931, cuando Colombia desahució un tratado comercial que había impulsado fuertemente la producción, especialmente agrícola, del norte del país (Córdova, 1938: 379). La pérdida del mercado colombiano, sumada a las restricciones en el circulante, el nivel de las tasas de interés, las reducciones de precios de las materias primas internacionales (que respondían ya a los coletazos de la crisis internacional) desataron un nunca antes visto proceso deflacionario.

Segundo, la situación institucional tampoco mejoraba. Y los primeros indicios vinieron, paradójicamente, desde dentro. Habiéndose creado instituciones de control y fiscalización claves (Superintendencia de Bancos, Contraloría y Dirección de Aduanas), mucho bregó el propio gobierno ayorista para que fueran dirigidas por expertos técnicos extranjeros, recomendados por el propio E. W. Kemmerer; poco tiempo después cada uno de ellos iría siendo desplazado por presiones diversas. Uno de los casos es particularmente relevante para este estudio. Al poco tiempo de fundado el Banco Central (1927), se inició una batalla a muerte entre el asesor extranjero del Banco, Earl Schwulst, y el flamante Presidente de la Junta Directiva del mismo, Neptalí Bonifaz; aunque la causa formal fuera una disputa por la compra del edificio sede del Banco en Quito, flotaban también temas de fondo, como la resistencia generada por el asesor a los intentos de flexibilización de las operaciones crediticias por parte del Presidente de la Junta. En noviembre de 1927…

> Bonifaz solicitó formalmente que el gobierno cancelara el contrato con Schwulst, y además retuvo el salario del asesor y le impidió el acceso a su propia oficina. El norteamericano protestó directamente al presidente Ayora e inició una demanda legal contra Bonifaz y la junta en los tribunales ecuatorianos. Bonifaz, decidido a liberarse de Schwulst, lo acusó ante la prensa, amenazando con renunciar y derrocar al gobierno de Ayora si el presidente no anulaba el contrato con el norteamericano. La prensa se agrupó en defensa de Bonifaz contra la 'conspiración imperialista' para controlar el Banco Central. (Alexander Rodríguez, 1992: 184)

Tras un fallo judicial favorable, el Superintendente de Bancos, el también norteamericano Harry Tompkins, ordenó el pago de haberes a Schwulst, sugiriendo además la renuncia del Presidente de la Junta, lo que desató indignación generalizada. Para el Superintendente Tompkins este episodio no fue más que el inicio del fin. Tras una gestión plagada de impopularidad y conflictos con el Ministerio de Hacienda, el Congreso y la misma Presidencia, debido a sus agrias críticas a la clase política ecuatoriana, dejó el cargo en agosto de 1929, para iniciar un proceso judicial que acabó recién en 1936. Murió en Guayaquil un año más tarde (Alexander Rodríguez, op. cit.).

Las fricciones institucionales se caldearon más en el campo político. Un momento clave en este sentido fue precisamente la convocatoria y proceso electoral de la Asamblea Constituyente de 1929, en donde diversos sectores reclamaron la reedición de viejas prácticas de fraude electoral y manipulación de los resultados electorales, mediante las más diversas mañas: registro masivo o múltiple de empleados públicos y soldados en los padrones electorales (como en el caso de soldados rasos, registrados en varios recintos electorales), o franca manipulación de los sufragios. Con todo, en 1929, convocada una Asamblea Constituyente, Ayora fue designado por ella como Presidente Constitucional. A partir de entonces se multiplicó la actividad electoral, con la elección de miembros de Consejos Provinciales (establecidos en la nueva constitución), en octubre del 29; diputados y senadores, a fines de aquel año.

> Para 1930, el flamante Congreso Bicameral reunió a la flor y nata de la política nacional: Alfredo Baquerizo Moreno, Remigio Crespo Toral, el Gral. Ángel Isaac Chiriboga, Agustín Cueva, Luis Maldonado Estrada, Jacinto Jijón y Caamaño, Pedro L. Núñez, Modesto Larrea Jijón, Alberto Acosta Soberón, Aurelio Mosquera Narváez, entre otros. Pese a la brillantez, sin embargo, hubo de protagonizar varias escenas de confrontación. La primera, más larga y profunda fue el tratamiento del presupuesto del estado, al empezar su ejercicio legislativo de 1930; según el esquema constitucional, tal presupuesto debía ser discutido y aprobado por partidas, lo que llevó a un 'despedazamiento' de la proforma del Ejecutivo (Córdova, 1938: 373).

El Ejecutivo tampoco participaba sin culpa al parecer. Algunos miembros de la Comisión de Presupuesto del Congreso denunciaron graves errores

en los cálculos de la proforma original (Córdova, op. cit.). Como fuera, el presupuesto aprobado por el Congreso al finalizar su periodo ordinario en 1930, fue juzgado por el Ejecutivo como absurdo, e impulsó de inmediato una suspensión de partidas propuestas por los congresistas, especialmente en rubros de obras públicas locales (Córdova, op. cit.), lo cual por cierto tensó al límite las relaciones con la legislatura que reinició en 1932, y que tomaría cumplida revancha realizando una acre fiscalización al contrato del estanco de fósforos.

La pugna más conocida sería, sin embargo, la sonada interpelación del Ministro del Interior, Julio E. Moreno, en septiembre de 1930, a causa de los trucos de manipulación electoral del Ejecutivo en las elecciones de 1929. Sintiendo la debilidad, el régimen acudió al temor que suscitaba el vacío: el 29 de septiembre, el Presidente Ayora presentó su renuncia 'irrevocable', misma que fue negada tanto por las fuerzas políticas cuanto por las militares. La renuncia fue reconsiderada; pero la debilidad del régimen quedó patente.

El desencanto público potenció todo. Desde 1929, tras la reedición de las 'mañas' electorales desde el gobierno, y más aún tras observar la inepcia y el creciente entredicho entre los poderes del Estrado, el espíritu revolucionario de julio fue diluyéndose. Para 1931, el 'espíritu juliano' empezó a ser visto como un esfuerzo estéril: "tantas Iliadas sin sangre y tanta Odisea sin grandeza" (Diario El Día, 1 de enero de 1931, pg. 5).

Los dedos acusadores contra el gobierno se multiplicaban según se acentuaban la crisis económica, bajo la forma de una nunca vista deflación, y las diferencias con el Congreso, especialmente a partir de su pugna alrededor del presupuesto:

> Pero aconteció que las realidades de la crisis económica, único punto en el que nadie mentía, excepto el Gobierno que lo había negado, impusieron una confesión ingenua: la Proforma era falsamente calculada. Había que bajar las cifras considerablemente, y le tocaba al Congreso lastimar a los pueblos con las disminuciones de rentas. Los pueblos no analizan razones y prefieren una piadosa mentira a una realidad desagradable. El Ejecutivo había mentido piadosamente y le estaban muy agradecidos (Diario El Día, 1 de enero de 1931, pg. 5)

La debilidad terminal del Gobierno era el tono más frecuente en la prensa, que incluso llegó a 'comprender' las actitudes levantiscas de estudiantes universitarios y secundarios, como resultado del agotamiento de la autoridad gubernamental. De hecho, el principio de autoridad parecía revalidarse sólo cuando se hacía necesario frente a la creciente presencia del comunismo 'bolchevista', como a fines de enero del 31, cuando fue convocado el Primer Congreso de Campesinos del Ecuador:

Sea cual fuere el desenlace final a que llegue la actual situación indígena, ya se imponga la autoridad haciendo efectiva la prohibición de que se reúna el llamado Primer Congreso Campesino del Ecuador, ya se lleve éste a cabo por sobre todas las dificultades; más aún, sean sus consecuencias inofensivas o salga de él un plan de campaña efectiva de los labriegos contra los propietarios de haciendas, es incuestionable que existe un problema muy serio que requiere [d]e una acción permanente de las fuerzas sociales cultas y del Gobierno nacional. (...) Si éste logra evitar que se efectúe la reunión de Cayambe, o quede por lo menos libre del inmediato influjo directivo de los principales jefes comunistas, habrá alcanzado un triunfo momentáneo, acaso tan infecundo como la misma violencia que lo hubiese conquistado; pero las cosas, en su esencia y en su situación, quedarán en pie como estaban antes. Ni las prisiones han de durar toda la vida, ni las semillas que la propaganda comunista ha sembrado en la excitada mentalidad de los indios han de dejar de germinar (Diario El Día, 3 de febrero de 1931, pg. 3)

En conclusión, la pérdida de piso y sustancia política, a la par de la evaporación de las condiciones económicas mínimas de sostén, hipotecaron la persistencia del régimen. De allí a su caída sólo mediaba tiempo.

Las ideas en las calles (I): Acción colectiva durante la caída de Isidro Ayora

Ya entrado 1931, los resentimientos personales y políticos restaron las últimas bases de apoyo legislativo al régimen en la Cámara de Diputados, mientras la oposición en el Senado se fortalecía. Pero fue la fractura en el Ejército lo que definió la situación.

> Lo probable es que en el Ejército había disgusto con el Gobierno (…) Esta sospecha tomó visos de certeza cuando el mencionado jefe militar [Crnel. Luis Larrea Alba] publicó un artículo en que analizaba el grave problema de si el Ejército puede o no intervenir en la política, concluyendo que eso debía depender de las circunstancias, de la idoneidad de los gobiernos y del contento o disgusto del pueblo. Era la confesión bastante explícita de lo que se pensaba en las filas militares (Diario el Día, 1 de enero de 1932, pg. 1)

Para inicios de agosto todo parecía cuestión de tiempo: "en el curso de una sesión secreta (en el Congreso) se estableció que un grupo de oficiales del ejército estaban a favor de un cambio político. En efecto, el apoyo militar al Dr. Ayora estaba dividido" (Legación diplomática inglesa, "Annual report", 1931, pg. 10).

El detonante aparente de la crisis fue la tozudez del Batallón de Zapadores Chimborazo. Días atrás, el Congreso Nacional habíase embarcado en una polémica continua sobre el apoyo militar al gobierno ayorista, al punto de llevar a su Ministro de Defensa, Crnel. Carlos Guerrero, a solicitar un manifiesto público de respaldo al Presidente Ayora, por parte de cada unidad militar. Cuando la de Zapadores Chimborazo cuestionó el procedimiento, su mando fue relevado de inmediato, desatando la resistencia de la tropa y su manifestación de apoyo al Congreso.

El 23 de agosto de 1931, además del desacato, la unidad rebelde arrestó tanto a su comandante designado, cuanto al preclaro oficial juliano, Gral. Luis Telmo Paz y Miño. Los sucesos no se quedaron dentro de las paredes militares.

> Desde las nueve de la noche ya la intranquilidad se apoderó de la población. La gente pacífica que se hallaba en los teatros comenzó a salir ante ciertos rumores que circulaban. Y el pueblo se fue amotinando en las esquinas, para darse cuenta cabal de lo que ocurría (...) Mientras tanto, un buen grupo de individuos se aglomeró en la calle del correo, y luego formó una multitud de unas trescientas personas que, alentadas por discursos y gritos de "abajo el Gobierno" fueron a dar a eso de las once de la noche en el Sanatorio, ante la unidad rebelde. (Diario El Comercio, 24 de agosto de 1931, pg. 8)

Aunque no lo aclaran las fuentes, parecería que un segundo grupo, más numeroso, confluyó también hacia el Sanatorio:

> A las doce menos cuarto de la noche, se presentó por la calle Ante, que conduce al Batallón de Ingenieros "Chimborazo" una enorme cantidad de gente, que se podía calcular en unas tres mil personas, gritando, "Abajo el estanco de fósforos", "Abajo el Gobierno!", y pidiendo armas (Diario El Día, 24 de agosto de 1931, pg. 1)

Para entonces, en los alrededores del Cuartel–Sanatorio que habitaba en esos días el Batallón Chimborazo, se concentraba una gran cantidad de gente:

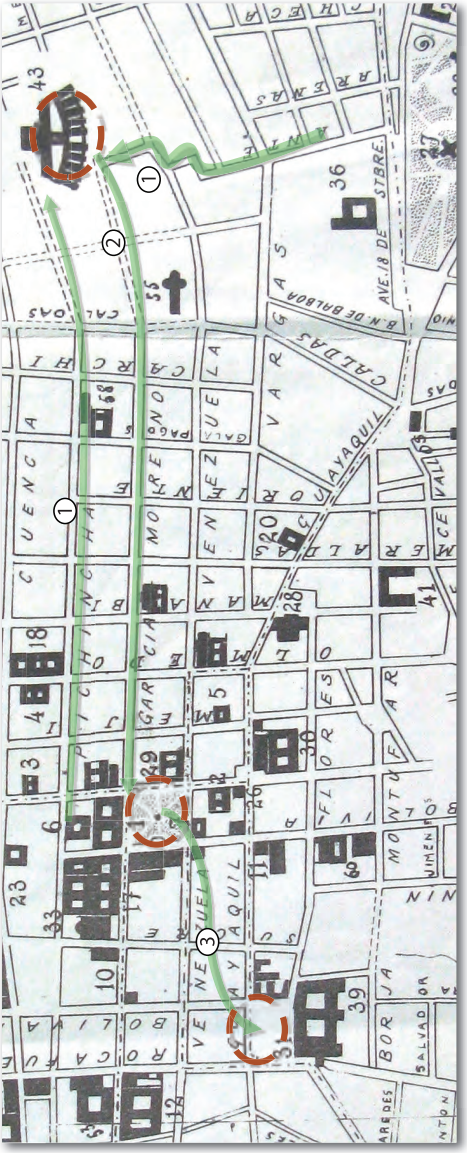
> En tales circunstancias, un militar de alta graduación se acercó a la frenética multitud y les dirigió la palabra manifestando que no convenía que el pueblo invadiese el cuartel, porque dificultaría la acción militar. El pueblo resolvió entonces reconcentrarse en el Estadio del Colegio Mejía, en donde podrían esperar el desarrollo de los acontecimientos. Ese estadio, como se sabe, queda casi dentro del circuito militar del cuartel del Batallón de Ingenieros, de modo que en tal sector estaba concentrada una respetabilísima fuerza entre civiles y militares. (Diario El Día, 24 de agosto de 1931, pgs. 4-5)

Después, la multitud reunida alrededor del cuartel – sanatorio se dividió; una parte se quedó en las canchas del Colegio Mejía, mientras otra se dirigió hacia la Plaza Grande. Según los relatos de prensa, aquí se volvió notoria y decisiva la intervención de militares retirados como impulsores y cabecillas de la multitud:

> se regresó en dirección de la Plaza de la Independencia, dando gritos subversivos y abajo el Gobierno, abajo el doctor Ayora, abajo el Estanco de los fósforos. A la cabeza de estos movimientos iban el Coronel Pesantes, el Comandante Franco, el Comandante Serrano, el teniente Sierra Paredes (...) El motín avanzó hasta cerca de la Plaza de Santo Domingo en donde se agregaron los militares retirados (...) Entonces, un piquete de caballería en actitud de hacer fuego, se vio obligado a hacer retirar al Pueblo. (Diario El Comercio, 24 de agosto de 1931, pg. 8)

Mapa N° 2

Circuito de manifestación durante caída de Isidro Ayora (23-10-1931)



Detalle del "Plano de la ciudad de Quito. Hecho para actividad 10 de Agosto de 1931". Mapoteca de la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit

Fuente: Elaboración propia

En términos gráficos, sobre el plano se señala las trayectorias posibles de las manifestaciones esa noche.

La presencia de gente en las calles hizo patente que cualquier represión militar podría generar víctimas civiles. Ello, y la constatación del resquebrajamiento militar, orillaron al Presidente Ayora a su segunda y definitiva renuncia irrevocable. Acorde a la Constitución, asumió el poder el coronel Luis Larrea Alba, nombrado Ministro de Gobierno a último momento por Ayora.

Hacia el caos. Del interregno larreísta al ascenso bonifacista

El fracaso ayorista fue un punto de llegada y partida a la vez. Llegada, en tanto canalizó la presión social generada por la crisis económica y sus repercusiones. Partida, en tanto implicó la redefinición tanto de las opciones políticas inmediatas, cuanto de las identificaciones y tomas de posición de los actores sociales frente a ellas. Desde esta perspectiva, esta corta e intensa etapa puede dividirse en tres grandes momentos: por un lado, el ajuste de cuentas con el gobierno y el modelo político fallidos; por otro, la vertiginosa definición de alternativas y posturas políticas, y por último, el inicio de la violenta polarización política y social que atestiguaría Quito –y el país- en estos meses.

Las ideas en las calles (II): Contra el estanco de los fósforos y sus "viles defensores"

Como se vio, el estanco de los fósforos fue, además de un escándalo, un símbolo del desencanto, del rechazo al influjo extranjero, de la desconfianza en el gobierno ayorista y de la creciente crisis económica y sus efectos cotidianos. En este sentido, una de las primeras reacciones tras la asunción al poder del Coronel Larrea Alba fue poner en consideración del Congreso la continuidad de este contrato.

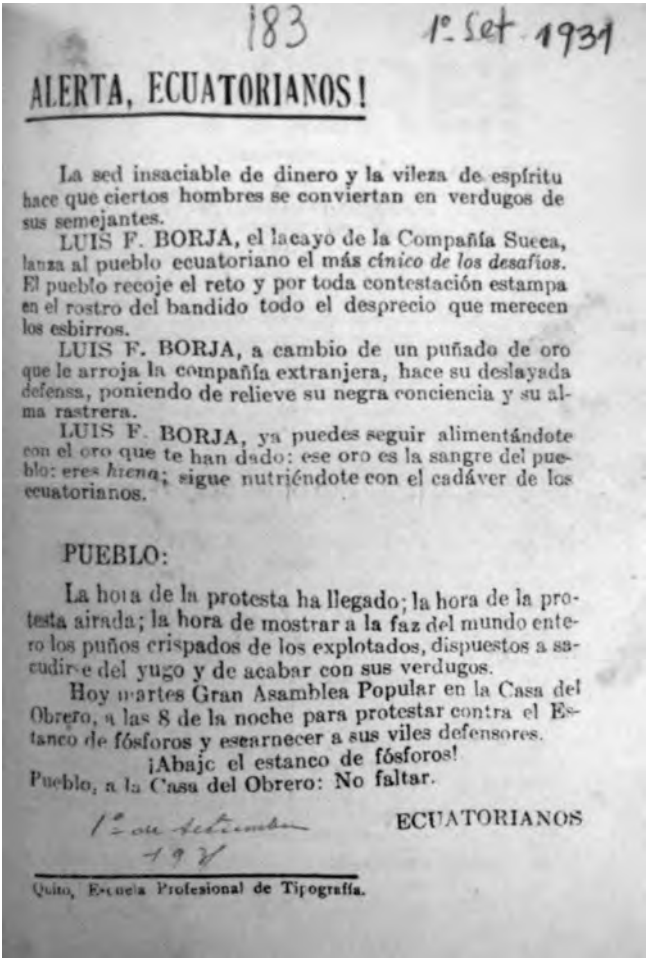
En ese contexto, Diario El Comercio publicó el 31 de agosto de 1931, un extenso estudio jurídico sobre la legalidad del contrato con la Compañía sueca de fósforos, realizado por el eminente jurisconsulto Luis Felipe

Borja. En éste, se razonaba acerca de la legalidad del contrato, sus posibilidades de modificación, el volumen de remesas o utilidades llevadas al exterior, su situación comparada con otros 'estancos' y sus efectos sobre la oferta previa de fósforos. La conclusión general era que:

> Todo esto manifiesta que la Compañía Sueca es poderosa, merece la confianza de naciones cultas y ricas y por lo mismo no puede ni presumirse que haya empleado medios ilícitos o indecorosos para obtener la concesión que la acordó el gobierno del Ecuador con un contrato de muy secundaria importancia (…) El contrato celebrado (…) es perfectamente legal y conforme a la Constitución según el dictamen de los jurisconsultos más respetables de la República (…) Declarar inconstitucional un contrato, contra lo dispuesto en la Ley Fundamental del Estado, burlar la palabra empeñada (…) aceptar la presión de pasiones exaltadas, sentar precedentes ruinosos (…) no es propio de la representación nacional ni digno de un pueblo a quien se le debe aleccionar con la cordura, con la sumisión a la ley, con el respeto irrestricto a los convenios. (Luis F. Borja, "Estudio acerca del contrato celebrado el 30 de noviembre de 1926 entre el Gobierno del Ecuador y la Compañía Sueca de Fósforos", en Diario El Comercio, 31 de agosto de 1931, pgs. 5-6)

Como es de suponer, esta opinión generó agrias reacciones, especialmente entre aquellos que mejor apreciaron el peso de las multitudes movilizadas. El 1ro. de septiembre circuló en la ciudad una pequeña hoja volante convocando a una Asamblea Popular para rechazar "el estanco de los fósforos y escarnecer a sus viles defensores".

Imágen Nº 4
Convocatoria a protesta contra Luis F. Borja



183 1º Set. 1931

ALERTA, ECUATORIANOS!

La sed insaciable de dinero y la vileza de espíritu hace que ciertos hombres se conviertan en verdugos de sus semejantes.

LUIS F. BORJA, el lacayo de la Compañía Sueca, lanza al pueblo ecuatoriano el más *cínico de los desafíos*. El pueblo recoje el reto y por toda contestación estampa en el rostro del bandido todo el desprecio que merecen los esbirros.

LUIS F. BORJA, a cambio de un puñado de oro que le arroja la compañía extranjera, hace su deslayada defensa, poniendo de relieve su negra conciencia y su alma rastrera.

LUIS F. BORJA, ya puedes seguir alimentándote con el oro que te han dado: ese oro es la sangre del pueblo: eres *hiena*; sigue nutriéndote con el cadáver de los ecuatorianos.

PUEBLO:

La hora de la protesta ha llegado; la hora de la protesta airada; la hora de mostrar a la faz del mundo entero los puños crispados de los explotados, dispuestos a sacudirse del yugo y de acabar con sus verdugos.

Hoy martes Gran Asamblea Popular en la Casa del Obrero, a las 8 de la noche para protestar contra el Estanco de fósforos y escarnecer a sus viles defensores.

¡Abajo el estanco de fósforos!

Pueblo, a la Casa del Obrero: No faltar.

1º de Septiembre 1931

ECUATORIANOS

Quito, Escuela Profesional de Tipografía.

Fuente: Hoja suelta Nº 183, Biblioteca Aurelio Espinoza Pólit

La convocatoria fue exitosa. A las 20:30 de ese martes 1 de septiembre, la Casa del Obrero y la Plaza del Teatro contaban con alrededor de 10 000 personas[22]; tras una breve sesión de discursos en la mencionada Casa,

[22] Cifras obtenidas de los reportes de prensa referidos, sin embargo su fiabilidad es muy reducida. La

por parte de Joaquín Figueroa, Ricardo Paredes y Alfonso González, la multitud se concentró en la Plaza del Teatro, y desde ahí recorrió, ordenadamente, las calles Guayaquil y Chile, hasta llegar a la Plaza de la Independencia, donde el Senador Luis Maldonado y un Comandante Martínez Acosta, "a nombre del Carchi"[23], dirigieron sendos discursos a la gente; de allí, la manifestación continuó hasta el Arco de la Reina, trayecto en el que se sumaron estudiantes universitarios, y a la Plaza Sucre (Diario El Día, 2 de septiembre de 1931, pg. 1)

De allí el grupo puso rumbo a los locales del Diario El Comercio:

> Llegados a la plaza Sucre, los manifestantes se exaltaron, y, aún cuando anteriormente desfilaban en son pacífico, creciendo las voces de protesta, se dirigieron a manifestarla ante el edifico de "El Comercio". Como la demostración fuera en extremo hostil, la policía montada que constantemente vigilaba la actitud del pueblo, trató de impedir mayores violencias. Ante la resistencia, el pueblo se enardeció, y con una celeridad pasmosa, arrancó las piedras del pretil de la Concepción y atacó vigorosamente con ellas al edificio y a la policía, causando roturas de varias vidrieras en el edificio de "El Comercio", e hirieron a varios policías, a los cuales llegó a dominarles en cierto momento. (Diario El Día, 2 de septiembre de 1931, pg. 7)

Tras la refriega, la multitud se dirigió hacia las calles Cuenca y Mejía, donde se decidió un nuevo objetivo:

> En tal situación, alguien entre la muchedumbre gritó "Vámos a la casa del Dr. Borja!" Oído lo cual, todos respondieron "Vamos!" y, como un aluvión descendieron hasta la Plaza del Teatro, donde después de una breve parada, continuaron precipitadamente en carrera tendida hacia el Norte, hacia la Alameda, detrás de la cual se halla la residencia del referido doctor. La Policía empezó a seguirles con sus jinetes. (Diario El Día, 3 de septiembre de 1931, pg. 1)

Pero al llegar a la Plaza de San Blas se hallaron con las tropas del regimiento de caballería Yaguachi que cerraban el paso; varias personas,

misma advertencia corre en adelante para datos similares en acápites posteriores.

[23] Aparentemente un involuntario juego de palabras del cronista, pues si bien el texto sugiere que tal personaje hablaba a nombre de los habitantes del Carchi, también existía dentro del Ejército un Regimiento Carchi. En todo caso, la presencia de este orador denota también la presencia de militares o exmilitares dentro de las manifestaciones.

armadas con piedras, lograron romper los portales de la Alameda (para entonces un parque cerrado) y penetrar en ella, procurando atravesarla para llegar a su extremo norte y de allí a la residencia de Borja; mientras, la retaguardia de la manifestación se enfrentó de nuevo con las fuerzas del orden. A medida que el Yaguachi logró detener y sacar a la gente de la Alameda, parecía que las cosas se calmaban, hasta que un accidente con varios oficiales del Yaguachi, que cayeron aparatosamente de sus caballos, hizo pensar a algunos soldados que los atacaban, ante lo cual se hicieron algunos disparos sobre la multitud.

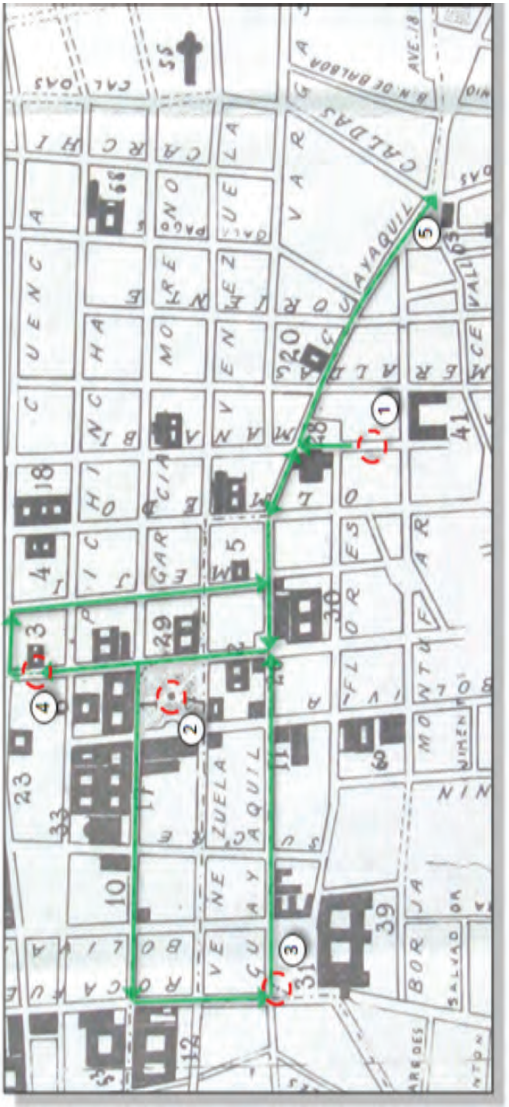
La respuesta de la gente determinó un enfrentamiento generalizado en el que hubo disparos desde los militares hacia la muchedumbre, piedras contra los soldados y además, disparos de civiles contra la propia manifestación:

> Varios civiles han estado armados con pistolas, y han hecho disparos indistintamente. Uno fue visto junto a las primeras pilastras de la Alameda, frente a la Fábrica de licores "La Francia" disparando su pistola a los grupos de gente que invadieron la Alameda. Otro individuo, de apellido Sánchez, de oficio carpintero (…) ha salido a la ventana y ha hecho varios disparos de pistola sobre los grupos que estaban cercanos. (Diario El Día, 2 de septiembre de 1931, pg. 1)

La refriega, que se extendió hasta la media noche de ese día, significó 9 muertos y más de 16 heridos (Diario El Día, 3 de septiembre de 1931, pg. 2). El Mapa N.° 3 grafica la dinámica espacial de este episodio.

Varias dimensiones hacen de este hecho particularmente interesante. Primero, la importancia de la capacidad de intermediación de los actores políticos que, de a poco, comprobaban el poder y el peso de las multitudes. Mientras en las manifestaciones contra Ayora ese papel fue desempeñado especialmente por militares retirados, en esa ocasión es mucho más clara la participación de políticos y activistas civiles (Joaquín Figueroa, Director de la Casa del Obrero; Ricardo Paredes, líder del Comunismo, Alfonso González, miembro del Comité Pro-Deshaucio del Estanco de Fósforos; Luis Maldonado, senador socialista).

Mapa N° 3
Circuito de manifestaciones durante ataques a El Comercio y Luis Felipe Borja (01-09-1931)



Detalle del "Plano de la ciudad de Quito. Hecho para actividad. 10 de agosto de 1931".
Mapoteca de la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit

Fuente: Elaboración propia

Segundo, el enfrentamiento discursivo crecientemente polarizado, especialmente contra la presencia comunista. Al día siguiente de los sucesos, Diario El Comercio dirigió su dedo acusador contra

> ese grupo de descalificados que viven sembrando ideas disociadoras en el pueblo (…) Nuestras acusaciones van contra los azuzadores (…) unos pocos individuos comunistas que, al grito lanzado en la Plaza Sucre por el Senador Luis Maldonado, de ¡abajo la prensa burguesa, abajo el capitalismo, abajo "El Comercio"! se lanzaron contra esta casa en la que los obreros del pensamiento y del músculo, no hacemos otra cosa que trabajar con fé y entusiasmo en defensa de los verdaderos derechos del pueblo. (Diario El Comercio, 2 de septiembre de 1931, pg. 1)

No dudó el redactor en recordar otros episodios en lo que esos "azuzadores" causaron estragos, incluido el fracasado intento del Congreso de Campesinos de Cayambe, y sobre todo el aciago noviembre del 22:

> Señores, es la sociedad la amenazada. Los azuzadores quisieron que se repita anoche en Quito el feroz 15 de noviembre en Guayaquil. Los comunistas trataron en esa fecha negra de saquear las propiedades indefensas, de ultrajar a las damas y hubo mucha desolación, lágrimas y sangre. (Diario El Comercio, 2 de septiembre de 1931, pg. 1)

Frente a ello, el diario dejaba traslucir su interpretación del fondo de los sucesos, al afirmar que había sido víctima en tanto "representantes de la Prensa que defiende el legítimo derecho de propiedad".

Por el contrario, la perspectiva del diario liberal radical El Día, dejaba traslucir algunas esperables diferencias, y llamativas coincidencias: reconocido por los propios líderes de la manifestación como "defensa de los derechos del pueblo", este medio se concentró básicamente en la crónica del comportamiento de las multitudes; excepto cuando, tras comentar el ataque al diario colega, afirmaba: "Las exaltaciones del pueblo se justifican: pero nunca los salvajes impulsos destructores." (Diario El Día, 2 de septiembre de 1931, pg. 7). Impulsos que también atribuyó al comunismo:

> La verdad es que en la aciaga noche del martes, voces criminales e imbecilizadas gritaron destrucción: "aquel edificio, aquella morada!!!" Y los ecos repercutieron en una multitud enfurecida, a la que los agitadores habían puesto ya en la fatal pendiente. (...) Y esa manifestación cívica que ya había culminado en la proporción y la majestad de su grandeza (...) vino a tener un epílogo sangriento por obra de la mala fe con que ha procedido el núcleo "comunista", que obra en el Ecuador de acuerdo con los Estatutos de la Internacional de Moscou. Decimos de mala fe, y nos explicamos, porque si bien por tolerancia y bajo el aspecto científico reconocemos la beligerancia del "comunismo", positivamente negamos que el "comunismo" tenga base real en el ambiente ecuatoriano. (Diario El Día, 3 de septiembre de 1931, pg. 3)

Un tercer elemento lo constituye el concepto de 'pueblo' dentro de los marcos discursivos de este episodio: sujeto colectivo, víctima de maltrato, extorsión y afrenta por parte de "los falsos patriotas como el doctor Borja que se ha vendido al oro extranjero" (discursos en la Casa del Obrero); en los medios, sujeto también a engaños o errores: "La psicología de las multitudes es muy compleja para que nosotros nos detengamos a acusar al pueblo, ni a analizar en estos momentos su conducta." (Diario El Comercio, 2 de septiembre de 1931, pg. 1)

> En las turbamultas desordenadas es fácil transformar el grito en acción destructora; ya no hay reflexión, sino violencia; no quedan de los móviles humanos sino los instintos ciegos y feroces, que no consideran el riesgo ni miden consecuencias. Ya no es un pueblo entusiasta y valiente que razona, que amenaza, que juzga y que se impone; es la turba lanzada al torbellino brutal, a la vorágine vengativa y destructora. (Diario El Día, 3 de septiembre de 1931, pg. 3)

En cualquier caso, lo indescifrable de la conducta de las multitudes oculta dudas implícitas: ¿son las multitudes el pueblo?, ¿es éste por tanto impredecible y amenazador?, ¿es tan fácilmente manipulable como difícilmente controlable?, ¿es acaso homogéneo o uniforme? (después de todo también hubo 'pueblo' disparando contra 'pueblo'). El enfrentamiento político estaría por responder.

Tomas de posición: Partidos y candidaturas

Precisamente el mismo día en que las calles de Quito se vestían de gritos, piedras y balas, el encargado del poder convocaba a las esperadas elecciones presidenciales para octubre de ese mismo año.

La convocatoria cayó en un campo espinoso y poblado por antiguos y nuevos actores: por un lado, el liberalismo 'clásico' que a pesar del golpe juliano y su reformismo, mantenía amplias cuotas dentro del círculo de poder y se enrocaba continuamente en el siempre efectivo parapeto del laicismo; por otro lado, el vértigo socialista, dividido profundamente a estas alturas, pero que había llegado al parecer a un doble punto de inflexión: el acceso a una base social crítica, como la de los estudiantes secundarios y universitarios, docentes y profesionistas; y desde lo ideológico, la construcción de un corpus doctrinal distintivo (los conceptos marxistas elementales alrededor de la clase obrera, sumados a las experiencias de las revoluciones mexicana y rusa) que le diferenciaba de visiones alternas, aunque tuviera menos asideros empíricos inmediatos. En tercer lugar, el subsumido conservadorismo, permanentemente alejado del poder ejecutivo, pero presente siempre en la función legislativa, y sobre todo, fuertemente conectado con la estructura eclesiástica y las organizaciones populares mutuales y obreras.

Creemos sin embargo que esta partición, si bien correcta, es insuficiente. Primero, porque la estructura institucional de los partidos, a la época, distaba mucho de la requerida por un partido de masas, y mantenía aún un formato de cuadro o élites, en el que la 'médula' del partido se enmarcaba siempre en cuadros de 'líderes históricos' más o menos cerrados (la situación era algo distinta a nivel de los novísimos partidos socialista y comunista, pero más por la aún reducida cantidad de miembros que por una superación de los liderazgos personalizados). Y segundo, porque las posiciones ideológicas y conceptuales superaban y subdividían los marcos partidistas, volviéndolos apenas referenciales.

Reflejo de esto es el alto grado de división entre las tendencias políticas. Así, el Liberalismo, en el intento de capitalizar su cercanía con el ascendente socialismo, terminó descubriendo sus diferencias casi insalvables, especialmente en el marco de la Asamblea de Concentración de Izquierdas, entre el 14 y 16 de septiembre de ese año, que tuvo por finalidad la designación de un candidato 'de consenso'. El resultado

representó una evaluación de las similitudes y diferencias entre los postulados liberales y los socialistas:

> Entre las semejanzas: El Liberalismo, el radicalismo y las gamas socialistas tienen una suerte común y amenazas asimismo comunes, desde el hecho que todos carecen de estructura popular extensa, y se encuentran maniatados frente a otros ismos históricos o circunstanciales incompatibles con los anhelos cívicos y políticos de aquellos partidos o fracciones. Ni gobiernan ni cada uno por su cuenta puede aspirar a gobernar con fuerza propia, mientras la República padece males profundos que reclaman soluciones complejas (Diario El Día, 14 de septiembre de 1931, pg. 3)

Pero las diferencias eran mayores. El origen del cambio social (revolución o evolución) marcaba una primera distinción nos sólo entre liberales y socialistas, sino entre éstos últimos:

> Liberalismo y socialismo coinciden en el común denominador de la libertad como médula de su credo, y si entre ambas ideologías existen discrepancias en cuanto al proceso económico, esas mismas discrepancias están latentes también entre los partidos socialistas, pues mientras unos son partidarios del concepto revolucionario, cataclísmico podríamos decir, del progreso, otros son partidarios de la evolución, tal como se caracteriza en la mayoría de partidos socialistas europeos. (Diario El Día, 14 de septiembre de 1931, pg. 3)

Otra fundamental era el tema de la propiedad, relativizada en general por el socialismo, e impugnada por el comunismo, y cuya anulación o cuestionamiento era visto como un atentado, una falta de honradez por el liberalismo. En tercer lugar, se definió la diferencia en las percepciones acerca de la realidad nacional y la pertinencia de las propuestas ideológicas:

> Y decimos que carece de base real el comunismo en el Ecuador, porque en este país no existe lo que propiamente se llama "capitalismo", ni el abandono al "imperialismo absorbente". En este país lo que existe es una grave cuestión agraria, fundamento a nuestro juicio del feudalismo áspero que mantiene anquilosada la vitalidad nacional. Y este problema puede y debe afrontarlo el Estado, sin que sea preciso recurrir a la revolución social anárquica. (Diario El Día, 3 de septiembre de 1931, pg. 3)

Pocos días después de la Asamblea, un artículo de prensa resumía la insalvable distancia entre el liberalismo radical y el socialismo:

> El liberalismo, por muy radical que quiera ser, es parte consustancial del capitalismo. El socialismo es el régimen de destrucción capitalista. Y si en lo económico el socialismo es todo lo contrario del liberalismo, en lo psicológico, es también completamente adverso: el liberalismo es individualista, mientras que el socialismo es colectivista. Hay completa separación entre el liberalismo y el socialismo y si esto es verdad, los que se llaman socialistas radicales y liberales a la vez, son y no son, liberales o liberales radicales o netamente socialistas, pero las tres cosas a la vez, imposible. (Diario El Día, 30 de septiembre de 1931, pg. 3)

Como fuera, las diferencias se procesaron de tal forma que al final el nombre del entonces Canciller, Modesto Larrea Jijón, se impuso, en mucho gracias a la presión y respaldo del Ejecutivo (Diario El Comercio, 16 de septiembre de 1931, pg. 3). Los socialistas vieron así frustrada la posibilidad de 'absorber' la Asamblea liberal.

Distante la base 'natural' de apoyo (obreros), y al concentrarse en grupos estudiantiles y profesionistas, la forma y tipo de 'lucha' del socialismo cambió: la acción socialista equivalió a la construcción de una identidad particular y distintiva basada en el contraste conceptual y cotidiano con un Otro; esto implicó, al mismo tiempo, identificar primero a ese contrincante, y disputar con él el espacio público.

Nuestra hipótesis es que la corriente socialista, precisamente en este momento de casi apogeo, fragmentó sus filas, no sólo en lo ideológico o doctrinal, sino en sus propuestas de acción cotidiana: el comunismo, que apostaba más a la acción directa en pos de evidenciar la lucha clasial; el socialismo activista, irreverente, más orientado hacia el desafío socio-cultural, y otro más institucional, orientado a la impugnación del contrincante, pero a partir del propio campo político institucionalizado.

Esta división es precisamente la que se evidenció en la coyuntura preelectoral de 1931. Mientras el Comunismo apostaba sus cartas a la acción de las masas (como se vio en los sucesos del 1 de septiembre) sin mayores perspectivas electorales, el ala institucional del socialismo procuró aprovechar la coyuntura de la Asamblea liberal de concentración

de Izquierdas, a fin de posicionarse e incluso intentar 'socializar' al radicalismo liberal (intento como vimos denunciado en la prensa de la época); al no lograrlo, terminó apoyando la candidatura de Modesto Larrea Jijón. Otros socialistas, especialmente de Guayaquil, postularon por su cuenta a Idelfonso Mendoza, uno de los oficiales más importantes de la asonada juliana en Guayaquil, en 1925. En medio, el socialismo activista afinaba sus habilidades mediáticas, a través de la publicación de hojas volantes y el proselitismo directo.

En cuanto al conservadorismo, la línea básica del partido respondía precisamente a estos principios de 'tradicionalismo renovado', que aceptaba el juego político, aunque reivindicaba permanentemente principios conculcados como los de la pureza del sufragio, y rechazaba la acción directa o no-legal como alternativa. Al mismo tiempo, entendía la importancia de la cuestión obrera y la participación política, dentro claro, de sus principios característicos. Podría sin embargo proponerse la presencia de por lo menos un ala o segmento la interior del partido, que, en sintonía con el ambiente anti-comunista, y la efervescencia de las ideas fascistas, prefería de acciones más rápidas y radicales.

Creemos que precisamente esta segmentación podría explicar parte de la coyuntura conservadora de septiembre de 1931. Tempranamente, el Directorio del Partido había afirmado sus cuestionamientos al proceso electoral, proponiendo su abstención. Sin embargo, tras observar la polémica generada en torno a la Asamblea de Izquierdas, un grupo de líderes habría convocado "a determinados miembros del Directorio para revocar aquella decisión y designar candidato" (Diario El Día, 20 de septiembre de 1931, pg. 5), desatando un amargo debate entre impulsores de la participación electoral (que mocionaron incluso nombres de precandidatos, como Rafael Ma. Arízaga, Jacinto Jijón y Manuel Sotomayor y Luna) y de la abstención, que a su vez reclamaron no haber sido convocados. La segunda posición terminó imponiéndose. ¿Indica esto la preeminencia de una corriente que cuestionaba la posición más tradicional del liderazgo vigente?, ¿fue la abstención una estrategia para favorecer a un tercero en discordia con mayores posibilidades?. Es totalmente posible aunque difícilmente probable.

Sin embargo la candidatura clave fue la de un personaje no vinculado a la trama partidista tradicional (un 'outsider' en términos actuales), el reputado terrateniente y ex - Presidente del Banco Central, Neptalí

Bonifaz. La posibilidad de su candidatura no era reciente. Ya en 1929, en el marco de la Asamblea Constituyente, su nombre, junto con el de Rafael Arízaga por el partido conservador, terció en la designación de Presidente de la República, que por cierto fue ganada ampliamente por Isidro Ayora (Diario El Día, 1 de enero de 1930). No sorprendía por tanto que para los comicios de 1931, su nombre volviese a sonar, aunque sí sorprende su curso, fuerza y efectividad.

La candidatura era ya una posibilidad cierta entre abril y mayo (antes de la caída de Ayora), y había sido impulsada no por los líderes o instancias del Partido Conservador, sino por propietarios agrícolas acaudalados a la época[24]. Sin embargo –y no tan paradójicamente, como veremos- el propio Bonifaz le restaba piso en esos meses tempranos:

> La Presidencia de la República, si no ha de ser un nuevo desastre, exige un político eminente, y no es lógico buscar este hombre entre los que, como yo, no sólo nunca se han ocupado en política sino que sienten por ésta una aversión invencible. Me faltan, pues, para aspirar a ese cargo, la competencia y la voluntad, y nada me haría aceptar una candidatura que repugna a la vez a mi conciencia y a mi carácter. (Bonifaz en Carta Dirigida a la Dirección de Diario El Día, reproducida en su edición del 1 de enero de 1932, pg. 1)

No obstante, los promotores persistieron: "La candidatura de Bonifaz tuvo su origen en la Unión Patriótica Nacional, (UPN) organización formada para propósitos electorales por la Asociación Nacional de Agricultores" (Norris, 2005: 132, vol. 1)[25]. En efecto, dentro de la UPN constaban prestantes hacendados, pero también liberales y progresistas[26]. El mismo Bonifaz declaraba que quienes le empujaron a la candidatura eran los "conservadores de la sierra, los liberales moderados y los terratenientes,

[24] Las mismas fuentes (Diario El Día, 1 de enero de 1932) hacen notar la cercanía de dos hechos clave: el Congreso Mariano de abril de 1931 (dedicado a conmemorar el 25 aniversario del Milagro de la Dolorosa del Colegio), y la subsiguiente Asamblea de Agricultores, auspiciada por la Sociedad Nacional de Agricultores, en la que se trató una agenda doble: lucha contra el comunismo y contra la crisis económica desbordada; precisamente en el seno de ésta segunda reunión se habría delineado la posible candidatura de Bonifaz. Por otro lado, es notoria también la referencia a que en esta misma época se mencionaba ya el nombre de Modesto Larrea como posible candidato liberal.

[25] Al parecer el autor equivoca el nombre de la segunda organización, que debería ser Sociedad Nacional de Agricultura

[26] Troncoso, 1958 incluso lista algunos nombres (pg. 127). Según la entrevista a Doña Alicia Ordóñez Pallares (25 de julio, 2010), la percepción a la época era que 'la mejor gente de Quito' estaba detrás de la candidatura de Bonifaz.

asustados con el programa de Larrea Jijón" (declaraciones al diplomático colombiano Ismael Arciniégas, citadas en Paz, 1938: 52), opinión compartida por el periódico liberal El Día (edición del 1 de enero de 1932).

A mediados de septiembre de 1931, la UPN propuso formalmente la candidatura a la Presidencia a Bonifaz. Esta vez aceptó.

Parecería entonces que entre estas declaraciones y la aceptación de la candidatura medió, por lo menos, un interesante pero inconocible proceso de negociación. Lo único que puede aproximarse en estas circunstancias son algunos de los argumentos públicos que lo habrían impulsado o sustentado. ¿Por qué resultaba atractiva la candidatura bonifacista?.

Por un lado, la imagen de distancia política, en la que precisamente el choque con los partidos tradicionales implicaba una fuente de credibilidad e independencia respecto a los círculos y mecanismos usuales de distorsión y uso del poder político; en este sentido, las declaraciones críticas que distanciaban a Bonifaz de los 'políticos profesionales' resultaba una ventaja particular. En mucho la presunción de independencia se debía a su relativamente reciente retorno definitivo de Europa (se había reinstalado en Quito recién en 1926). A fines del mes de septiembre, el candidato comentaba así las continuas acusaciones de conservadurismo:

> se hace una campaña de mala fe para probar que soy conservador. Si lo fuera no tendría empacho alguno en declararlo. Por mi palabra de honor, jamás desmentida, vuelvo a declarar que no tengo conexión alguna con ese partido. No es vergüenza el ser conservador, como no lo es ser liberal, radical o socialista. Lo vergonzoso es ampararse en uno de esos partidos para medrar (…) Independiente y libre desde que tuve uso de razón, no tolero imposiciones de ningún género, vengan éstas de donde vinieren. (fragmento de carta dirigida a Carlos Freile Larrea, citada en Troncoso, 1958: 130)

De alguna forma, las maneras coléricas, toscas, y no pocas veces descorteses, tan características de Bonifaz (su 'cáscara amarga' descrita en medios de la época), y que habían sido tan evidentes en sus pugnas con el gobierno de Ayora desde el Banco Central, le recubrieron de una patina de feroz independencia.

Un segundo elemento explicativo era más particular, y hacía énfasis en torno a los valores cívicos que al parecer caracterizaban al candidato, y para los cuales podría transformarse en un baluarte:

> Para los unos, la candidatura Bonifaz significaba el resurgimiento cívico de la Patria con un hombre de antecedentes puritanos de honradez para la Presidencia, que habría de hacer un gobierno sin trincas ni intereses creados, mediante la garantía del derecho de sufragio. (Troncoso, 1958: 128-129)

La honradez, pues, ocupaba un lugar especialmente importante dentro de la simbólica bonifacista. Las implicaciones y peso de esta imagen eran patentes aun para los contrincantes: "El mito electoral del conservadurismo consistía en la honradez. El propio candidato declaraba a la prensa, en Guayaquil que la lid política se había entablado entre los honrados y los que no lo eran" (Larrea Jijón, 1957: 16).

Esta polaridad excluyente fue por cierto uno de los puentes que tradujeron la diferenciación política o ideológica al campo identitario cotidiano.

Un tercer elemento, vinculado estrechamente al anterior pero atravesado por contenidos muy específicos, fue precisamente la reivindicación de otras virtudes cívicas: el orden y la disciplina. Y sus formas de expresión fueron muy especiales:

> Un distinguido político liberal que fue candidato en oposición, llamó al señor Bonifaz: el García Moreno del portal. Un órgano bonifacista recogió el guante y dijo: agradecemos el epíteto, porque, en realidad, hoy necesitamos de un García Moreno que rompa los intereses creados y enderece la marcha de la República por un buen sendero. (Troncoso, 1958: 129)

A la evocación a García Moreno, se sumó otra más reciente y de gran peso:

> Las altas clases sociales, las oligarquías de todo orden, los terratenientes, el clero y la masa fanatizada por éste, soñaron en una especie de Mussolini para gobernante del pueblo ecuatoriano indo-español. En el Ecuador tenía que reproducirse un Mussolini que acabara drásticamente con el socialismo en cuna, con la

> demagogia, con los insubordinadotes del pueblo, con la corrupción reinante, con los derroches de los dineros públicos, con los laicos, y con la libertad convertida en libertinaje. (Larrea Jijón, 1957: 14-15)

En efecto, quizá el detalle más destacado del bonifacismo sea éste precisamente: su enganche con el renovado espíritu de la virtud republicana, fuertemente difundido a la época, que traspasaba ya las diferencias partidarias, y que podía, de alguna manera, tender puentes entre ellas. Creemos que este enganche ayudó a construir un puente republicanista invisible entre los polos partidarios. El rédito inmediato de este puente fue, por supuesto, la conversión de la candidatura de Bonifaz, no sólo en una alternativa política, sino también cívico-moral, a la que plegaron no sólo liberales y conservadores, sino también activistas populares.

Tras la aceptación por parte del Candidato, se conformó el Comité Central Pro-Neptalí Bonifaz, presidido por Carlos Freile Larrea, presidente además de la Unión Patriótica Nacional, y que se concentró en los contactos proselitistas de 'alto nivel'. Por otro lado, sin embargo, se construyó cuidadosamente un andamiaje paralelo que permitiera conectar a la candidatura con 'el pueblo'; esta peculiar división de funciones fue precisamente la que daría paso a la Compactación Obrera Nacional (CON), originariamente vista como soporte electoral y guardia de choque bonifacista. Roles evidentes, pero no los únicos que esta peculiar organización desempeñó.

El fantasma de la CON: ascenso

Lamentablemente no son pocos los casos de casi total desconocimiento de los antecedentes e historia de organizaciones populares. Este es el caso de la Compactación Obrera Nacional, pese a haber desempeñado un rol clave, corto e intenso en este particular momento de la historia.

Según algunos autores su origen estuvo estrictamente vinculado al proceso electoral de 1931, y de hecho se habría formado recién el 10 de septiembre de ese año, pocos días antes de los comicios (Quintero, 2005); según otros, parecería haber existido antes, habiendo sido cooptada estratégicamente por la Asociación de Agricultores:

> Miembros de esta asociación se infiltraron en la Compactación Obrera Nacional, integrada principalmente por unos diez o doce mil miembros participantes artesanos, y ganaron así su apoyo para Bonifaz. Bajo la influencia de la UPN, la Compactación Obrera, que antes se inclinaba hacia la izquierda, se hizo más bien conservadora. (Norris, 2005: 132, vol. 1)

Lo cierto es que su aparición pública más temprana es un manifiesto donde plantea sus propuestas básicas (Diario El Comercio, 13 de septiembre de 1931, págs. 9-10), fruto de la Asamblea (fundacional?) del 10 de septiembre de 1931. Diez días después se realizó otra Asamblea abierta en el salón de la Tesorería Municipal, y a la que asistieron 459 participantes; su objetivo era "lanzar la candidatura del personaje que consideren de acuerdo con los ideales de dicha compactación" (Diario El Día, 20 de septiembre de 1931, pg. 5), para lo cual se realizó una votación abierta, una suerte de 'primaria' elemental cuyos resultados reseña Rafael Quintero:

> el Conservador Manuel Sotomayor y Luna recibió 73 votos, sus coidearios José Rafael Bustamante y Jacinto Jijón y Caamaño 12 y 6 respectivamente, mientras que el socialista Idelfonso Mendoza fue agraciado con 55 votos y el que sería candidato del Partido Liberal –Modesto Larrea Jijón- obtuvo 47 preferencias. [Un] dirigente del Partido Comunista recibió 3 propuestas, el socialista Luis Maldonado 2, y Colón Eloy Alfaro, hijo del Viejo Luchador, se anotó 5 voluntades (…) Pero el hacendado Neptalí Bonifaz Ascázubi alcanzó la designación con 169 mayorías. (Quintero, 2005: 253)

El mismo día 20, a primera hora, los diarios de la capital reportaban la aceptación de la Candidatura presidencial por parte de Bonifaz.

¿Era la CON una simple estratagema marginalista del Partido Conservador? (Quintero, 2005). No existen fuentes ni datos confiables para negarlo completamente, pero tampoco para afirmarlo de manera concluyente. En cambio, sí existen indicios –dispersos e incompletos- para pensar que fue una organización más compleja que una simple pantalla electoralista conservadora.

Primero, en términos objetivos, aparece como una organización compleja y estructurada. El mismo Quintero, a partir de datos de prensa, concluyó la existencia de una densa red parroquial de comités y clubs electorales:

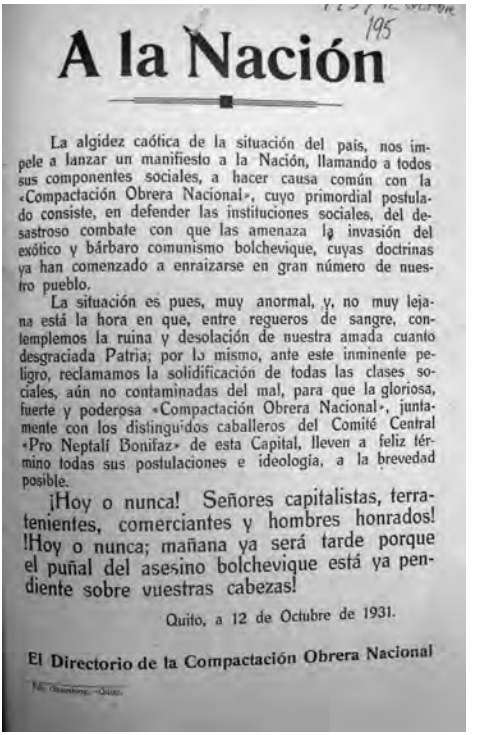
> Las parroquias "González Suárez" y "Salvador" tenían en Quito un solo "Comité Pro-Neptalí Bonifaz. Habían: el Comité Abdón Calderón, La Chilena, cuyo Presidente fue el Sr. Guillermo Contreras, Santa Bárbara, Libertad, San Roque en Quito. Además "Abdón Calderón de Aguarico", "Comité Pro-Bonifaz de Cotocollao", "Chillogallo" (presidido por Héctor Ternerez). Los hubo también en Ibarra; en Rocafuerte, Manabí; en Alangasí, Píntag, Sangolquí, Machachi, Tambillo, Aloag, etc. (Quintero, op. cit.: 256)

De igual manera, Barrera, 1950 confirma la existencia de bien conformados núcleos de la CON en Guayas, Los Ríos y por supuesto, Pichincha. Es evidente también la operación de un sistema de representación vertical que le permitía convocar Asambleas Nacionales con representantes perfectamente acreditados (Ortiz Bilbao, 1989).

Segundo, en términos de contenidos y propuestas, destaca su toma de posición absolutamente contraria al comunismo y al 'bolchevismo' , rechazándolos incluso desde una óptica moral, pues desde su primer manifiesto los 'compactados' se autodefinían como "los elementos honrados de esta Capital", para marcar su diferencia con aquellos elementos que propugnaban la anulación y 'socialización' de la propiedad. Como veremos, esta actitud no hizo más que aumentar con el paso de los días.

Sin embargo, lo más llamativo son sus propuestas de políticas. Frente al problema económico – social proponen el impulso a la colonización de tierras baldías por parte de trabajadores insolventes, la realización de obras viales estratégicas, disciplinamiento del gasto público (se proponía el referenciamiento de todas las remuneraciones públicas a la del Presidente de la República), la prohibición de que ex funcionarios del Estado pudieran volver a éste "hasta después de un año de haber cesado en sus cargos."; aprobación de una Ley de Inquilinato "bien meditada"; reanudación de las relaciones comerciales con Colombia; en uno de sus puntos demandaba además: "[La] Afirmación pública del Ejército de que siempre estará por la Constitución, será el guardián de los derechos del pueblo Y GARANTIZARA LA LIBERTAD ELECTORAL para que éste elija a los representantes de la Nación que estimare conveniente." (Diario El Comercio, 13 de septiembre de 1931, pgs. 9 y 10)

Imágen Nº 5
La compactación Obrera Nacional



195

A la Nación

La algidez caótica de la situación del país, nos impele a lanzar un manifiesto a la Nación, llamando a todos sus componentes sociales, a hacer causa común con la «Compactación Obrera Nacional», cuyo primordial postulado consiste, en defender las instituciones sociales, del desastroso combate con que las amenaza la invasión del exótico y bárbaro comunismo bolchevique, cuyas doctrinas ya han comenzado a enraizarse en gran número de nuestro pueblo.

La situación es pues, muy anormal, y, no muy lejana está la hora en que, entre regueros de sangre, contemplemos la ruina y desolación de nuestra amada cuanto desgraciada Patria; por lo mismo, ante este inminente peligro, reclamamos la solidificación de todas las clases sociales, aún no contaminadas del mal, para que la gloriosa, fuerte y poderosa «Compactación Obrera Nacional», juntamente con los distinguidos caballeros del Comité Central «Pro Neptalí Bonifaz» de esta Capital, lleven a feliz término todas sus postulaciones e ideología, a la brevedad posible.

¡Hoy o nunca! Señores capitalistas, terratenientes, comerciantes y hombres honrados! !Hoy o nunca; mañana ya será tarde porque el puñal del asesino bolchevique está ya pendiente sobre vuestras cabezas!

Quito, a 12 de Octubre de 1931.

El Directorio de la Compactación Obrera Nacional

Fuente: Hoja suelta Nº 195, Biblioteca Aurelio Espinoza Pólit, octubre de 1931

Este punto es especialmente importante. Para cuando la Compactación demandaba la pureza electoral, no había expectativas reales de que sucediera. La manipulación del sufragio era una práctica usual que se había instaurado desde el inicio mismo de la época liberal, bajo el razonamiento de no perder con los votos lo ganado por las armas; temor por cierto nada irreal, como con el tiempo descubrió el partido Conservador, que de a poco asumió la libertad de sufragio como una bandera de lucha propia (Varios, 2003).

Para este momento, sin embargo, no podía pensarse en que la demanda tuviera éxito, así como tampoco perecía factible que, aún si tal pureza

electoral se realizara, y la candidatura preferida ganase, ello implicara, necesariamente, el cumplimiento de las aspiraciones mencionadas. ¿Para qué hacerla entonces?. Creemos que la CON expresaba las demandas y aspiraciones de sus miembros como una forma de reconocimiento, de vinculación, de identificación. Y al tiempo, de descalificación y anatemización del Otro, del contrincante visto como la negación del Uno.

Las ideas en las calles (III): El fallido autogolpe de Larrea Alba

Y el bando opuesto actuó de la misma manera. Así, la lucha proselitista fue más allá de las opciones electorales, hasta sobrepasar las lindes de la doctrina política y rayar en la descalificación y la negación moral del Otro.

Varios testimonios confirman la dureza de la campaña electoral:

> Empezó y prosiguió la campaña de propaganda electoral en forma nunca vista. Ataques, contraataques. Hojas volantes sueltas por millares que coloreaba las paredes de los edificios y el pavimento de las ciudades y aldeas. (Larrea Jijón, 1957: 14).

> La candidatura Bonifaz siguió con buen pie, pero los adversarios a ella no eran tampoco escasos en número ni en prestigio social. En la República se prendió la emoción política como no se pudo haber conocido otra época igual (…) La campaña fue formidable, decidida y rencorosa de parte y parte. La prensa chica brotó como por encanto, en su casi totalidad adversa al señor de Guachalá. (Troncoso, 1958: 128-129)

La propuesta bonifacista a su vez, afirmaba su convocatoria sobre los conceptos de lucha por la honradez y el anticomunismo.

Pronto fue evidente que la propuesta bonifacista, que integraba la habilidad política de las élites tradicionales con el pujante y decidido proselitismo identitario y 'popular' de la CON, tenía más fuerza de la esperada. Por otro lado, el Ejecutivo liderado por el Crnel. Larrea Alba asistía como testigo expectante, mientras las demandas por acción contra el deterioro económico aumentaban, en medio de un complejo entramado de legislación e instituciones entre el que le costaba actuar. Y sobre ello, la insuficiencia de la candidatura de Larrea Jijón, con todo lo

que implicaba (frente a la opción bonifacista), le empujó a una disyuntiva difícil: tratar de reeditar las viejas prácticas de fraude electoral, o romper el proceso mediante la declaración de una dictadura; mientras lo primero podía 'solucionar' el tema electoral, no influía en su capacidad de manejo económico; lo segundo sí: "Larrea Alba vio claramente que era menester de una revolución para acabar con el monstruo de la legislación ecuatoriana vigente. Era menester verse libres de trabas para poder elevarse a la altura de las fuentes originales del Derecho" (Paz, 1938: 28)

La alternativa de facto tomó cuerpo: el autogolpe habría significado, al tiempo, concretar una 'dictadura económica', y bloquear la posible victoria 'conservadora' en las urnas. Frente a esta coyuntura, se multiplicaron exponencialmente los esfuerzos por provocar un desenlace: el 30 de septiembre se reportaba en la capital el rumor de una carta suscrita por "diez mil firmantes"[27], en la que se solicitaba al Crnel. Larrea Alba la dictadura; al mismo tiempo, diversos miembros del socialismo, e incluso del mismo Congreso, parecerían haber apoyado la intentona (Uzcátegui, 1975: 150). El lado bonifacista respondía con 'meetings' o manifestaciones públicas en las que retaba al gobierno a declarar francamente la dictadura antes que a 'imponer' a su candidato[28].

Al tiempo, los contrincantes de izquierda desarrollaban una vertiginosa conspiración:

> En el mes de octubre de 1931 los oficiales jóvenes del ejército y un grupo de civiles de izquierda y de ideas socialistas, veían con simpatía la dictadura del Coronel Luis Larrea Alba que tenía los buenos propósitos de realizar una profunda reforma económica. Algunas unidades cantonadas en la ciudad de Quito lo respaldaban, pero el regimiento Yaguachi, comandado por un Capitán Alejandro Alvear se oponía. Yo tenía parentesco con la familia Alvear. Se valieron de mi persona los amigos que apoyaban al Coronel Larrea Alba a fin de que me pusiera en contacto con él y le pidiera que respalde el movimiento; cumplí con el encargo y hablé con dicho oficial en una forma sincera, desinteresada y él accedió a todo cuanto le solicité, se comprometió a respaldar la dictadura y subió las gradas del Palacio de Gobierno para ponerse a la disposición del Coronel Luis Larrea Alba. (Muñoz, 1988: 64)

[27] Ver Diario El Día, 30 de septiembre de 1931: pg. 1

[28] Diario El Día, editorial "El dilema fatal: la dictadura o Bonifaz", 14 de octubre de 1931, pg. 3.

La compactación tampoco estaba cruzada de brazos:

> Esta Compactación [la Obrera] organizó a sus comités (...) empezaron a malear a la tropa, amotinaron a la masa popular compuesta por artesanos, obreros, panaderos, carpinteros, zapateros y demás, que eran fanáticos de la religión, respaldado este movimiento por el elemento femenino que tenía contactos con la tropa. En esa época todos los repartos estaban formados por soldados de línea, era tropa aguerrida, no eran conscriptos, por lo mismo dispuestos a la pelea. (op.cit.)

Varias semejanzas son dignas de notar, como el uso de las relaciones familiares y personales como provocación de actores, o la importancia fundamental atribuida al ejército como actor dirimente. Pero también diferencias llamativas que adquirirán importancia con el tiempo: mientras el esfuerzo pro-golpe se dirigía o giraba en torno a oficiales, los 'compactados' dirigían sus esfuerzos hacia sectores 'populares' y soldados profesionales y suboficiales:

> Dentro de las filas del Ejército, especialmente del personal de tropa, se hablaba a las claras de las asechanzas del conservadorismo y la necesidad de la intervención de los soldados en mancomunidad con el verdadero pueblo. El doctor Rafael Arteta García era el más empeñoso agente que ponía en contacto a las cocineras y beatas compactadas con los suboficiales. (Larrea Jijón, 1957: 19)

Estos esfuerzos habrían al fin generado frágiles alineamientos de los actores armados. Para mediados de octubre, la percepción de algunos actores era que Larrea Alba había comprometido ya una base de apoyo mínima, pero también importantes rechazos: "Es lo más probable, decían algunos que Larrea Alba ataque con el 'Carchi,' con la policía y con otros batallones de que dispone, al batallón 'Constitución.' Habrá cañonazos del 'Regimiento Bolívar'" (Testimonio del diplomático colombiano Ismael Arciniégas, citado en Paz, 1938:54). En efecto, al menos estos dos últimos batallones habían mostrado un rechazo frontal a las pretensiones del gobierno.

En la madrugada del 15 de octubre de 1931, parte de la tropa del Batallón Carchi rodeó el cuartel de entonces del Regimiento Bolívar (calles Montúfar y Olmedo), mientras el resto ocupó posiciones en el Itchimbía,

desde donde realizó varios disparos al sitio, esta unidad respondió con una serie de cañonazos. Mientras sucedía esto, diversas comisiones de las otras unidades militares conferenciaban con la oficialidad del Bolívar para negociar una posición común; como resultado, éste batallón obtuvo el apoyo de los Batallones Zapadores Chimborazo, Constitución y Yaguachi; cuando esto fue comunicado a Larrea Alba, reconoció el fracaso y ordenó la retirada del Batallón Carchi (Diario El Día, 16 de octubre de 1931).

Mientras esto sucedía, una 'masa de público' se reunió en la Plaza de Santo Domingo:

> desde donde se organizó un desfile que recorrió las calles Venezuela, Chile y Guayaquil, hasta la Plaza del Teatro. En el trayecto lanzaban vivas a la Constitución, mueras a la dictadura y a los miembros del Gobierno (…) Llegando al Hotel Metropolitano, la muchedumbre exigió que saliera al balcón el señor Presidente del Senado quien (…) habló al pueblo manifestando que el Congreso iba a reunirse para analizar la situación y hacer todo lo posible por remediarla (…) La comitiva siguió inmediatamente hacia la plaza del Teatro y muchos de los ciudadanos allí presentes desplegaron su actividad, convocando a todos los Senadores y Diputados para que concurran (Diario El Día, 16 de octubre de 1931, pg. 1)

Tras aclamar al Presidente del Senado, Dr. Alfredo Baquerizo Moreno, el resto de la multitud se concentró en la Plaza Grande.

A las ocho y media de la mañana "El Carchi" emprendió el repliegue a su Cuartel, una vez abandonado el propósito de dominar al Regimiento "Bolívar"; al llegar a la Plaza de la Independencia la masa compacta de gente que seguía el curso de los acontecimientos, hizo una ruidosa pifia a "El Carchi" cuya tropa pasaba por frente al Palacio de Gobierno; no se puede establecer aún si algún oficial dió orden, o fue movimiento espontáneo de los soldados, pero éstos regresaron tendiendo sus rifles e hicieron descargas cerradas consecutivas sobre el pueblo. (Diario El Comercio, 16 de octubre de 1931, pg. 1)

Un testimonio de los propios soldados del Batallón Carchi dice más:

> Quienes componemos el Batallón "Carchi" tenemos muy bien sembrado en nuestras conciencias el sentimiento de vergüenza, de honor y dignidad (…) que sufrieron el más horrible ataque de parte

> de las multitudes, las cuales llenaban las calles de la ciudad; desde la plaza Marín hasta el cuartel fue un vía crucis que atravesamos resignados; todo vilipendio, todo insulto, toda calumnia caían sobre nosotros sin que nuestra condición de hombres se revelara (...) Mas, si éramos soldados teníamos que cumplir un deber, conservar el arma (...) Cuando el Batallón pasó y ya llegaba a su cuartel, la multitud se precipitó sobre la retaguardia de la última compañía incitada con estas palabras: "desarmemos al Carchi aunque corra sangre y acabemos con ellos con sus mismos fusiles" (...) Hubo un disparo de pistola y el estrechamiento de la multitud exhaltada, lo cual produjo lo inevitable, la tropa de retaguardia disparó y se impuso. (Diario El Día, 18 de octubre de 1931, pgs. 1-2)

El resultado: 10 muertos y 6 heridos. La multitud permaneció en la Plaza, hasta después que el Crnel. Larrea Alba abandonara la oficina presidencial, atravesando la multitud enfurecida hasta la legación diplomática argentina, del brazo del Presidente del Senado, Alfredo Baquerizo Moreno, el representante diplomático colombiano y el Ministro de Guerra (testimonio del citado diplomático Ismael Arciniégas). Poco después Baquerizo Moreno asumía la Presidencia mientras Larrea Alba salía al exilio.

La pólvora del sufragio libre

El primer paso del nuevo encargado del poder fue ratificar los comicios convocados para el 20 y 21 de octubre. En el transcurso de los días, los diversos candidatos hacían públicos llamados para demandar garantías electorales, mientras sus estructuras proselitistas continuaron con su labor.

En efecto, los comicios se realizaron acorde lo programado, y para diversos analistas de la época, fueron destacablemente ordenados y limpios.

No hay que olvidar, sin embargo, las limitaciones que entonces representaba el ejercicio eleccionario. Compartimos aquí casi por completo las observaciones detalladas realizadas por Quintero, 2005 en su análisis sobre el sufragio entre 1931 y 1933. Las restricciones formales (ciudadanía factible sólo para letrados) y prácticas (costos en tiempo y dinero del trámite de registro de votantes, por ejemplo), apenas fueron compensadas por la formalización de los derechos ciudadanos de la mujer; la verdad es que la base electoral era realmente mínima: apenas el 35% de la población adulta de 1931 cumplía los requisitos habilitantes

para el sufragio; el 14% realizó los trámites requeridos de inscripción en los registros electorales, y apenas el 5% concurrió a las urnas. Acordamos también con este autor en que la mayor innovación del momento –la incorporación clara de la mujer al proceso electoral- conllevaba un indudable interés para el Partido Conservador.

Esto, sin embargo, no invalida ni deslegitima el proceso en sí mismo. La época es aún una de ciudadanía restringida, en la que lo reducido de la base electoral aumenta la importancia de los alineamientos partidistas, pero no los vuelve determinantes; en este sentido, mal podría afirmarse que un resultado electoral (por más restringido que fuera), respondía sólo a una mera estrategia partidista.

Esto es particularmente importante al analizar temas específicos, como el peso femenino en los resultados electorales. El mismo Quintero demuestra la importancia particular de la súbita presencia femenina en la base electoral, pero a partir de allí la explica como "una conducta alentada explícitamente por (...) la clase terrateniente y su partido político" (Quintero, 2005: 249). Por lo visto hasta ahora, la sombra de la participación femenina aparece bastante más activa que la de una mera extensión del Partido Conservador: su papel durante el proceso constituyente, en medio de las conspiraciones políticas, y en el mismo proceso electoral[29] pueden indicar una actividad políticamente más proactiva, por parte de mujeres, pudientes, sí, y alineadas con las tesis conservadoras y republicanistas. Pero difícilmente puede imaginárselas como fieles y mecánicas obedientes de directivas partidarias.

Lo cierto es que tras dos días de sufragio, la candidatura de Neptalí Bonifaz se alzó con una clara victoria. En ella fue apreciable el peso de la variable regional, y los efectos de la fragmentación de candidatos:

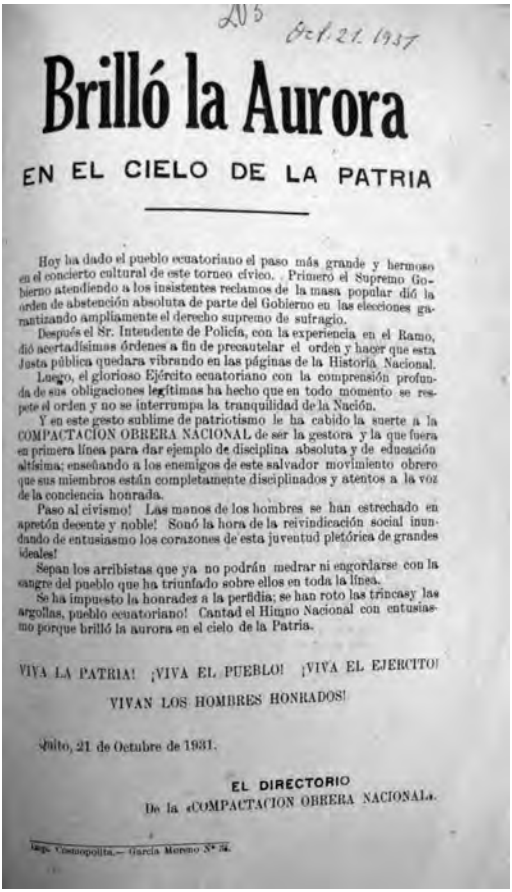
> Apreciada la votación en conjunto, los votos favorecieron a las candidaturas de Larrea y Mendoza, y superaron a los que favorecieron al candidato conservador (...). Lo de siempre, la mayoría del pueblo ecuatoriano confirmaba su fé en la doctrina liberal; pero los defectos de las leyes electorales y la errada aplicación de los principios democráticos al medio ambiente ecuatoriano ocasionaban el sui-generis y antidemocrático resultado de que el país podía ser gobernado por la minoría. (Larrea Jijón, 1957: 24)

[29] El Día, en una nota del 22 de octubre de 1931, comenta sobre los intentos de algunas mujeres por duplicar su voto, al sufragar en diferentes parroquias de la ciudad.

También era comprensible la amarga queja de Larrea Jijón acerca de las "candidaturas divisionistas", especialmente de Idelfonso Mendoza en la provincia de Guayas (Larrea Jijón, 1957).

La victoria bonifacista fue de inmediato saludada por sus partidarios como una victoria no sólo política, sino también moral.

Imágen N° 4
Victoria electoral bonifacista



Oct. 21. 1937

Brilló la Aurora

EN EL CIELO DE LA PATRIA

Hoy ha dado el pueblo ecuatoriano el paso más grande y hermoso en el concierto cultural de este torneo cívico. Primero el Supremo Gobierno atendiendo a los insistentes reclamos de la masa popular dió la orden de abstención absoluta de parte del Gobierno en las elecciones garantizando ampliamente el derecho supremo de sufragio.

Después el Sr. Intendente de Policía, con la experiencia en el Ramo, dió acertadísimas órdenes a fin de precautelar el orden y hacer que esta Justa pública quedara vibrando en las páginas de la Historia Nacional.

Luego, el glorioso Ejército ecuatoriano con la comprensión profunda de sus obligaciones legítimas ha hecho que en todo momento se respete el orden y no se interrumpa la tranquilidad de la Nación.

Y en este gesto sublime de patriotismo le ha cabido la suerte a la COMPACTACION OBRERA NACIONAL de ser la gestora y la que fuera en primera línea para dar ejemplo de disciplina absoluta y de educación altísima; enseñando a los enemigos de este salvador movimiento obrero que sus miembros están completamente disciplinados y atentos a la voz de la conciencia honrada.

Paso al civismo! Las manos de los hombres se han estrechado en apretón decente y noble! Sonó la hora de la reivindicación social inundado de entusiasmo los corazones de esta juventud pletórica de grandes ideales!

Sepan los arribistas que ya no podrán medrar ni engordarse con la sangre del pueblo que ha triunfado sobre ellos en toda la línea.

Se ha impuesto la honradez a la perfidia; se han roto las trincasy las argollas, pueblo ecuatoriano! Cantad el Himno Nacional con entusiasmo porque brilló la aurora en el cielo de la Patria.

VIVA LA PATRIA! ¡VIVA EL PUEBLO! ¡VIVA EL EJERCITO!

VIVAN LOS HOMBRES HONRADOS!

Quito, 21 de Octubre de 1931.

EL DIRECTORIO
De la «COMPACTACION OBRERA NACIONAL».

Imp. Cosmopolita.— García Moreno N° 54.

Fuente: Hoja suelta Nº 183, Biblioteca Aurelio Espinoza Pólit

Era sin embargo una victoria en suspenso. La norma constitucional indicaba que sólo el congreso en periodo ordinario podía conocer y calificar los resultados electorales. Esto quería decir que en este caso, los resultados electorales de octubre de 1931 debían ser conocidos recién por la Legislatura operante en agosto de 1932; diez meses más tarde. Este fue el tiempo en el que la confrontación política adquirió cuerpo y violencia.

Confrontación agravada por la angustiosa agudización de la crisis económica. Pocos días después de las elecciones, se difuminaba en todo el país un peculiar paro de comerciantes, interesados en la eliminación del impuesto a las ventas; el paro empezó el 1 de noviembre, y abarcó a casas y agentes comerciales, especialmente de bienes importados, de todo el país; los comerciantes lograron su cometido cuando el 4 de noviembre la Cámara de Diputados derogó tal impuesto (Diario El Día, 1936). La actitud de los comerciantes apuntaba a paliar los efectos del continuo proceso de reducción de liquidez y deflación, ya no sólo en bienes de consumo interno, sino también de bienes importados y exportados (Carbo, 1953).

Además, para febrero de 1932, el gobierno provisional decretó la segunda suspensión del patrón oro, bajo el argumento de proteger las menguantes reservas metálicas del país, asegurándose eso sí un préstamo del Banco Central por 15 millones de sucres.

Las medidas significaban el práctico final de la política económica kemmeriana, del espíritu juliano y con ellos, del primer periodo de independencia del Banco Central del Ecuador. Ante la negativa del Banco al préstamo en cuestión, el gobierno decretó, el 4 de marzo de 1932, la inmediata reorganización del Directorio, el retiro de los depósitos del Estado en el Banco y la canalización de los mismos hacia el Banco Hipotecario (Carbo, op. cit). La inminencia y gravedad de la crisis hizo más notoria aún la mediación del candidato electo. Bonifaz, junto con otros eminentes personajes de la economía del momento, lograron un acuerdo entre el Ejecutivo y el Banco Central, en el que éste acordó un préstamo controlado de 12 millones de sucres, mientras el primero derogaba el decreto punitivo (Carbo, op. cit.).

Sucesos como éste aumentaron apreciablemente el grado de injerencia y decisión adjudicada al Electo, que desde el primer instante posterior a la elección había mostrado su empeño por asegurar su vínculo con el Gobierno provisional.

> Anoche [20 de octubre] a las 9 p.m. visitó el candidato don Neptalí Bonifaz al señor doctor don Alfredo Baquerizo Moreno, Encargado del Poder Ejecutivo, para felicitarle por las garantías ofrecidas por este Gobierno en estas elecciones (…) Díjole también que había creído llegada la oportunidad de expresarle, con la franqueza que le es propia, y para tranquilizar el espíritu de un viejo liberal como el Dr. Baquerizo Moreno, que las instituciones liberales nada tendrán que temer de su administración; todo lo contrario, él se comprometía consolidarlas y dar lustre al liberalismo, empañado por las últimas administraciones llamadas liberales. (Diario El Día, 21 de octubre de 1931, pg. 1)

El fantasma de la CON: clímax

Poco después del triunfo electoral, la CON accedió a un poder y una visibilidad difícilmente entendibles. Al parecer también generó un debate ideológico interno. En un trabajo posterior a los resultados electorales, la CON de Pichincha desarrolló una agenda o programa particularmente interesante, y que partía de autodefinirse como un

> PROGRAMA IDEOLÓGICO, CEÑIDO A LA REALIDAD DE NUESTRO MEDIO, DESLINDADA DE LAS AGRUPACIONES POLÍTICAS MILITANTES, contemplando sólo el panorama Nacional, múltiple y único, complejo y armónico, atendiendo a las necesidades de todos los ecuatorianos, Y DENTRO DEL RESPETO QUE SE MERECEN LAS CREENCIAS de sus componentes. (Barrera, 1950:228 - 230)

Poco después afirma:

> Como Entidad social, laborará por la RESOLUCIÓN RAZONABLE Y JUSTA de los problemas sociales que afectan al trabajador y a la colectividad en general, en forma de asegurar la armonía nacional. DENTRO DEL DERECHO Y DE LOS INTERESES CONCILIADOS DE LAS DIFERENTES CLASES QUE LA INTEGRAN. (…) Por tanto, Nuestro Programa tiende a FOMENTAR LA ARMONÍA NACIONAL entre las diferentes clases que integran la nacionalidad. (Barrera, op. cit.: 230)

Dentro de las propuestas concretas postulaba, entre otras cosas, el establecimiento de una carrera administrativa y depuración de la burocracia, enseñanza primaria obligatoria y gratuita, secundaria gratuita y voluntaria; desarrollo de extensión universitaria para organizaciones obreras; llega a proponer también la parcelación de tierras "en beneficio del trabajador", ofreciendo garantía por parte del Estado de un precio justo para "quienes vendieren los terrenos parcelados"; que el Estado declare el trabajo como obligatorio y se comprometa a proporcionarlo a los trabajadores; propone la creación del Banco Obrero, capitalizado a partir de aportes a un Seguro Social obligatorio para todos los trabajadores; por último, demanda para la raza indígena, educación y "rehabilitación económica" (Barrera, op. cit.: 232 - 235).

Es notoria además la ausencia de menciones a la baja ralea moral de bolcheviques y comunistas; ¿era entonces un momento de cambio o evolución?.

Al parecer sí. El mismo núcleo pichinchano de la Compactación cuestionó el liderazgo nacional del Presidente en funciones, Domingo Romero Terán, y tras un amago de separación, logró el respaldo de la UPN (Unión Patriótica Nacional), que devino, primero, en la renuncia de Terán al cargo, y luego, el intento de éste de restituirse vía la renovación total del directorio Compactado, en febrero de 1932. Al fracasar este intento, e incapaz de recuperar el control de la organización inicial, Romero Terán reagrupó sus fuerzas, creando la Unión Obrera Republicana (UOR), definida por él como la 'ex', la auténtica, Compactación Obrera[30].

Mientras, la CON original, nucleada alrededor de Pichincha, y sobre todo de su vínculo con la UPN, preparaba el camino hacia la nueva legislatura. A fines de marzo de 1932 se reunió en Quito la Asamblea nacional de la CON, muestra de su clímax, y punto crítico. Más de 500 asistentes, además de sendos delegados provinciales perfectamente acreditados, reunidos por dos días completos, que se iniciaron con la presencia

[30] Una brevísima síntesis de los hechos se tejió alrededor del curioso episodio del Estandarte. De acuerdo a reportes de prensa, tras la reacción al intento de autogolpe de Larrea Alba, un Comité de Damas bordó un estandarte nacional que fue obsequiado como homenaje al Directorio de la Compactación Obrera (entonces presidido por Romero Terán). Tras producirse los sucesos de enero y febrero del 32, Terán retuvo el estandarte, pese a las demandas de las Damas en cuestión; pagando eso sí, cárcel por el desacato. Detenido, Terán anotaba: "el bonifacismo no existe; el señor Bonifaz debe su triunfo a mí más que a nadie y yo soy hombre que no se arredra ante nada ni ante nadie." (Diario El Día, 25 de marzo de 1932, pg. 8)

del mismísimo candidato electo, Neptalí Bonifaz (Diario El Día, 28 de marzo de 1932, pg. 1). El cometido central del cónclave era acordar el mecanismo por el cual se definirían los candidatos 'oficiales' al nuevo Congreso Nacional, y especialmente, el candidato que postularía a la Senaduría Funcional por los obreros. En esta instancia actuó de nuevo la Unión Patriótica Nacional como enlace directo, y negociador, con y de parte de Bonifaz. Según el mecanismo acordado, una comisión mixta de ambas organizaciones establecería sendas listas en base a las sugerencias provinciales compactadas, mismas que una vez depuradas por la Comisión, se someterían a la aprobación de Bonifaz, y de la Asamblea Compactada (Diario El Día, 29 de marzo de 1932, pg. 2).

Era el reconocimiento del peso político de la CON, y la oportunidad para transformarla en algo más que puente discursivo, base proselitista y fuerza de choque. Curiosamente, el propio electo frustró esta posibilidad. Como lo insinuaron los comentaristas liberales, Bonifaz habría presionado para que la lista de candidatos a la legislatura tuviese mayoría de liberales moderados (Diario El Día, 1 de enero de 1933, pg. 1), dejando a medio camino la posibilidad de transformar a sus compactados en fuerza legislativa.

En cuanto a la senaduría funcional por los obreros de la sierra, la CON encontró un digno rival. Reactivada gracias precisamente a la polarización generada por el bonifacismo, la Sociedad Artística e Industrial de Pichincha (SAIP)[31] salió al paso de las pretensiones compactadas, procurando impedir que la senaduría funcional recayese en la candidatura propuesta por la Compactación. Para esto, desarrolló una intensa actividad que incluyó la generación de un 'mandato obrero' a cumplir por el representante electo, así como la convocatoria a tender puentes con las organizaciones obreras de la costa. En alguna parte, varios de los miembros de la SAIP convocaban además a

> Hacer el viraje de los organismos mutuales en sindicatos, porque esta estructura de organización corresponde al periodo actual social, ya que en su modalidad ejerce la acción directa, democratiza la

[31] Cabe recordar que la SAIP contaba con una larga trayectoria (había sido fundada en 1892), dentro de la cual destacaba su persistencia y resistencia ante las presiones liberales, y por ende sus no escasas polémicas con la organización laboral costeña, especialmente la Confederación de Obreros del Guayas (COG). Para los años treinta, la SAIP estaba particularmente alineada con las propuestas socialistas. Al respecto consultar Durán Barba, 1981; Luna Tamayo, 1989

> administración, juega la ofensiva y defensiva de la clase, atiende a los subsidios para los organizados y canaliza los sectores obreros para formar el frente único. (Diario El Día, 27 de marzo de 1932, pg. 8)

Estas ideas dominaron en la asamblea interprovincial obrera, convocada por SAIP entre el 10 y 11 de abril de 1932, que además de rechazar la candidatura senatorial de la Compactación, desconoció a ésta y a la UOR, cualquier tipo de representación obrera real (ver al respecto Bustos L., 1991). Sin embargo, pese al esfuerzo organizativo de la SAIP, la CON logró captar para sí la ansiada curul senatorial. Era, quizá, su último triunfo significativo.

Las ideas en las calles (IV): Contra el bonifacismo triunfante

Desde el otro lado, la reacción antibonifacista se repartió entre dos grandes corrientes que se entrelazaron durante este periodo: por un lado la acción directa, mediante diversos intentos por provocar una reacción social, especialmente desde el Ejército, que restara piso al Electo; por otro, la campaña discursiva por deslegitimar al candidato vencedor y provocar su descalificación por parte del Congreso de 1932.

Sólo por mencionar los principales intentos de acción directa: el levantamiento de Clotario Paz, antiguo colaborador del gobierno de Gonzalo Córdova y posteriormente partidario del socialismo vanguardista liderado por Luis Larrea Alba, en El Oro (Noviembre 1931); asalto civil cuartel del Batallón Manabí en Tulcán (enero 1932), movimiento promovido por Modesto Larrea Jijón, en rechazo a la elección de Bonifaz; toma de buques de la Armada en Guayaquil y del fuerte Punta de Piedra por partidarios de Idelfonso Mendoza (abril 1932), a fin de rechazar "la funesta amenaza conservadora" y el retorno del General Leonidas Plaza[32]

Especial importancia dentro de este tipo de acciones, por la visualización de las tensiones políticas y sociales existentes, tiene la manifestación estudiantil en Quito, del 1 de mayo de 1932. Convocada por los estudiantes de la Universidad Central, éstos mismos mantenían a su interior

[32] En efecto, el Gral. Plaza y su familia volvían al país de un largo autoexilio, y su retorno fue interpretado por algunos como una estrategia bonifacista para asegurarse el apoyo o la anuencia de figuras liberales históricas, como el mismo Plaza y Colón Eloy Alfaro, a su vez, amigo personal de Bonifaz y a quien se le había ofrecido incluso un cargo en el nuevo gabinete. Ver "Hombres y cosas del día", Diario El Día, 16 de enero de 1932, pg. 1.

varias diferencias, atenuadas por una común animadversión frente al bonifacismo; para algunos estudiantes la manifestación sería básicamente anti-conservadora y anticlerical (reivindicando la lógica liberal clásica), mientras para otros representaba parte de la lucha proletariado vs. capitalismo[33]. Con todo y división, la convocatoria generó las reacciones esperables del lado bonifacista, que convocó a su vez al boicot y el vacío[34]. De hecho, las diversas presiones habrían logrado que la Policía anticipara la no otorgación de permiso alguno para la manifestación[35], que se dio, por supuesto, de todas maneras.

Pese a continuos patrullajes del Regimiento Yaguachi durante todo el día de ese domingo 1 de mayo, los primeros grupos de estudiantes se reunieron, a partir de las 20:00, en la Casa del Estudiante, sobre la calle García Moreno, y de allí recorrieron hasta las Plazas San Blas y del Teatro, donde los líderes de la marcha, Jaime Chávez y Ricardo Paredes, pronunciaron sendos discursos, hasta que intervino la Policía y obligó a los estudiantes a replegarse hasta la Casa en la García Moreno (Diario El Comercio, 2 de mayo de 1932). Allí fueron recibidos por unidades militares, policiales y grupos de bonifacistas; algunos estudiantes ingresaron en la Casa del Estudiante; otros en casas vecinas y unos pocos en el local de la Asociación de Empleados, al frente de la primera. Pronto las fuerzas policiales forzaron la entrada a la Casa del Estudiante y reprimieron a quienes se habían refugiado en ella:

> A mí me empujaron hacia la Asociación [de Empleados], a cuyos balcones subí y desde allí fui testigo presencial del salvajismo con que las hordas de compactados y policías agredían a los estudiantes inermes. (…) Gendarmes y miembros de la Compactación Obrera se alinearon en los pasillos y el zaguán; empujaban a los estudiantes uno tras otro hacia la calle y descargaban terribles garrotazos donde podían, de preferencia en la cabeza. (Uzcátegui, 1975: 160)

El resultado, múltiples estudiantes y policías golpeados. Frente a la ola de rechazo público, la Policía y la Compactación argumentaron la violencia

[33] Ver Hoja Suelta "El caudillismo se desenmascara", 28 de abril de 1932, Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, No. 240.

[34] Ver Hoja Suelta "La Unión Obrera Republicana a los Obreros de la Nación por el primero de Mayo", 30 de abril de 1932, Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, No. 241.

[35] Ver Hoja Suelta "Al Público", firmada por el Intendente de Policía, V. Guerrero, del 2 de mayo de 1932, Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, No. 255.

de parte de los estudiantes, la contradicción a las disposiciones policiales respecto a la marcha, la injerencia de agentes 'extraños' al estudiantado, y por cierto, el rechazo a la anarquía y el desacato a la autoridad[36].

Para los detractores de Bonifaz, estas escenas eran repetitivas y alimentaban la fama de los compactados bonifacistas como 'fascistas criollos', 'buenos fascistas' (Uzcátegui, 1975), 'camisas sucias' (Muñoz, 1988):

> Estas no eran escenas aisladas (...) ¿Podía un hombre consciente de los terribles peligros que se avecinaban y que habían comenzado a desencadenarse con tanta anticipación, contribuir de alguna manera al ascenso de un régimen claramente fascista en su país? (Uzcátegui, 1975: 162)

Mientras la acción directa no logró resultados, el ataque simbólico resultó mucho más eficaz.

La lucha simbólica: la nacionalidad del Elegido

Las elecciones legislativas de 1932 representaron una segunda victoria para el bonifacismo y los liberales cercanos al gobierno provisional. Aparentemente el camino hacia el poder estaba expedito.

Del lado contrario apenas restaba la trinchera del descrédito del Electo. El cuestionamiento a la nacionalidad de Bonifaz apareció muy tempranamente; la primera referencia hallada al respecto data de septiembre de 1931, pocos días después de la aceptación pública de su candidatura, cuando una comisión de partidarios visitaron al encargado del poder, Crnel. Larrea Alba y le entregaron información probatoria de la nacionalidad del flamante candidato (Diario El Día, 24 de septiembre de 1932, pgs. 1-2). Extrañamente, el tema no mostró mayor presencia durante las campañas electorales presidencial y legislativa, y recién retomaría impulso tras el triunfo electoral legislativo del bonifacismo[37].

---

[36] Ver Hojas Sueltas "Por el orden social y la justicia" (Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, No. 263), "Al Consejo de Estado y la Compactación Obrera Nacional" (Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, No. 268) y "Al Público" (Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, No. 255)

[37] El debate en torno a la nacionalidad del candidato fue extenso y complejo, y excede el objeto de esta investigación. Sin embargo, para quien interese el tema, quizá su más completa revisión sea la realizada en Barrera, 1950.

Entonces, la actividad antibonifacista se volvió frenética:

> entablamos una lucha ardiente, le combatimos a Bonifaz en las calles y plazas del Ecuador con duros enfrentamientos (…) se publicaron seis periódicos de izquierda, cada día circulaba uno, haciendo la campaña contra Bonifaz, acusándolo de peruano, ya que tenía "fe de bautismo" peruana; se le trataba con toda clase de duros epítetos, era una gran campaña contra el traidor, candidato representante de la plena reacción y que resultó triunfador. (Muñoz, 1988: 65)

Ni siquiera los altos funcionarios públicos se sustrajeron a 'la lucha'. Refiriéndose al Dr. Manuel Ma. Borrero González, Presidente de la Corte Suprema de Justicia entre marzo y diciembre de 1932, el historiador Pérez Pimentel relata:

> Ese año combatió al Presidente electo Neptalí Bonifaz Ascázubi a través de tres diarios capitalinos que publica a las 8 de la mañana, a las 12 del día y a las 6 de la tarde (…) Bonifaz fue descalificado en el Congreso Nacional por escaso margen de 38 votos a favor y 46 en contra de un total de 84 congresistas. Esa descalificación en gran parte se debió a la prensa chica que hacía conciencia en el país sobre la peruanidad del candidato triunfante. El doctor Borrero estaba feliz, había triunfado su tesis y regresó a las sentencias, con la frente en alto y orgulloso por la labor cumplida. (Pérez Pimentel, 2008a: s/p)

A tal punto arreció la campaña, que el mismo Bonifaz hubo de publicar un manifiesto público al respecto, en julio de 1932. Su efecto fue sin embargo contradictorio. La interpretación realizada por El Día era apocalíptica:

> el señor Bonifaz publicaba un Manifiesto a la Nación en que confesaba que, a causa de mal ponderados intereses y de su despreocupada juventud, se atribuyó en efecto la nacionalidad peruana (…) Añadía que sin embargo, es ecuatoriano y será Presidente, con el apoyo del ejército y de las clases trabajadoras, dispuestas, lo daba a entender, a conseguir por la fuerza "la efectividad de la voluntad nacional demostrada en el sufragio". (Diario El Día, 1 de enero de 1933, pg. 3)

La reacción se dio también al interior de las propias filas: el congresista electo por el bonifacismo en Guayas, Dr. Leopoldo Izquieta Pérez,

resolvió, junto con el resto de la bancada provincial, apoyar una eventual descalificación[38], debido al malestar por las erráticas justificaciones de Bonifaz (éste atribuyó sus declaraciones de ciudadanía peruana a la precaución familiar para resguardar las propiedades familiares de los afanes confiscatorios de Eloy Alfaro, a inicios de siglo).

Considerando los argumentos jurídicos sustentados por el bonifacismo, el periódico liberal El Día resumía bien la situación desde su punto de vista:

> El hombre moderno no se halla perseguido por los fueros de la edad media, y es libre para optar por la nacionalidad que le convenga. Basta para ello que sea mayor de edad. El señor Bonifaz, siéndolo, ha elegido indistintamente la nacionalidad peruana en ciertos actos y la ecuatoriana en otros. Jurídicamente las pruebas están equilibradas; pero moral y políticamente esa dubitación habla de la debilidad del sentimiento nacionalista, de la supeditación del sagrado vínculo que ata al hombre con su país, su pueblo y su Estado, a intereses de familia o a consideraciones de cualquier otro orden. (Diario *El Día*, 5 de julio de 1932, pg. 3)

Algunos sectores bonifacistas empezaban a sospechar además una eventual 'traición' del gobierno provisional de Baquerizo Moreno (Diario El Día, 5 de agosto de 1932). Traición por otro lado, cuidadosamente alimentada por sus contrincantes: "Más de una vez díjele [dice Modesto Larrea Jijón en referencia a Baquerizo Moreno]: 'No conspiramos contra usted ni su gobierno. Nuestra conspiración es contra el estado de cosas provocado por el triunfo electoral de un extranjero." (Larrea Jijón, 1957: 27-28).

Cuando las 'pruebas' (y sin duda las críticas) se volvían más sensibles, al final la posición del Gobierno provisional cedió, dando al traste con el implícito respaldo a Bonifaz:

> "He hecho traer a mi despacho por el Jefe Político señor Enrique Bustamante los Libros del Registro Civil con las partidas de inscripción de los hijos de Bonifaz en las que constan sus declaraciones de ser ciudadano peruano". Y echándose para atrás en el sillón presidencial, movimiento muy acostumbrado por el Presidente cuando hablaba con importancia, añadió: "Bonifaz no subirá a la Presidencia". Desde

[38] Ver Paz, 1938; Troncoso, 1958

> aquel momento el destino político del candidato conservador se encontraba maleado. En efecto, desde aquel momento, aunque tardío, el gobierno cambiaba posiciones y, posiblemente, influyó ante sus amigos del Congreso nacional para que el candidato conservador fuera descalificado. (Larrea Jijón, 1957: 30-31)

El 13 de agosto, una carta abierta dirigida a Bonifaz por el entonces Ministro de Obras Públicas, Jerónimo Avilés Aguirre, resumía la reacción pública que se multiplicaba rápidamente:

> Abandonó usted la ciudadanía ecuatoriana por mandato de su Mamá y por el temor de los desmanes de Alfaro, del padre de su AMIGO[39], para precautelar sus intereses! Cambió Ud. su nacionalidad por el apego a la materia que constituía su fortuna! (…) Si la causa de esa nacionalidad dual la atribuye usted al General Don Eloy Alfaro; al temor de confiscación de sus bienes, ¿cuál fue entonces la raigambre que lo unía a usted a las glorias de nuestra pequeña pero altiva patria? La nacionalidad de usted ¿en qué estaba fundada? (Diario *El Día*, 13 de agosto de 1932, pg. 1)

La oposición a Bonifaz había encontrado, al fin, su piedra de toque.

Las ideas en las calles (V): acción colectiva en vísperas de la descalificación

Para este momento, agosto de 1932, el nuevo Congreso estaba instalado ya y su primer reto era precisamente realizar el escrutinio oficial y la calificación de la candidatura triunfadora. Y mientras las cartas se echaban en las altas esferas, la lucha pública se multiplicaba. Una de las alternativas era negociar la renuncia de Bonifaz, a cambio de que el Congreso sellara definitivamente el asunto de la nacionalidad y reconociese su victoria en las urnas. Sin embargo, Bonifaz pretendía también debilitar la oposición en la Cámara del Senado, demandando la correspondiente renuncia de su presidente, Alberto Guerrero Martínez, ante lo cual ésta resistió. Uno de los legisladores inmiscuidos en las negociaciones, relató al Diario El Universo las palabras del Electo:

[39] Referencia a Colón Eloy Alfaro, amigo personal de Bonifaz.

> Mis condiciones son sine qua non. Si el Senado no las acepta, que me descalifiquen si pueden … pero yo les garantizo que mañana correrá sangre por las calles de Quito que llegará hasta los tobillos. Yo tengo en estos momentos quince mil hombres, toda gente decidida. Saldrán tropas a contenerlos, pero, por mi palabra, la tropa no me refiero a los Jefes y a los oficiales, que son mis enemigos, sino a la tropa, no disparará pueblo contra pueblo. (Diario El Día, 25 de agosto de 1932, pg. 3, citando al Diario *El Universo* del 24 de agosto)

La maquinaria parlamentaria continuó. El Ministerio de Gobierno y la Intendencia de Policía lanzaron públicas advertencias, especialmente a los compactados, de evitar actos violentos en las barras del Congreso, y el mismo Bonifaz se sumó a los pedidos; en las calles, sin embargo el ambiente era poco auspicioso.

La noche del sábado 13 de agosto, una manifestación de bonifacistas se concentró en los bajos de la sede de la CON (Chile No. 53, frente al entonces ministerio de Relaciones Exteriores); según Diario El Comercio (14 de agosto de 1932, pg. 1), entre los manifestantes se hallaban representantes de las diversas Compactaciones de barrios urbanos y parroquias rurales, "presididas por sus respectivas banderas", y diversas agremiaciones. Aproximadamente a las 19:30 empezó el desplazamiento, siguiendo las calles Pichincha y Rocafuerte hasta llegar la Plaza de Santo Domingo; en este punto, Diario El Comercio estimó los participantes en 6 000 personas, que "cubrían unas siete cuadras, ordenadas en hileras apiñadas de unos ocho o diez en fondo" (14 de agosto de 1932, pg. 1)[40].

Diario El Día llamaba la atención sobre los participantes:

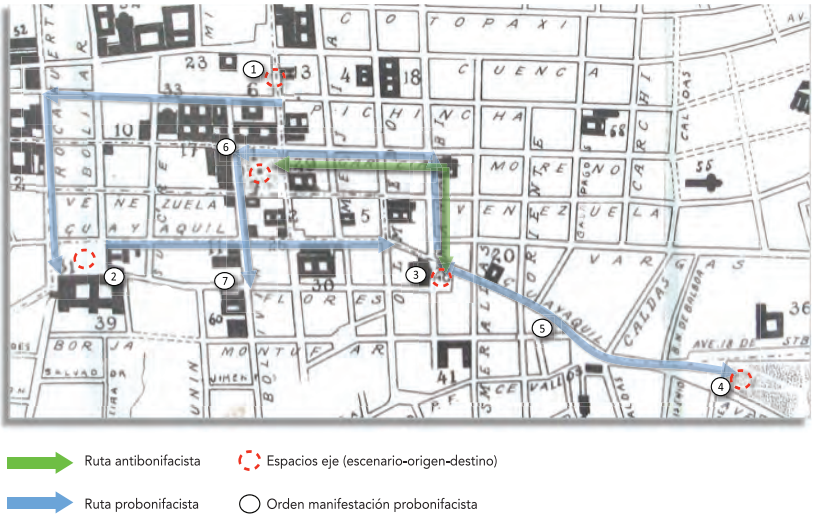
> muchísima gente había sido traída de diferentes campos y haciendas de esta provincia en autobuses y con el halago de un premio pecuniario consistente en dos y tres sucres (…) elementos perfectamente desconocidos, campesinos (…) que estaban bien para abultar la manifestación (…) En todo el trayecto vivaban al señor Bonifaz, al Ecuador, el Ejército, la Constitución y otros gritos producidos por la muchedumbre que desconoce el valor de los términos que enuncia. (Diario El Día, 14 de agosto de 1932, pg. 1)

[40] Estimado confirmado por Diario El Día, en su memoria anual de estos hechos, del 1 de enero de 1933.

Al llegar a la Plaza del Teatro, la manifestación bonifacista se encontró con otra de izquierdistas, más pequeña, que se habían reunido para hacerle contrapeso. Para El Día, los manifestantes de izquierda eran, en cambio, "un gran núcleo de elementos de valor intelectual", que tras reunirse en la Plaza de la Independencia, desfilaron por las calles García Moreno y Manabí, hasta la Plaza del Teatro, en donde se enfrentaron con los bonifacistas. El resultado: un bonifacista muerto de bala, y múltiples heridos y golpeados. Las cosas no se complicaron más, gracias a la pronta y ruda intervención de efectivos de la policía y de la Caballería Yaguachi. Tras los enfrentamientos, el grupo de izquierdas retornó por la misma ruta hasta la Plaza de la Independencia.

Mientras, la manifestación bonifacista continuó hasta el parque de la Alameda, para retornar luego por la Guayaquil, Manabí, García Moreno y Bolivia, para terminar en un 'meeting' bajo el balcón del domicilio de Bonifaz, en la Bolivia y Flores; allí el cierre lo protagonizaron sendos discursos del Electo y algunos de sus colaboradores, en medio del canto a coros del himno nacional.

Mapa Nº 4
Circuito de manifestaciones pre-descalificación (13-10-1931)

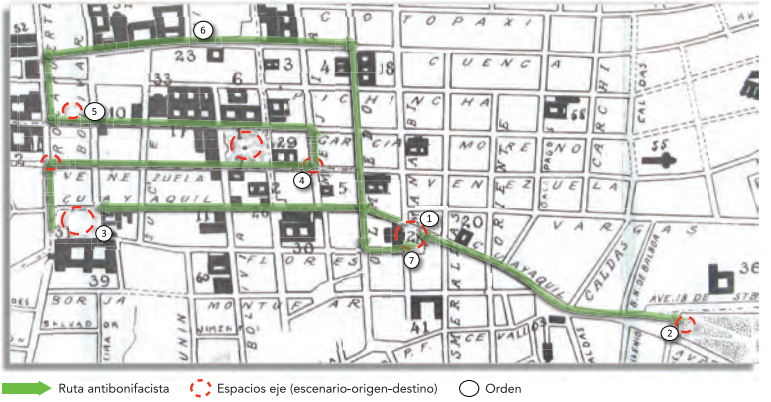


Detalle del plano de la ciuadad de Quito. Hecho para actividad. 10 de agosto de 1931. Mapoteca de la biblioteca Aurelio Espinosa Pólit
Fuente: Eaboración propia

El pulso de fuerza en las calles no podía terminar sino en empate. El 16 de agosto, los grupos antibonifacistas convocaron a una amplia manifestación, cargada de símbolos y discursos. Inicialmente en la Plaza del Teatro, a partir de las 16:30, se reunieron representaciones de estudiantes universitarios, docentes secundarios y universitarios, militares retirados, funcionarios públicos y obreros hasta sumar suficientes personas como para llenar cuatro cuadras[41] (Diario El Comercio, 17 de agosto de 1932, pgs. 1-8). Desde la Plaza del Teatro, la multitud se dirigió a la Alameda, donde se escucharon varios discursos, para después volver los pasos hacia la Plaza de Santo Domingo, por la calle Guayaquil; en el trayecto se cantaba el Himno Nacional, y se vivaba "al Ecuador, al Honor Nacional y a la República Socialista" (op.cit.).

De Santo Domingo la manifestación siguió por la calle Rocafuerte hasta entrar en la Venezuela, donde hizo dos paradas, una para escuchar más discursos desde los balcones del Hotel Savoy, y otra frente al Diario El Día (Rocafuerte y Mejía), para de allí tomar la García Moreno hasta la Rocafuerte, haciendo una nueva parada con más discursos, frente a la Casa del Estudiante. Luego pasó a la intersección entre Cuenca y Olmedo, desde donde retornó a la Plaza del teatro, por la Flores.

Mapa Nº 5
Circuito de manifestaciones pre-descalificación (16-10-1931)



Detalle del plano de la ciudad de Quito. Hecho para actividad. 10 de agosto de 1931. Mapoteca de la biblioteca Aurelio Espinosa Pólit
Fuente: Eaboración propia

[41] Para Diario El Día, en su edición del 1 de enero de 1933, el número de manifestante habría sido de 10 000 personas 'urbanas'.

No puede saberse cuánto de esto repercutió en el Congreso. Lo cierto es que pocos días después, precisamente este Congreso, originalmente formado en base a listas revisadas y aprobadas por el propio Electo, en sesión reservada y nocturna, resolvió, a la vez, reconocer el triunfo electoral de Bonifaz, y descalificarlo por no reunir "las condiciones que requieren la Constitución y las Leyes" para el desempeño presidencial. La votación final fue de 48 votos a favor de la descalificación, y 38 en contra. Era la medianoche del 20 de agosto de 1932.

Capítulo IV
La Guerra de los Cuatro Días

Esos soldaditos ensangrentados son de diversos batallones. En camas seguidas se acogen enemigos. Pero allí el dolor les une. Hermano, le dice al contrario, por qué nos matamos así?

Enrique Garcés, *Bajo una lluvia de balas*, 1933[42]

La batalla de Quito

La reacción violenta frente a la descalificación de Bonifaz no era ningún secreto. Un año de creciente violencia y polarización no dejaba dudas de que un acto político de tal magnitud no pasaría desapercibido, pese que los Jefes militares garantizaron que el ejército haría respetar la decisión congresil, cualquiera fuere. Además, dado el papel y afinidad que la Policía mostró para con Bonifaz y sus huestes, producida la descalificación se tramitó también el reemplazo del Intendente Virgilio Guerrero, por el oficial con más afectos liberales, Filemón Borja. Por su parte, los activistas de izquierda, seguros de que habría una respuesta violenta del lado compactado, tejían ya estrategias de lucha y escape (Uzcátegui, 1975).

El silencio bonifacista era el peor indicio. En público, destacaba la discreta salida de Bonifaz a sus propiedades rurales, pero la actividad más grave no era pública. Los secretos resortes bonifacistas nunca se habían detenido. Ya en noviembre de 1931 corrían denuncias del libre acceso de los compactados a los cuarteles, para pertrecharse. Al parecer la mecánica inmediata fue distinta, y habría consistido en el continuo registro de voluntarios compactados en las filas militares[43].

Por otro lado, las redes de contacto con la tropa, ya usadas en ocasiones anteriores, funcionaban al tope, a decir de las diversas denuncias y preocupación que estilaban los medios liberales[44].

---

[42] Garcés, 1933; Pareja Diezcanseco, 1959: 19

[43] Acorde a una denuncia referida en Luna Tamayo, 1988: 216, según la que durante esta época se habría autorizado el enrolamiento de voluntarios en la Primera Zona militar tan sólo mediante la presentación del registro de afiliación a la CON.

[44] Ver editoriales del Diario El Día, del 26 de agosto de 1932.

La piedra de toque lo eran, claro, las unidades militares, y especialmente aquellas para entonces acantonadas en la plaza de Quito. Algunas tenían una larga historia. El Batallón de infantería Constitución había servido como refugio y soporte al presidente Ayora y su Gabinete durante sus últimas horas de ejercicio, en agosto del 31; además, fue una de las unidades que rechazaron la intentona de autogolpe de Larrea Alba. El Regimiento de caballería Yaguachi, mientras, había apoyado a Ayora en la intentona de golpe en marzo de 1927, y en el conflicto de agosto de 1931; durante el autogolpe de Larrea Alba sufrió una seria división, y por último, fue el encargado del orden durante las manifestaciones contra El Comercio y Luis Felipe Borja, en septiembre del 31. El Batallón Manabí por su lado, fue precisamente la unidad que resistió y rechazó el asalto civil de partidarios de Modesto Larrea, en Tulcán, entre el 31 de enero y el 1 de febrero de 1932.

Sin embargo, la 'joya de la corona' era el Regimiento Bolívar, histórica unidad élite de artillería y responsable del polvorín del ejército en Quito. En 1925 fue actor fundamental del levantamiento juliano; en 1931 una facción del regimiento apoyó la salida de Ayora y fue la unidad clave en el fracaso de la intentona de Larra Alba ese mismo año. Sobre esta unidad en especial recayeron las expectativas y las conspiraciones políticas más profundas.

La evidencia de un movimiento era tal que incluso otras unidades tomaban posiciones mientras se esperaba los acontecimientos. Según testimonios de soldados del regimiento de artillería No. 2, Sucre, acantonado en Riobamba, ya a fines de junio del 32 había perfecta claridad de lo que acontecía en torno al regimiento Bolívar, y al respecto la unidad Sucre había decidido ya que en su caso se sumaría a la decisión del Congreso. Es interesante observar los mecanismos de transmisión de información:

> Con el primer Batallón que establecimos este acuerdo [el de sumarse la decisión legislativa] fue con el "Carchi", por medio de su 2º. Jefe, Mayor Jesús Heredia, unidad que en compañía del "Sucre" trabajaba diariamente el campo de aviación de Riobamba y guardábamos buenas relaciones. Uno o dos oficiales se ofrecieron a irse a Ambato a poner en conocimiento de sus compañeros y buscar adhesiones en el ´Chimborazo´ de guarnición en esa plaza. El Teniente de Ingenieros Miguel A. Estrella, encargado de la construcción de los pabellones de San Nicolás, se ofreció poner

> en conocimiento de la unidad a la que pertenecía, y todos nos encargamos de difundir el acuerdo y la fórmula en el resto de la República –excepto en Quito, como ya dijimos-. (Merchán, s/f: 6-7)

De estos movimientos estaban bien enterados los altos mandos.

Días después de la descalificación presidencial, y dos antes del levantamiento, el gobierno nacional programó un homenaje al Mariscal Antonio José de Sucre, en Quito. Para el efecto llamó a un grupo de soldados y oficiales del Regimiento Sucre para que participaran. Con el mismo argumento se convocó al Batallón de infantería Montúfar. Las razones de este movimiento eran oscuras hasta años después de los sucesos.

Para unos, pretendía disuadir a los hombres de la Bolívar modificando el equilibrio de fuerzas en Quito (al parecer el Alto Mando creía contar con la lealtad de los Batallones de infantería aparcados en la ciudad), y la llegada del destacamento del Sucre, también de la rama de artillería, pretendía tener un grupo claramente adepto al gobierno, en el mismo cuartel del regimiento potencialmente revoltoso.

Para otros, extrañamente de la propia unidad Sucre, la razón pudo haber sido más retorcida: ubicar en Quito a unidades leales al Congreso para forzarles a plegar a un movimiento contrario a él, o en su defecto, ser sometidos por la fuerza (Varios, 1933).

Como hubiera sido, ninguna fórmula funcionó. La madrugada del sábado 27 de agosto, varios disparos fuera del cuartel del Regimiento Bolívar[45] precedieron a grupos de civiles que se dirigían apresuradamente a sus alrededores. En el interior, los oficiales procuraban identificar y detener a los cabecillas, desatándose violentos enfrentamientos con la tropa[46]. En medio de la refriega, la sección del Regimiento Sucre tomó posiciones, enfrentándose cara a cara con las baterías del Bolívar, también listas para disparar. La escena del diálogo forzoso entre el oficial a cargo de la sección del Sucre, y uno de los sargentos al frente de las baterías del Bolívar, resume simbólicamente el enfrentamiento:

---

[45] Para entonces el Cuartel de San Juan, antes ocupado por el Batallón Chimborazo, al final de la explanada formada entre las calles Checa y García Moreno, actualmente Centro Cultural, antiguo sanatorio militar, tras el colegio Mejía

[46] De hecho, algunos soldados afirmaban que los oficiales habían ordenado no sólo detener sino eliminar a los cabecillas

> "qué piden ustedes, -les dice-, ¿Por qué se manifiestan así contra sus oficiales? .. ¡Esta mañana han enlutado la gloria de la 'Bolívar'!. ¡Canallas! .. ¡Asesinos!" (...)
>
> "Mi capitán: nosotros no somos personalistas; no queremos que el Sr. Bonifaz suba a la fuerza, sino deseamos que el Congreso explique las verdaderas causas de la descalificación, ya que nuestros señores Oficiales nos lo ocultan todo ... y no sabemos nada, absolutamente, sobre este particular .. Ellos, los Sres. Oficiales, tan solo quieren a la fuerza imponernos su voluntad dictatorial .." (...)
>
> "Conozcan, soldados, que nosotros sólo debemos obedecer a lo que hace el Congreso (...) ya que él tiene un personal tan preparado que bien sabe las cosas cómo las hace"
>
> "serán los Congresistas unos sabios, -dice-; pero a nuestro criterio, han sido y seguirán siendo los responsables de todo (...) ¡Acaso es poco, mi Capitán!, el que nos dejen burlados estos señores y nos avergüenzen en los derechos cívicos que nos corresponden por derecho de ciudadanos? ..... ¡Es una injusticia, mi Capitán, lo que acaban de hacer, y son ellos mismos los que han violado la Constitución ...!!" (...)
>
> "Terminemos, -indica-; parece que ustedes han estudiado más para tinterillos que para soldados"
>
> "Mi Capitán, le dice, el soldado debe mucho saber para llegar a ser algo pues de nó, nos confunden con los rebaños de ovejas ... los civiles nos meten gato por liebre ... Y .. ¡aprenderá lo que es la Constitución! Hasta luego" (Rueda, 1939: 35-36)

Ante la situación, la oficialidad y el grupo del Sucre, decidieron deponer las armas y abandonar el cuartel, sin la oposición de la tropa del Bolívar.

Mientras, los ecos del pronunciamiento se regaban; el mando militar y el Ministro de Guerra –desvelados hace días por la inminencia de la revuelta-, iniciaron un recorrido por los cuarteles Manabí y Constitución, al mismo tiempo, al parecer, que impartían órdenes para el ataque al regimiento Bolívar por parte del resto de unidades de la guarnición de Quito. Tras una brevísima y tensa estancia, pasaron del Cuartel del Manabí al de la unidad Constitución (ubicado al lado del convento de Santo Domingo,

actualmente Colegio San Fernando); pese a la oposición de la oficialidad y la presencia del mismísimo alto mando, la soldada se rebeló al grito de "viva la Constitución no rota! …viva Bonifaz!" (Chiriboga, 1932: 717). Los oficiales y el alto mando abandonaron apresuradamente el cuartel, al tiempo que llegaban y eran recibidas cordialmente comisiones de soldados de la Bolívar y la Policía Nacional (Troncoso, 1958: 166).

Mientras, en el cuartel del Batallón Manabí (entre las calles Esmeraldas y Montúfar), nuevas comisiones de soldados de la Bolívar y la Policía, comunicaban a los soldados sobre el ataque de los oficiales a la tropa de la primera, así como del supuesto intento dictatorial de Baquerizo Moreno. A las 05:30, mientras los hombres se enteraban de las maniobras del Batallón Montúfar para rodear a la Bolívar, los oficiales agotaban sus últimos intentos para controlar a la tropa: "entre tanto los Oficiales nos seguían aconsejando que NO APOYEMOS A NINGÚN HOMBRE, NI LA AMBICIÓN DEL PUEBLO TORPE que estaba azuzado por CURAS y CURUCHUPAS." (Varios, 1933: 34). Al final, la mayoría de oficiales abandonó también el cuartel para dirigirse al Sur de la ciudad.

La estrategia de atacar a la Bolívar fracasó pronto: mientras el Batallón Montúfar tomaba posiciones en los altos de San Juan, la Policía Nacional rodeaba su retaguardia; la Caballería Yaguachi abandonó al tiempo la ciudad, enfilando hacia el sur, en tanto las unidades Constitución y Manabí reafirmaban su solidaridad con la Bolívar.

Al final, dentro de la ciudad, tres unidades formaron el bloque 'defensivo': regimiento Bolívar y batallones de infantería Constitución y Manabí; a ellos se sumaron los miembros de la Policía Nacional y voluntarios civiles, en mucho miembros de la CON[47], provistos de armas repartidas por los propios soldados insurrectos. Mientras, el alto mando, los Ministros de Guerra y Obras Públicas y el Presidente del Senado, viajaban a Riobamba, junto a las unidades de caballería Yaguachi y batallón de ingenieros Montúfar.

Según avanzaba el día fue notándose el peculiarísimo desgrane de los pocos oficiales que habían permanecido con las tropas en Quito: además de aquellos que salieron inmediatamente, otros fueron desapareciendo gradualmente durante el día y hasta la mañana del domingo, según se repartían para dirigir –supuestamente- diversas tareas defensivas, fuera

[47] Revisar especialmente Norris, 1968; Troncoso, 1958.

de los cuarteles (Varios, 1933: 28-29, 35-36). Para ese domingo 28, la guarnición de Quito era un conjunto de soldados, sargentos y un puñado de oficiales, sin liderazgos reconocidos[48].

La actividad política en la ciudad, durante todo el 27, apuntó a regularizar el nuevo orden: una comisión legislativa probonifacista[49] recibió el encargo de iniciar negociaciones para lograr la renuncia del Presidente Baquerizo Moreno, al momento refugiado en la legación diplomática argentina. Simultáneamente, grupos de soldados y civiles armados 'colectaban' a diputados y senadores en la ciudad, procurando reunir a las cámaras y legalizar los cambios.

Mientras, un grupo de amigos buscaba y convencía a Bonifaz de volver de inmediato a Quito (Ortiz Bilbao, 1989). Su primera tarea fue justamente reunirse con Baquerizo Moreno y convencerlo de la conveniencia de su renuncia, quien en efecto dimitió, nominando al bonifacista Carlos Freile Larrea como Ministro de Gobierno (y por ende sucesor al cargo presidencial, conforme los preceptos constitucionales). Una de sus primeras acciones fue despachar una comisión de paz hacia el sur, con apoyo del cuerpo diplomático asentado en Quito, y al que se había solicitado sus buenos oficios (Norris, 1968).

La segunda tarea del Electo fue distinta y simbólicamente contradictoria. Durante la noche del 27 de agosto, Bonifaz se dirigió a la multitud desde el balcón de su casa en Quito, afirmando su negativa a acceder al poder vía un golpe y menos investirse como dictador. Era su desligue del pronunciamiento militar:

> con voz estentórea, apenas se calmaron los entusiastas aplausos y aclamaciones con que fue recibida su aparición, exclamó como para que se le oyera en todo el país: "Yo no he venido a hacer la

[48] El mando del Regimiento Bolívar quedó en manos de los Tenientes Juan Mariscal y Luis A. Rueda, éste último perteneciente al regimiento Córdova, y que se hallaba de visita en el cuartel de la Bolívar en esos momentos (Varios, 1933); el Batallón Manabí quedó al mando de un Teniente Oleas; a cargo del Batallón Constitución los tenientes Hurtado y Proaño, y un subteniente Ponce (Salvador, 1936); Freile Larrea, encargado del poder en los primeros días de revuelta, nombró Jefe de Zona al Cmdte. Juan Ignacio Pareja (Troncoso, 1958), y el comando general de las unidades defensoras se encargó al Tnte. Crnel. Carlos Salvador, militar retirado (según Norris, 1968:52)

[49] Conformada por los diputados José Vicente Trujillo, Mariano Suárez Veintimilla, Julio Teodoro Salem y José Ma. Velasco Ibarra, éste último a la sazón Presidente de la Cámara de Diputados, tras la renuncia del titular Rosendo Santos, en protesta por la descalificación de Bonifaz (Troncoso, 1958: 167; Norris, 2005:139)

> revolución. Yo no he querido la Presidencia de la República ni por la puerta de calle, mucho menos puedo querer entrar por la ventana. Que se reúna el Congreso y que me califique, sin infringir la Constitución ni las Leyes (...) Les agradezco y les pido que se vayan tranquilos a sus casas". Y entró en el salón cerrando la ventana. Y no se volvió a escuchar ningún aplauso, antes bien, me pareció que comenzaba a insinuarse entre la muchedumbre un sordo rumor, como de desilusión y reproche, pero que no prosperó. (Ortiz Bilbao, 1989: 41)

La reacción de la gente y los soldados, aquellos que durante la mañana habían arriesgado el grito "Dad a Dios lo que es de Dios y a Bonifaz lo que es de Bonifaz"[50] en abierto desafío a sus oficiales, fue abandonarlo gradualmente. Tras su discurso en el balcón, la figura de Bonifaz se desvanece gradualmente hasta casi desaparecer de los registros testimoniales y de prensa de esos días y los posteriores[51].

Durante el domingo 28 de agosto, Freile Larrea continuó su esfuerzo de regularización, realizando modificaciones en el gabinete y comunicando a las diversas unidades militares el cambio de autoridades; por la noche además, pudo reinstalarse el Congreso, que resolvió reconocer su nombramiento.

Sin embargo, la comisión de paz despachada, había fracasado: estaba confirmada la concentración de tropas al sur y la marcha de unidades desde el norte del país; el punto de concentración de fuerzas del sur se trasladó a Latacunga, donde llegaron las unidades Carchi, Montúfar, Chimborazo, Sucre y Yaguachi, a las que se sumaron cuerpos de voluntarios civiles y de la policía de Guayaquil, y voluntarios de Latacunga. Se había establecido además el comando de campaña, encabezado por el Ministro de Guerra del gabinete de Baquerizo Moreno, Leonardo Sotomayor y Luna, y en la jefatura militar, el Gral. Ángel Isaac Chiriboga, Inspector General del Ejército.

Al norte, las unidades Pichincha y Calderón se combinaron con una brigada de milicianos de Carchi, al mando de Modesto Larrea Jijón, concentrándose el 28 en Otavalo. En conjunto, las fuerzas combinadas

[50] Expresión manifestada por soldados del regimiento Constitución frente a sus oficiales, la madrugada del 27. Ver Troncoso, 1958

[51] El peso del perfil de liderazgo político, y su específica representación en el caso de Bonifaz, es desarrollado en López B., 2008a

del norte y sur representaban una fuerza de alrededor de 2 000 soldados y milicianos. Las fuerzas en Quito sumaban alrededor de 1 000 hombres[52].

La desigualdad numérica, la ventaja operacional (gracias al dominio de comunicaciones y transporte ferroviario) y la presencia de oficialidad militar indicaban fortalezas indiscutibles de las fuerzas del cerco a la ciudad. En Quito, pese a contar con la unidad de artillería más fuerte del ejército (Bolívar) y con el principal depósito de armas y municiones, la ausencia de liderazgo militar, las limitaciones del terreno y del entorno (la ciudad estaba a sus espaldas), eran determinantes.

El lunes 29 se iniciaron las hostilidades. La estrategia de las tropas del sur era atacar el centro (Panecillo), Oriente (Puengasí y hoya del Machángara) y el occidente (La Colmena), todo con apoyo de artillería pesada, ubicada en la zona de San Bartolo, y el activo papel de la aviación, utilizada por primera vez con fines bélicos[53]. Las tropas del norte, en cambio, tenían como prioridad derrotar al cuartel del Regimiento Bolívar; para ello, el regimiento Calderón debía tomar el Itchimbía para instalar artillería que disparase sobre el cuartel de San Juan. Las tropas de la ciudad en cambio desplegaron artillería pesada en el Panecillo y en el cuartel de San Juan, y líneas de destacamentos de defensa en zonas estratégicas: flanco occidental del Panecillo, puentes Alfaro y del Machángara (avenida Maldonado), molinos del Censo (actual avenida Pichincha), cima del Itchimbía, San Juan – Miraflores; se formaron además patrullas móviles para circular rápidamente dentro de la ciudad.

El desarrollo de las acciones mostró lo caótico y difícil del enfrentamiento. El primer choque fue a distancia: a las 08:40 las baterías ubicadas en el Panecillo dispararon sobre las columnas de avanzada del ejército del sur, que se repartió en varias direcciones. En el eje central de avance (carretera nacional, hoy avenida Maldonado), pronto se descubrió grupos de defensa ubicados en el camino de El Censo a la Tola (actual avenida Pichincha), los bosques anexos al entonces Colegio de la Providencia (convento de la Inmaculada Concepción, actualmente calle Upano), la cuesta de la Alpahuasi, la Fábrica La Internacional (actualmente zona entre las calles Tababela y de la Torre, al lado de la avenida Maldonado),

[52] En base a los cálculos estimados en Varios, 1933 y Troncoso, 1958.

[53] El aeroplano piloteado por los capitanes Renella y Mantilla, con base en el aeródromo de Latacunga, actuó como unidad de observación de los movimientos defensivos de la ciudad, así como enlace entre los ejércitos sur y norte, y medio de 'intimidación' de las unidades defensoras. Ver Chiriboga, 1932

la estación de ferrocarril de Chimbacalle, y el bosque anexo al Puente Alfaro (actualmente zona entre las calles Ricardo Jaramillo y Mariano Maldonado). Los partes oficiales constataban la tenaz resistencia hallada:

> La acción (...) de atacar los núcleos de resistencia inmediatos a la carretera nacional [actual av. Maldonado], en las fábricas de tejidos, tuvo que ser sucesivamente reforzada, durante este primer día de acción (...) debido a varias ofensivas y contra-ataques que el enemigo realizó en este sector y a la sistemática y tenaz resistencia, en el cual, apoyado en los ya citados centros de resistencia, mantenía una ofensiva audáz, que produjo varios repliegues de nuestros elementos avanzados. (Chiriboga, 1932: 736)

> Tal como en el frente, carretero nacional, en este de Alpahuasi, tócanos reconocer que la sistematización defensiva enemiga había sido hábil y bien dirigida. Los fuegos cruzados de las armas pesadas y livianas impedían, materialmente, el avance de nuestras tropas, por lo que el progreso de ellas, al principio, fue lento y limitado y, posteriormente, detenido por lo que tuvieron, también los nuestros, que aferrarse al terreno. (Chiriboga, 1932: 737)

La artillería Sucre ubicó sus baterías en San Bartolo, desde donde atacaba a las piezas emplazadas por los defensores en el Panecillo. La lucha fue encarnizada; el regimiento Sucre desplazó sus baterías a la altura de la Estación del Inalámbrico (actual Recreo) y cañoneó la cima del Panecillo[54]; mientras, el batallón Carchi sorteaba una auténtica red de tiradores ubicados alrededor del ascenso a la cima. Sin embargo, para el atardecer, las tropas de Quito fueron derrotadas, retomando líneas defensivas entre el Arco de la Magdalena y la calle Ambato (Salvador, 1936: 9), además de estratégicos puntos de tiro a distancia desde San Diego y San Juan. En el sector centro-occidental, la Caballería Yaguachi y el regimiento Carchi lograron bordear La Colmena y tomar el fortín del panecillo (cara norte), aunque su movilidad fue limitada por los tiradores desde San Diego y San Juan.

En el frente norte, por un lado, el regimiento Calderón trató de penetrar la cima del Itchimbía, sin lograrlo, gracias a las líneas de defensa del batallón Manabí y los voluntarios armados; sin embargo, logró posicionar

[54] Alguno de los disparos, de hecho sobrepasó la cima y fue a estallar al lado del Panóptico (Merchán, s/f: 19)

una unidad de artillería en la parte baja nor oriental del Itchimbía, desde donde bombardeó al cuartel de San Juan.

Por otro, desde Santa Clara específicamente, el regimiento de infantería Pichincha lanzó un decisivo ataque que, tras penetrar todo el centro de la ciudad con apoyo de la pieza del Calderón, casi logró tomar el cuartel de la Bolívar, deteniéndose sólo por uno de los más extraños episodios de este enfrentamiento: en el momento de lucha más encarnizada, en la explanada misma del cuartel, con cuerpos de tiradores ubicados incluso en los altos del Colegio Mejía, ambos bandos vivaron la Constitución, concluyeron la semejanza de su propósito, detuvieron el fuego y compartieron alimento y descanso[55]. Horas después, la creciente desconfianza entre ambas unidades volvió a separarlas; el batallón Pichincha dejó el cuartel de San Juan para reunirse con el regimiento Calderón, en Guápulo.

El martes 30, a solicitud de Freile Larrea, el mismo cuerpo diplomático logró facilitar un armisticio que iniciaba a las 2 de la tarde, y que proponía la nominación de Humberto Albornoz como Ministro de Gobierno (en miras a un reemplazo de Freile), el retorno de las unidades de Quito a los cuarteles y la entrada franca de las tropas del cerco a la capital. El armisticio fue negociado y aceptado por Freile y por el comando sur, sin embargo, su cumplimiento fue menos que parcial, debido, por un lado, a la descoordinación de las tropas defensoras, el aprovechamiento estratégico del mismo por parte de las tropas atacantes, y sobre todo, por la desconfianza de los soldados de Quito al sentir que el tema de las sanciones y castigos había quedado sin resolver en el armisticio.

En lo militar, los enfrentamientos más violentos se centraron en las faldas occidentales del Panecillo, paradójicamente en los momentos amparados por el armisticio recién negociado. Las tropas del sur alcanzaron la zona del Yavirac, y desde allí avanzaron sobre las defensas de San Diego, especialmente confiadas a policías de la ciudad, voluntarios y unos pocos

[55] El suceso fue decididamente inexplicable para los jefes de ambos bandos; mientras que para los atacantes esto se debió a una hábil treta de la Bolívar que, mientras fingía capitular, rodearía y destrozaría al Pichincha, aprovechando su ventaja militar (Chiriboga, 1932: 740), para los defensores fue más bien la plena rendición del Pichincha, y la consiguiente caballerosidad de sus colegas de la Bolívar para alojarlos. Su posterior salida del Cuartel habría respondido, además del recelo de los propios soldados del Pichincha, a las gestiones del Comandante Salvador, para evitar que la infantería notase por la mañana, el reducido número de soldados defensores que ese momento ocupaban el cuartel de San Juan (Salvador, 1936: 12-15).

soldados; la batalla llegó a los mismos mausoleos y nichos del cementerio, vueltos de repente trinchera y parapeto; los defensores cedieron hasta La Esperanza y la Plaza Victoria, donde, tras recibir refuerzos, empujaron de nuevo a los atacantes hacia el cementerio y después hasta La Colmena y el Fortín del Panecillo (Rueda, 1939: 69-70).

En el frente norte, donde las defensas civiles y del batallón Manabí resistían desde el día anterior, una furiosa ofensiva del Batallón Pichincha (que la noche anterior se albergó en el cuartel de San Juan) pudo apenas ser atenuada por el fuego de artillería del Bolívar, desde el Sanatorio, y por refuerzos de la Policía, desde el centro de la ciudad. Al final de la tarde el resultado era otro episodio inexplicable: la cima del Itchimbía sufría un doble abandono: las tropas atacantes, tras ingentes pérdidas, y pese a los significativos avances en el terreno, recibieron la orden de replegarse (Troncoso, 1958: 190); mientras los defensores, en especial el batallón Manabí, abrumados por ataques del norte y del sur, recibieron órdenes de reconcentrarse en su cuartel (Varios, 1933: 46).

El miércoles 31 representó el principio del fin de las tropas defensoras. El poroso cerco defensivo era del todo irregular: el Panecillo estaba completamente en manos de las tropas del sur, así como todo el sur de la ciudad, desde donde avanzaron dificultosamente por la falda occidental del Panecillo, penetrando hasta llegar a la 24 de mayo, donde hallaron múltiples focos de resistencia.

> Pasamos una noche de perros en las posiciones del Panecillo, amanecimos muertos de frío, muertos de sueño, mezclados en confusión de varias Unidades, sin organización, sin comando, sin saber nada que alhagara nuestra esperanza (…) Salimos a combatir y la lucha fue espantosa; pero el enemigo fue cediendo el terreno poco a poco; la avenida 24 de mayo nos sirvió de intermediaria, pero de los muros del Mercado nos detienen con un fuego espantoso; y si no es por el refuerzo que nos llega, no sabemos lo que fuera de nosotros; en efecto, el Quito, fresco y resuelto, la Policía de Guayaquil, el Yaguachi, todos en conjunto arremetemos y nos abrimos paso; sin embargo no hacen retroceder y vuelve a estacionarse el combate en las bocacalles de la entrada a la Ciudad. (Varios, 1933: 49-50)

Al interior de la ciudad se multiplicaban los grupos dispersos de soldados y milicianos, y sobre todo, la sobrecogedora presencia de francotiradores en varios balcones de la ciudad[56].

El punto clave fue sin embargo, la división interna en el batallón Manabí: tras la lucha en el Itchimbía, el comandante de la unidad, Tnt. Oleas, había convencido a una gran parte de la tropa de la conveniencia de adoptar una posición de neutralidad, y reconcentrarse en el cuartel; otra parte cuestionaba al oficial y de hecho abandonó la unidad, llevando consigo armas y pertrechos al cuartel de San Juan (Varios, 1933: 52).

El conjunto de circunstancias explica el renovado interés de los líderes políticos en un acuerdo. En base a los términos del armisticio vigente, Freile Larrea debería renunciar el 31 de agosto, para facilitar la sucesión de Humberto Albornoz; éste, por cierto, participó en varias negociaciones para reactivar el cese de fuego, pero al finalizar el día declaraba a delegados diplomáticos que no había esperanza, y que lo mejor para el cuerpo diplomático sería abandonar Quito (Norris, 1968: 53). Sin embargo, ese mismo día, por la noche, un conjunto de representantes de los propios soldados, junto con el Crnel. Salvador, lograron un acuerdo general que se entregó dificultosamente al estado mayor del ejército del Sur[57]. El comando Sur contaba pues con dos perspectivas distintas: la visión pesimista de los esfuerzos de Albornoz, infructuosos hasta la tarde del 31, y la última esperanza de acuerdo, entregada por Salvador en la madrugada del 1 de septiembre. Prevaleció la primera.

Para la madrugada del jueves 1, las tropas atacantes, fortalecidas con refuerzos y mejores posiciones estratégicas, proyectaban una ofensiva total sobre la ciudad; mientras en el otro bando, a instancias del embajador de Francia, se intentaba otra vez definir un cese al fuego. En primera instancia, ambos bandos llegaron a un acuerdo sobre condiciones puntuales: cese de hostilidades, reconcentración de las tropas locales en sus cuarteles, inmovilización de las tropas del sur y norte. Tal acuerdo fue dificultosamente transmitido a las unidades de

[56] En diversas fuentes se atribuye la mayoría de estos francotiradores a partidarios de izquierda. No existe sin embargo forma de comprobarlo. Ver Salvador, 1936

[57] Ver Troncoso, 1958: 194. Cabe aquí destacar las dificultades que representaba este 'diálogo a distancia' ente ambos bandos: propuestas y contrapropuestas se canalizaban a través de representantes que se movilizaban permanentemente a través de vehículos diplomáticos ente el centro y el sur de la ciudad, a las horas más inverosímiles. Un detalle esclarecedor lo aporta el testimonio de uno de estos diplomáticos, en Norris, 1968.

Quito, que gradualmente, y en medio de las refriegas en las calles y el fuego de los francotiradores, fueron reconcentrándose. Sin embargo, mientras esto sucedía, las unidades Pichincha, Calderón, Yaguachi y los voluntarios de Carchi atacaron en conjunto el Sanatorio (cuartel del regimiento Bolívar), dando pie a uno de los enfrentamientos más atroces de estos días, y en el que ninguno de los bandos logró una victoria clara. La temprana ruptura de este acuerdo —muestra de que fue sólo una treta para ganar tiempo, según testimonios de soldados de la ciudad— llevó a nuevas negociaciones.

A las 8 de la noche de ese día, se firmó un tratado de paz en los siguientes términos:

> 1. Que no habrá vencedores ni vencidos.
> 2. Los representantes de las tropas beligerantes se darán un abrazo de concordia y confraternidad (Lo que se ejecutó)
> 3. Las tropas defensoras de Quito, seguirán ocupando sus respectivos cuarteles.
> 4. Las tropas del General Chiriboga, el día viernes, dos de Setiembre, a las diez de la mañana entrarán a la ciudad en formación, y se alojarán en estos establecimientos: Escuela Militar, Academia de Guerra, Escuela de Artes y Oficios, Escuela Diez de Agosto y en los Conventos.
> 5. Se abrirá una información sumaria para descubrir a los autores del movimiento suscitado en el Regimiento "Bolívar" la noche del 27 de agosto; y
> 6. Los que resultares responsables, como única sanción, serán dados de baja de la Unidad. (Salvador, 1936: 33-34)

El viernes 2, las tropas atacantes penetraron en Quito, y, excepto el abrazo de concordia, ninguno de los términos se cumplió.

Luchas simbólicas y violencia

La lucha violenta es apenas el corolario, la resultante de un ciclo que perdió las posibilidades de autoequilibrarse, y estalló. En el caso de la violencia

política en Quito, ésta no puede dejar de percibirse como el extremo de un acto colectivo, dentro de un ciclo de conflictividad. Esto puede apreciarse con más claridad al releer la dinámica conflictiva a partir de las interpretaciones de sus protagonistas.

Para hacerlo partiremos de muestras testimoniales de actores clave de aquellas jornadas; en este caso, soldados atacantes y soldados defensores, cuyo análisis posterior al conflicto devela la compleja red argumental que los sostuvo. Posteriormente, se analizará también algunas pistas y rastros en torno al posicionamiento e interpretación asumidas por otros actores, cuyos testimonios han quedado, lamentablemente, incompletos o apenas reflejados indirectamente en otros testimonios.

La violencia desde los actores (I): soldados deliberantes

¿Por qué luchar?. Desde la perspectiva de los soldados atacantes, la justificación principal era básicamente la violación constitucional, entendida como el rechazo o el desconocimiento a las resoluciones congresiles, versión de hecho oficial (Chiriboga, 1932; Merchán, s/f). Poco tiempo después, sin embargo aparecieron nuevas explicaciones; un testimonio de soldados del ejército atacante, lamentablemente sin fecha, dice, en descargo de las acusaciones por excesos en las tropas que tomaron Quito:

> Qué culpa tenemos si hemos sido engañados y traicionados infamemente por nuestros más altos Jefes (…) quienes formaban el Estado Mayor de las tropas del norte y sur y quienes, dándonos muchos vivas y haciéndonos agasajos en el camino hacia Quito, nos manifestaron que Quito entero había proclamado la dictadura del Sr. Bonifaz (…) Nosotros creímos en la dictadura, engañados, y también porque vimos muchos civiles que portaban armas; fue inmensa nuestra sorpresa al cabo de tres días de combate, al saber que las tropas de Quito se levantaron también por la Constitución, pues ellos también pensaban que había sido violada. (Varios, 1933: 98-99)

En sentido semejante, otros soldados, esta vez del regimiento Carchi, abundaban en otros detalles, a eso de julio de 1933: “El sábado 27 de agosto, entre eso de las nueve de la mañana, el Ministro Avilés Aguirre, nos dijo en

Riobamba que Bonifaz se había declarado Dictador en Quito y que la tropa se había sublevado contra Jefes y Oficiales." (Varios, 1933: 37).

Fuera de lo que hubiese sucedido en realidad, es evidente que las motivaciones de lucha eran claras: el rechazo frontal a la Dictadura, que implicaba la ruptura de la continuidad de un orden garantizado por la Constitución, y por ende, susceptible al límite; sin embargo, ¿qué había tras la urgente necesidad de preservar ese orden?

Varias pistas las aportan los testimonios de los soldados defensores, algunas en el marco de su defensa pública tras los procesos y acusaciones cursados contra ellos en el Ejército. Uno de los argumentos más claros procede del momento mismo de la descalificación, cuando la tropa del Regimiento Bolívar decidió conformar una comisión que consultara al Congreso sus razones para tal decisión:

> se nombró una comisión para que se presentara ante el Congreso y averiguara por las causas de la descalificación del Sr. Bonifaz; para que si estas fueran justas se las acate; y si era sólo picardía del Congreso y de Baquerizo Moreno, dar un golpe de armas a favor del pueblo burlado y de la tropa a su vez abofeteada en pleno rostro; no era posible que los mismos representantes del pueblo destruyan la voluntad en la elección del pueblo y pisoteen el derecho de sufragio. (Varios, 1933: 9-10)

Otro data del momento inmediato posterior a la descalificación, cuando los intermediarios políticos bonifacistas multiplicaban sus contactos con la tropa de la guarnición de Quito, argumentando la indignación causada por la decisión congresil, y por supuesto deslizaban veladas referencias a los beneficios o ventajas que podrían obtenerse si se la impugnase ...

> Habían actos para indignar al pueblo y al Ejército (...) por eso los del pueblo debíamos reivindicarnos (...) y que, por eso, también era del caso que surja la clase de tropa para en un paso más, esperar el momento de la recompensa ... Nosotros contestamos, –dicen los del relato,- nó, señor Alarcón. Con intereses personales no se sirve a la Patria. Por amor y por clase, estamos unidos al pueblo y queremos solamente demostrar que la tropa tiene Sangre Pura para derramar en defensa de la democracia herida. (Rueda, 1939: 18)

Un tercero, ya tardío, de 1933, enlazaba el símbolo de la bandera tricolor con la idea de Patria y sus enemigos:

> todo el tiempo ella estuvo a nuestra vista, nos enardecía de amor y aumentaba nuestro coraje para rechazar a los ambiciosos revolucionarios que querían sustituirla ¡ay, desgraciados! por una Bandera roja; esa bandera no era la de la "Constitución", no representaba a nuestra Patria; la bandera roja es extranjera, es bandera de Rusia, es bandera comunista. (Varios, op. cit.: 23)[58]

¿Qué implicaba todo lo anterior? Para la perspectiva desde los soldados, la lucha política había mutado hacia una lucha moral, en la que el concepto de nación, de 'patria' se había dividido en dos: por un lado, aquellos que la fundaban en la voluntad general, encarnada en la primera votación no manipulada desde el quiebre liberal, votación en la que había triunfado una idea de patria fusionada con valores como la honestidad brutal; y aquellos que afincaban el ser nacional en el proyecto político y las instituciones, herencia de la vieja lucha liberal de inicios de siglo. Y en medio, las élites políticas tradicionales que se habían acercado indistintamente a ambos bandos, a fin de precaver espacios de presencia y poder político.

En tosca síntesis, lo anterior se resumía en los argumentos de legitimidad política argüidos por los actores en disputa: bonifacistas y antibonifacistas defendían por igual la Constitución de la República, pues en su seno admitía desde ya las fuentes contradictorias de legitimidad política: el liderazgo personal sostenido a partir de la voluntad popular, y la representación popular encarnada en la institución del Congreso, medios diferentes para expresar la voz única de un nuevo y distinto protagonista: el pueblo.

Pueblo que parecía requerir de un liderazgo catalizador que lo interpretara, pero que fuera relativamente desechable si perdía la consonancia debida. Esto es precisamente lo que parecería haber

[58] Es curioso constatar la esquizofrenia simbólica: mientras para unos la Bandera roja implicaba comunismo, para otros simbolizaba liberalismo. En su descripción novelada de la batalla de Quito, Pareja Diezcanseco, 1959, en su habitual y a veces inseparable mezcla entre exactitud histórica y fábula, relata los últimos momentos de la 'toma' de la Plaza Grande por las tropas atacantes: "Pablo pudo contemplar (…) cómo entraban los hombres del 'Chimborazo' a la Plaza de la Independencia, y al comandante Benigno Andrade subir al Palacio e izar en él una bandera roja, la vieja bandera liberal de Eloy Alfaro" (pg. 266)

ocurrido con Neptalí Bonifaz, que al desmarcarse del levantamiento militar (en el momento en que la escasez de liderazgo amenazaba ya con ser fatal para los defensores), parece haber roto la sintonía con el conjunto del movimiento. El mismo Freile Larrea lo veía con claridad poco después de iniciadas las hostilidades:

> El mayor Narváez dijo al señor Freile Larrea que la Constitución de la República es inviolable, que el único poder era el Congreso y que las provincias del Norte tenían como gran fantasma al bonifacismo ... a lo que el señor Freile Larrea había contestado que la personalidad política del señor Bonifaz ya no existía y que él iba a dar libertad de sufragio conforme lo prescrito en la Constitución del Estado. (Troncoso, 1958: 187)

La violencia desde los actores (II): civiles en conflicto

Existen indicios dispersos respecto a múltiples manifestaciones públicas el día del pronunciamiento militar, 27 de agosto. En algunos casos, aparentemente con alta importancia estratégica:

> el Pueblo de Quito dándose cuenta de las picardías del Gobierno, del Alto Comando y Jefes y Oficiales con los de la Sucre, en querer imponer a todo trance la Dictadura de Baquerizo Moreno, ha formado un mitin poderoso para apoyar a la Bolívar y defender la buena causa; y esto les hizo temblar y mandó a esconder a algunos Jefes y Oficiales. (Varios, 1933: 25-26)

Soldados de la Sucre ratifican la presencia de civiles en las afueras del Cuartel del Sanatorio:

> Al salir del cuartel vieron en la explanada la aglomeración de compactados que festejaban el triunfo. El 1º. Salas encargado de la Banda de Músicos, malhumorado por la noche de zozobras y cuando algunos civiles le veían con una sonrisa burlesca, no pudo contener su indignación y les dijo "No se rían todavía. Ya regresaremos. ¡Viva el Regimiento Sucre!" (Merchán, s/f: 15)

En el transcurso del día se reportaron concentraciones en la Plaza Grande y manifestaciones sucesivas que iban entre ésta, la plaza de

Santo Domingo y la explanada de la Capilla del Robo (Troncoso, 1958: 167 y Ortiz Bilbao, 1989: 26-29). De la misma manera, a sabiendas que el Presidente, Dr. Alfredo Baquerizo Moreno había hallado refugio en la Legación diplomática argentina, múltiples manifestaciones habían demandado a gritos su renuncia desde las calles (Diario El Día, 29 de agosto de 1932).

Ya entrada la noche, tras la entrevista entre Neptalí Bonifaz y Baquerizo Moreno en la Legación argentina, una muchedumbre se reunió en los bajos del domicilio de Bonifaz, y fue precisamente la que escuchó ese último discurso del Electo defenestrado.

Sin embargo, según se hacía patente la posibilidad de enfrentamientos bélicos, la manifestación pública cedió el paso a la participación civil en los combates. Ésta tuvo en realidad varias modalidades.

Una de ellas fue la del voluntariado militar. Del lado de los defensores, se ha visto ya la importancia de los compactados como fuerza de choque y resistencia pro-Bonifaz, sin embargo apenas se cuenta con rastros testimoniales directos. Considerando el número de soldados regularmente asignados a cada unidad (no más de 250 hombres), y se compara con las estimaciones totales de defensores, que bordean las 1 000 personas (como se vio antes), se deduce que el número aproximado de voluntarios armados llegó a alrededor de 250 personas; dentro de este número, ciertamente una gran mayoría podrían corresponder a la Compactación, sin embargo, no se puede descartar la presencia de voluntarios 'independientes'. En cuanto a su caracterización vivencial, apenas persisten jirones testimoniales. Uno de los protagonistas de los enfrentamientos consigna, por ejemplo, la experiencia de un voluntario compactado típico, que a su vez relata la formación de una típica patrulla de defensa de entonces:

> Dice, pues, Luis Guerrero, miembro pacífico hasta entonces de la Compactación Obrera Nacional y Zapatero por añadidura: "El día lunes por la mañana, acudí a ver obra en el taller de Zapatería del Maestro Salazar. Como no hubiera, me resolví en ir a la Compactación Obrera. Allí habían estado armados algunos de mis compañeros; por eso entre diez nos determinamos avanzar hasta la policía. Antes de ello medio mis compañeros comenzaron a medio enseñarme el manejo del fusil que, por primera vez en mi

> vida, había cogido e iba a disparar (…) En un carro cerrado y en número de diez, entre civiles y policías, nos metimos como papas, y nos fuimos hasta el puente del Machángara. Allí en el puente Machángara (…) no nos mandaba nadie, tan solamente los policías nos indicaban que nos pongamos tras los muros y tapias (…) Estando allí, apareció el avión que iba votando unas hojas y a la vez iba ametrallando, mientras le disparaban los del Panecillo (…) En las hojitas decían los contrarios, que nos rindamos. Pues, ni aun peleábamos siquiera, y ellos ya querían ganarnos con las hojitas. Todos los compañeros nos irritamos de las iras, que, sin hacer de vernos en la pelea cara a cara, y medirnos los Shungos, ellos ya querían que les demos paso en la entrada, solo porque eran artos" (Rueda, 1939: 77-78)

Otro testimonio evidencia la visión de un militante compactado más comprometido:

> -Sí señor, me llamo Munive y soy sastre.
> -Por qué está peleando Ud.?
> -Peleamos en defensa de la Constitución y porque suba a la Presidencia el señor Bonifaz, pues el Congreso tendrá que rectificar la traición que le hizo. (…)
> -Y este muchacho?
> -Es mi hijo, señor. Es muy pegado a mí y no quiso quedarse en casa cuando nos llamaron a tomar las armas en la Bolívar. Y yo le traje para que se haga hombre y aprenda desde chiquito a defender la Patria. (Troncoso, 1958: 200-201)

Claro que la defensa de la Patria pudo no haber sido la única razón para arriesgarse a participar en el conflicto. En todo momento se registraban comportamientos utilitarios o solidarios, como relata uno de los soldados atacantes:

> Como en los días anteriores no tuvimos rancho de ninguna clase, y los temerarios muchachos quiteños ya por servir a un hermano o pariente, ya por una peseta, nos daban comprando algo de comer o beber, exponiendo la vida; y si a veces nos servían de guía eran también obstáculo terrible, en otras ocasiones. (Varios, 1933: 45)

De lado de los atacantes, casi no existen testimonios, y menos datos sobre

la intervención de voluntarios en la Batalla de Quito, apenas sombras y rastros. Quizá los casos más documentados sean los de la brigada "Vengadores del 31 de enero"[59], los conocidos pupos, originarios del Carchi, estaban conformados básicamente por militantes socialistas, o voluntarios que en conjunto recordaban la amarga experiencia del 31 de enero del mismo 32, cuando un apreciable grupo de personas trató infructuosamente de tomar el cuartel del batallón Manabí, entonces asentado en Tulcán. Ahora el batallón era uno de los regimientos levantados en Quito. En su campaña, este grupo llegó a sumar entre 180 y 200 hombres, al mando de Modesto Larrea Jijón.

En el ejército del sur, destacó la formación de las Columnas Vicente León (Latacunga), Libertaria del Chimborazo (Riobamba), un destacamento completo de la Policía de Guayaquil (100 hombres), además de un grupo de milicianos comandados por el Crnel. Juan Manuel Lasso (Chiriboga, 1932: 724).

Una tercera forma de participación civil fue la acción policial, cuyo papel decisivo en las acciones militares de defensa de la ciudad, fue descrito anteriormente. Cuerpo de orden civil, la policía parecería ser a la época un importante mecanismo de movilidad social, especialmente para cholos inmigrantes y desempleados, tal como lo pinta alguna obra literaria de la época (Icaza, 1985: 96-100). Por otro lado, se ha observado también la profunda identificación que esta fuerza había logrado con los movimientos bonifacistas.

Durante la batalla de Quito, las fuerzas policiales desempeñaron diversos papeles clave: respaldo a las fuerzas militares (recuérdese su apoyo al Regimiento Bolívar cuando el batallón Montúfar pretendía atacarlo, o el apoyo al Manabí cuando era atacado por el Pichincha en el Itchimbía), organización y conducción de grupos de defensa y tiradores (véase los testimonios de voluntarios civiles); fuerza de choque y operaciones (la lucha en el cementerio de San Diego).

El costo humano para este cuerpo fue, sin embargo, notorio (se verán algunas cifras en el siguiente acápite), pero su peso simbólico es aún ambiguo. Alguna pista queda en el aire: como en muchos de los cuerpos armados de la época, la Policía contaba con una Banda de Música bien

[59] Denominación dada por Troncoso, 1958: 179. Según las fuentes militares, los voluntarios del norte se conformaron en dos columnas, la Eloy Alfaro y 5 de junio (Chiriboga, 1932: 724).

conocida en la capital; durante la batalla, la banda participó como parte de las fuerzas policiales de defensa, sobreviviendo apenas algunos miembros que, luego de perder su cargo oficial, fueron acogidos por el Municipio capitalino, formando así parte de la típica Banda Municipal (Naranjo Puente, 1956).

La violencia desde los actores (III): estudiantes y mujeres

Otro grupo cuyo rastro de actividad se difumina es el de los activistas de izquierda, y en especial sus grupos de soporte, como los estudiantes y profesionistas. Dentro de los diversos relatos alrededor de la batalla de Quito, uno en especial llama la atención, no sólo por su peso específico, sino por la participación estudiantil. Para estos años, la Cruz Roja era ya una institución respetada y sólida; dentro de su estructura, parte importante la constituían los estudiantes de medicina de la Universidad Central; y es precisamente la actividad de la Cruz Roja uno de los temas más polémicos de esta época.

En primer lugar, junto con el cuerpo diplomático, la Cruz Roja sirvió en diversos momentos como 'correo' y medio de comunicación entre los comandantes defensores y el mando sur del Ejército, como puede apreciarse en Norris, 1968, Salvador, 1936 y Troncoso, 1958. Sin embargo, también existe una perspectiva polémica. Como lo relatan diversos testimonios de soldados, los autos-ambulancia de la institución sirvieron no sólo para la atención de heridos, sino también para el traslado de mensajes, mensajeros y pertrechos, para las fuerzas atacantes:

De lo más justo es que aquí consignemos nuestra gratitud a las Cruz Roja por la gran protección que nos dio para el avance (…) dos soldados, el uno de apellido Martínez, pidieron un carro de esa institución humanitaria. Martínez se hizo el herido y el otro, su compañero, se fingió enfermero. En la venda que uno se puso en la frente, llevaba un parte a las tropas del norte, y su compañero iba con la consigna de escudriñar la situación del enemigo y los lugares de reconcentración de los fuegos. Estos valientes mozos cumplieron a satisfacción la misión a ellos encomendada; pues los médicos y practicantes de la Cruz Roja, estuvieron de nuestro lado y nos ayudaron mucho. Con decir que hasta las chicas enfermeras tenían delirio de que entremos pronto. (Rueda, 1939: 109)

Otros soldados del regimiento Carchi relatan:

> Ante la idea de vencer una dictadura nos venimos sobre Quito, organizados en batalla por el comando superior; los aviadores MANTILLA Y RENELLA nos avisaban las posesiones de las tropas defensoras de la ciudad, y los camiones de la CRUZ ROJA nos pasaban alguna cantidad de parque que tanta falta nos hacía, indicándonos también las posesiones del enemigo. (Varios, 1933: 98)

Otro testimonio, esta vez desde el lado de los defensores, implica más claramente a los estudiantes universitarios; el relato reproduce la denuncia de enfermeras voluntarias que apoyaban a la unidad Bolívar:

> una vez que fueron al Hospital Militar a pedir medicamentos para la Bolívar, un carro de la Cruz Roja les quiso atropellar estando ellas todavía frente al Hospital; luego oyeron gritos de los Médicos y Practicantes, que desde adentro gritaban: MATEN A ESAS COMPACTADAS: cuando ya entraron en el Hospital vieron que allí estaban los mismos jóvenes universitarios que andaban en la Cruz Roja; y en fin, al pedir medicamentos para la Bolívar, les contestaron: PIDAN A BONIFAZ; DE AQUÍ, PARA LA BOLÍVAR, NI AGUA. (Varios, 1933: 48)

Y precisamente el de las mujeres, era otro grupo cuyo papel en estos días de violencia se halla casi perdido. Las pocas pistas halladas muestran una apreciable diversidad en cuanto a su alineamiento en la contienda.

> De Quito salieron al Sur muchas personas para unirse a las unidades que habrían de combatir a las fuerzas bonifacistas de aquí. Burlando la vigilancia de soldados que custodiaban las entradas de la ciudad, lograron salir en un auto el Presidente del Congreso, Dr. Alberto Guerrero Martínez, el general Enrique Barriga, y los señores Luis Antonio Peñaherrera[60], Modesto Luque Rivadeneira y Eugenio de Janon Alcívar, quienes avanzaron hasta la Ciénaga y unidos al coronel Juan Manuel Lasso, en dos carros, uno de ellos guiado personalmente por doña María Carrión de Lasso, pistola al cinto y mano al volante, pasaron por Latacunga y llegaron a Ambato. (Troncoso, 1958: 174-175)

[60] Al parecer el mismo personaje cuyas opiniones sobre el fascismo fueron citadas en el Capítulo 2

Sin embargo, el caso emblemático lo representan las hermanas Rosa Matilde y Mercedes Pérez, distinguidas damas alineadas a las tropas de Quito. En palabras de propios soldados

> Estas dos hermanas se ocupaban tanto en curar a los heridos, si los habían, como en dirigir la cocina. Por casualidad, en uno de los sótanos de armas, llegamos a descubrir en este día, unos quintales de arroz y otros de azúcar. Además nos apoyaban, sin saber de dónde, con pequeñas porciones de papas, maíz y leña. (…) Después de ordenar a los indígenas que les ayudaban, de repartir el rancho a los soldados sanos, en sus propias trincheras de la terraza y de curar a los heridos, las señoritas Pérez se iban por la noche a su casa, pero no para descansar, porque iban a tomar datos sobre el enemigo, para luego mandarnos a avisar. (Rueda, 1933: 103)

De hecho, fueron precisamente las Hnas. Pérez las protagonistas del incidente con la Cruz Roja antes referido. Lo más simbólico, sin embargo, vino luego.

Una vez terminadas las operaciones, ya cuando las unidades atacantes habían penetrado en la ciudad y las unidades defensoras se concentraban en sus cuarteles, el acto simbólico clave fue precisamente la revista a los soldados del regimiento Bolívar, por parte del Alto Mando, encabezado por el mismísimo general Ángel Isaac Chiriboga.

> En este instante entran al Cuartel del Sanatorio algunas damas quiteñas y comienzan a increpar al Alto Mando; la Sra. Olga Jaramillo de Páez les dice más o menos en estas palabras: cobardes, traicioneros, deben sacarse las gorras ante la Bolívar, este es el lugar sagrado, donde se defiende la Constitución y la Libertad del Pueblo Ecuatoriano; ¡sáquense las gorras! … Pues, como mansos corderitos obedecieron y, con las gorras en las manos, se quedaron en cabecita. Pero hay dos que se han quedado con las gorras en la cabeza: son los Tenientes Rueda y Mariscal; la señora, con seriedad, les dice: y ustedes ¿por qué no se sacan las gorras? … Somos de casa, le contestan; entonces ella, con señaladas muestras de aprecio, les aclama como a salvadores del pueblo y libertadores de Quito. El gentío aplaude a la señora Jaramillo de Páez. Entre tanto mi General logra escabullirse y se va a un rincón del Cuartel, pero ¡ay! al infeliz le esperaba allí otra peor. Pues por esa parte, se habían encontrado las señoritas Pérez: y, al verle, le gritan más o menos en estas palabras:

> Ángel Isaac, ¡por qué te vendiste! ... ¡traidor, cobarde! Presta tus pantalones a otros para que hagan honor a Quito y a todo el Ecuador. Luego añadieron: soldados, presten un fusil para desaparecerlos a estos infames vendidos y ladrones de los derechos del pueblo; o disparen las armas sobre éstos que les engañan; éstos que son los responsables de la sangre de nuestros hermanos, métanles bala y que desaparezcan para siempre. El General, más muerto que vivo, temblaba, se acerca al Sargento Villarreal, soldados Julio Ibarra y Ricardo Camacho y les dice: favorézcanme, compañeros; estas mujeres son el mismo infierno. (Varios, 1933: 71-72)

Las secuelas de la violencia

La primera secuela, la humana, arrojaba saldos tétricos: las pérdidas humanas se calculan alrededor 800 personas[61]; algunos apuntan a que la cifra se repartió a medias entre defensores y atacantes (Norris, 1968), de ellos, la mayoría habrían sido civiles. Según un registro mortuorio de la época, que podría usarse como una muestra representativa, de un total de 129 registros, el 23% correspondía a militares, 8% a policías y 69% a civiles; de éstos últimos, el 7% eran mujeres y el 5% menores de edad[62]. Considerando estas estimaciones, podría decirse que en la refriega perecieron alrededor de 184 militares[63], y alrededor de 552 civiles, muchos de ellos mujeres y niños. Considerando que en esos años la población de Quito bordeaba los 95 000 habitantes, ello implica que posiblemente el 0,6% de la población de la ciudad perdió la vida en esas jornadas, sin considerar las bajas militares y policiales.

Costo humano que resumía la violencia bélica, pero que extrañamente no derivó en violencia desbordada dentro de la ciudad. Como mencionan las referidas fuentes diplomáticas:

---

[61] La cifra convencionalmente mencionada de víctimas ha sido de 1000 personas (Reyes, 1949). Otra fuente (funcionarios diplomáticos), la ubicaba en alrededor de 500 personas, aunque luego ajustó la cifra a "mil o más" (Norris, 1968: 55). Sólo para dimensionar, dos estimaciones del número de muertos transportados desde las calles y quebradas, y del hospital civil, hasta el cementerio de San Diego, el día 2 de septiembre: 193 cadáveres en una sola tanda (Troncoso, 1958: 221); 117 cadáveres en dos horas de traslado, también el último día de combates (Garcés, 1933: 45).

[62] Ver Sociedad Funeraria Nacional, 1932a, b. Hay que anotar que la proporción entre hombres y mujeres no es precisa, pues la fuente deja muchos registros como anónimos o desconocidos, sin precisar su sexo. Cosa parecida respecto a menores de edad.

[63] No se hace la aproximación correspondiente a las bajas policiales por no contarse con ninguna referencia respecto al número total de sus efectivos en esta época.

> La conducta admirable de las tropas de Quito ya hemos anotado. La población no merece menos crédito, pues, aunque la ciudad carecía de policía y otras autoridades, se registraron pocos desórdenes o actos de violencia. En cambio, la entrada de las fuerzas atacantes fue acompañada de saqueo en pequeña escala, especialmente del mercado[64] (…) Durante las hostilidades, la Ciudad estuvo privada de agua y electricidad, debido a daños en las bombas y líneas, y en el último día, hubo escasez de alimentos. (Norris, 1968: 49)

Esto en contraposición a las versiones del Diario El Día, que en su edición de inicio de año de 1933 afirmaba: "Bandas de soldados, celadores [policías] y bonifacistas recorrían la ciudad sembrando el pánico, matando y robando impunemente." (Diario El Día, 1 de enero de 1933, pg. 9).

Las consecuencias políticas fueron diferentes y mucho más diversas. El efecto inmediato fue la asunción al poder del liberal Alberto Guerrero Martínez, al momento Presidente del Senado, quien conformó de inmediato un gabinete mixto, con la presencia del movimiento socialista, y llamó a elecciones para el año entrante. El Congreso mientras, corregía urgentemente la disposición constitucional, estableciendo que los escrutinios y la posesión presidencial debían ser inmediatas.

El nuevo régimen avaló la sanción a los numerosos participantes del levantamiento, decretando además la liquidación de las unidades 'revoltosas', la prisión y baja de sus líderes. El Regimiento Bolívar fue disuelto el 9 de septiembre, y los miembros restantes de los batallones Constitución y Manabí fueron fusionados en el batallón España, destinado inmediatamente a Esmeraldas; de los líderes de la revuelta, fueron apresados 62 soldados de la Bolívar, 42 del Constitución y 42 del Manabí (Troncoso, 1958: 217).

Del otro lado, el Ministro de Guerra, Leonardo Sotomayor y Luna fue ratificado en el cargo, mientras en la Policía, se reinstaló como Intendente a Filemón Borja. La función judicial por su parte, iniciaba procesos de investigación sobre los instigadores de la violencia, cerrando un cerco sobre los políticos y seguidores bonifacistas[65], quienes ante la nube de

[64] Episodio específico de saqueo que, además de excepcional, fue justificado por sus protagonistas como un acto de necesidad habida cuenta de la ausencia de vituallas y rancho por parte del alto mando (Varios, 1933: 46)

[65] Según la entrevista a Doña Alicia Ordóñez Pallares, 2010, su esposo sufrió una herida superficial al asomarse a la calle, y después de los Cuatro Días, debía presentarse periódicamente a la Intendencia

amenazas de persecución y venganza, encontraron un eficiente y activo defensor: el presidente de la Cámara de Diputados, José Ma. Velasco Ibarra. Pronto sus argumentos, sumados a la creciente frecuencia de peticiones ciudadanas para la liberación de los presos políticos, y quizá también la suspicacia ante la creciente publicidad de las declaraciones que venían haciendo los militares detenidos, hizo que el Congreso agilitase pronto una amnistía general (Troncoso, 1958: 219).

Esto marcó una parcial vuelta de marea. Precisamente los reclamos de los militares detenidos cuestionaban la permanencia del Ministro Sotomayor y Luna, que antes de ser el héroe de la Batalla de Quito, había permitido la filtración bonifacista en las tropas ya en 1931; al enfrentar una eventual interpelación, Sotomayor buscó apoyo en las unidades militares, sin hallarlo. Fue sustituido rápidamente, en medio del escándalo de un posible intento de golpe, descubierto por la Policía Nacional (Diario El Día, 1 de enero de 1933, pg. 9). Sin embargo, Filemón Borja tampoco estaba seguro: tras borrascosos enfrentamientos entre legisladores bonifacistas y barras izquierdistas, se cuestionó seriamente la capacidad del Ministerio de Gobierno y de la Policía. El Encargado del Poder, Guerrero Martínez cortó por lo sano. Borja fue destituido enseguida.

Sin embargo, la carrera electoral de 1933 fue la verdadera batalla. Baste decir que de esta lucha surgieron dos claros ganadores; uno efímero y deshauciado: el retorno de la candidatura oficial, y con ella las sospechas de manipulación y fraude electoral, en medio de las cuales triunfó la candidatura del Liberal Juan de Dios Martínez Mera; otro, inesperadamente longevo y persistente: la bandera del sufragio libre y el antipartidismo, que hallaron su encarnación en la alta y desgarbada figura de José Ma. Velasco Ibarra.

¿Puede afirmarse que Velasco es simplemente el sucesor y beneficiario de las alianzas y estructuras políticas bonifacistas?. Sólo parcialmente. Su vínculo más fuerte y claro con esta época es más simbólico, pero no por ello menos significativo. Cuenta Norris una anécdota reveladora de la época en que Velasco cuestionaba acremente el proceso electoral por realizarse en 1933

de Policía para investigaciones por sospecha de conspiración.

> A Velasco se le grabó para siempre la primera manifestación de solidaridad del pueblo. "Un día un hombre me dijo: -¿Sabe usted que los artesanos de Quito, se alternan durmiendo cerca de su casa, porque han dicho que le van a atacar a usted por ser el defensor de la libertad electoral? –No señor, no he sabido, respondí. Pero esa tarde, esa noche ensayé; era verdad, los artesanos de Quito estaban hasta determinada hora en la casa en que yo vivía, se iba ese grupo y venía otro pequeño grupo, y se iba ese grupo y venía otro pequeño grupo, y se iba ese grupo y venía otro grupo hasta el amanecer". Esa escena, "me descubrió a mí, a mí mismo, yo luchaba por la libertad electoral, luchaba porque me chocaba la farsa, luchaba porque me chocaba la mentira" (Norris, 2005: 146, vol. 1)

Pronto ese múltiple crisol de identidades, de lenguajes, de interpretaciones, de choques violentos, será bautizado por Velasco como 'el' Pueblo, y la multitud, aquel maltrecho resto sobreviviente de los Cuatro Días, apostado en turnos para proteger al nuevo líder, pronto será su 'querida chusma'.

El fantasma de la CON: ocaso

Se ha visto ya que las impugnaciones a Bonifaz llegaron a cotas complejísimas, lo cual reavivó la faz pretoriana de estos espacios organizativos, y por ende, su endilgamiento fascistoide.

A esto hay que sumar la profunda polarización que envolvió a la disputa con la SAIP y el universo agremiativo tras ella, que de varias maneras socavó mucho de la apuesta de legitimidad y representatividad de la CON, ya de por sí afectada por la escisión de su matriz originaria representada por la UOR.

El resultado fue una cada vez más evidente circunscripción de las tareas y discursos de los compactados, alrededor de la figura de Bonifaz. Circunscripción más radical conforme se acercaba el desenlace político de la descalificación. Precisamente al borde de la decisión legislativa, la gravedad de la situación atenuó las distancias y las divisiones. Simbólicamente, la gran marcha pro Bonifaz del 13 de agosto, fue convocada y protagonizada en conjunto, por la CON, la UOR y la UPN (Diario el Comercio, 14 de agosto de 1932, pg. 1). Tampoco existieron

diferencias al momento de tomar las armas y organizar partidas civiles y militares para el rechazo de las tropas 'invasoras' durante los cuatro días.

La derrota en las calles significó, primero, una suerte de sangría que debilitó mortalmente a las organizaciones mutuales que habían resistido ya largo tiempo, como relata Jaime Durán:

> La hostilidad del régimen liberal, las constantes presiones para que se dividan y las escisiones provocadas por el Coronel Váscones y los seguidores de Alburquerque, no logran desintegrarlas. De hecho muchas de las instituciones católicas serranas mantienen su vigencia hasta el año de 1931, en que combatiendo en defensa de la Compactación Obrera Nacional, son diezmadas en la "Guerra de los Cuatro días" (Durán Barba, 1981: 55)

Y segundo, una ruptura que obligaba al replanteo. En una de las últimas pistas documentales de la CON (octubre de 1932), Guillermo Bustos Lozano enfatiza certeramente párrafos clave:

> Un grito de indignación se escapa del pecho de los obreros al contemplar la ambición desmedida de ciertos dirigentes del bonifacismo que nunca supieron gobernar esa gran organización obrera y campesina que se llamó "Compactación Obrera Nacional" (…) Nunca vio la masa obrera como un caudillo a Bonifaz: él significó para nosotros el puente sobre el cual pasará el pueblo a conquistar sus legítimos derechos y justas libertades (…) No nos dejemos engañar por los que en el momento de peligro se escondieron el Legaciones y pusieron pies en polvorosa. ¡Cobardes! Mientras el pueblo defendía la ciudad de Quito con heroísmo inaudito, en dónde estábais vosotros? (Bustos L., 1991: 106-107)

En línea con la interpretación de Bustos, este texto ofrece múltiples intereses: la 'idealización' del concepto 'pueblo', percibido ya como una figuración valórica, trascendente, genérica; la arrogación de la representación de ese pueblo por parte de la 'clase obrera'; el aprovechamiento funcional de los liderazgos políticos, como el caso de Bonifaz; el resquemor ante los intermediarios políticos que habían mal utilizado el liderazgo organizacional …. Tras esta advertencia a ese pueblo idealizado, la CON se hunde en las sombras de la historia.

Capítulo 5
Análisis conclusivo

¿Cómo hacer una re-lectura de conjunto de esta época y estos hechos?; sobre la base de algunas de las categorías propuestas en el marco conceptual, especialmente aquellas sintetizadas por McAdam, Tarrow y Tilly, creemos que la lectura de los hechos reseñados tiene varios niveles.

Primero, cambios y tensiones estructurales a nivel de escenarios y contextos. Estas modificaciones en el tejido y el marco de las relaciones sociales, derivarán en coyunturas específicas de tensión social que demandan posicionamiento y respuesta, en un suerte de situaciones o circunstancias 'gatillo' de la acción colectiva.

Segundo, lo anterior da pie a la reconstitución de actores sociales específicos, en tanto grupos de personas enlazadas por características similares, ya sea a nivel de atributos o condiciones materiales o relacionales, sea a nivel de marcos interpretativos en torno a las circunstancias 'gatillo' por las que atraviesan.

Tercero, precisamente la formación de marcos interpretativos sirve como línea de contacto entre las circunstancias, su percepción por parte de los actores sociales, y la forma de actuar de éstos frente a ellas, a partir de un discurso que sirve como 'lenguaje de señas' social.

Cuarto, cuando los elementos anteriores se definen, la acción colectiva entra en un proceso de dinámica a nivel de mecanismos o factores impulsores y equilibradores, que perfilan su intensidad y patrón temporal.

Quinto, por último, a su vez, la dinámica de la acción colectiva se interpreta a través de repertorios o prácticas simbólicas que la materializan, reflejando en la acción inmediata y concreta los marcos discursivos y las características sociales de los actores involucrados en ella.

Los tres primeros se desarrollan a continuación, mientras los otros dos, dada la importancia del concepto de 'ciclo de protesta', se tratarán en una sección específica.

Escenarios, cambios estructurales y gatillos

Los principales cambios que estremecían el contexto ecuatoriano en los treinta se resumen en ciertas dimensiones clave. Desde lo material es claro que el espejismo de bonanza de la dictadura de Ayora tenía los pies de barro, en medio de un contexto internacional para el que ninguna ciencia tenía remedio o consuelo. Claro que en lo interno, el impacto económico era diferenciado, como lo demostraron en su momento Maiguashca y North, pero en general la persistente depresión de las exportaciones cacaoteras implicaba la continua debilidad de una balanza externa donde las importaciones pesaban demasiado. El reflejo social de la evolución económica mostraba la lentitud de la modernización en el campo y lo elemental del desarrollo de la dinámica industrial; lentitud que, sin embargo, tenía también efectos territoriales diferenciados, concentrando especial dinámica en las zonas urbanas.

Lo anterior convivía con cambios demográficos que hicieron de las ciudades foco de creciente expectativa y destino migratorio fundamental, como se vio anteriormente. Desde esta perspectiva, el entorno urbano pronto se transformó en un crisol cultural, étnico y político; la dinámica social fue modificándose con nuevas prácticas asociadas con el creciente proyecto salubrista y urbanista impulsado desde el Estado (ver Kingman, 2006; Kingman, 1992b). Nuevos actores e identidades en construcción empezaban a perfilarse, a partir de la presencia inédita del migrante, del 'chagra', que no sólo tenía el perfil pueblerino-indígena retratado por Icaza, sino también el de "pueblerinos, campesinos blanco-mestizos" (Luna Tamayo, 1989), que alimentaron la formación de amplias capas poblacionales emergentes que buscaban una identificación clara en medio de estructuras sociales urbanas que aún guardaban aspectos típicos de una ciudad 'patriarcal' (Kingman, 1992a), y el mundo complejo y elusivo de las élites y aristocracias quiteñas, privilegiadas en el acceso a las fuentes de poder: actividad comercial, opinión pública, actividad política y la burocracia.

Élites que por cierto también mutaban. Las transformaciones liberales habían fraccionado el bloque de poder desde diversas perspectivas, ya sea a través de la introducción de rupturas geo-políticas (como el ferrocarril y la movilidad humana que implicó), la mutación forzosa de las condiciones productivas en el agro (a través de la difusión de técnicas y tecnologías agrícolas que fraccionaron el universo de productores serranos, amén de la movilidad interregional de la mano de obra), o la implantación de nuevos patrones institucionales, como la educación laica y la profesionalización del ejército, frente a las que las élites procuraron adaptarse con diferente grado de éxito[66]. La expresión política de estas mutaciones –campo privilegiado de acción elitaria- correspondía con el debilitamiento y continua pérdida de confianza de y en los partidos tradicionales, y el surgimiento de nuevas alternativas partidistas, a su vez reflejo de las mutaciones internacionales que habían eclosionado en las más diversas ideologías. Nuevas alternativas que respondían a nuevos actores, a nuevas disputas elitarias, nuevas y profundas tensiones políticas.

Tensiones que se cruzaron en coyunturas específicas, auténticos 'gatillos' que regaban el chispazo en medio de la hojarasca social:

La implosión del gobierno ayorista, símbolo aparente de estabilidad, disciplina y autoridad; este derrumbe, jalonado por la crisis económica y el agotamiento presupuestario se combinó con la presencia de un marco institucional-constitucional que abrió múltiples oportunidades de disputa política, en un aparente intento por equilibrar un presidencialismo que no pocas veces había devenido en autoritarismo.

El descalabro público correspondía con el descenso acelerado de la fe en el consejo y la experiencia internacional, en un resurgir del nacionalismo que se alimentaba del fracaso de los consejos kemmerianos, las continuas crisis protagonizadas por los funcionarios herederos suyos, y las experiencias específicas de presencia extranjera en actividades vinculadas con el servicio público, como la Empresa White[67], responsable de los procesos de higienización de Guayaquil; las concesiones mineras

[66] En el caso de la educación laica, las élites serranas cerraron filas alrededor del postulado liberal de la libertad de educación, a fin de proteger el derecho de la educación laica; en el caso de las fuerzas armadas, la estrategia fue más hábil, en tanto la nueva oficialidad se transformó en un nicho permanentemente buscado por las jóvenes generaciones de las élites serranas.

[67] Ver Diario El Telégrafo, Guayaquil, 1 de enero de 1931, pg. 13; Diario El Día, 15 de diciembre de 1931, pg. 3.

en Portovelo o, la más conspicua de todas para el caso quiteño, el estanco de los fósforos, en manos de una transnacional sueca.

El nuevo mundo ideológico que no se trasladaba mecánicamente a las mentes de los actores locales, sino que se transformaba en elementos de un debate íntimo de donde resultaban mixturas e híbridos que trataban de dar cuenta, con categorías nuevas, de realidades propias y particulares.

Precisamente de la interacción entre la encrucijada coyuntural y la diversidad social, nacen sectores poblacionales que asumen un rol y una posición frente a ellas, constituyéndose en actores, agentes activos del cambio social.

Actores y súper-actores

Que transfieren o reflejan su actuación en el campo político, en tanto espacio relacional donde se disputa el control de herramientas, conocimientos y prácticas que permiten la toma de decisiones en un régimen político-institucional cualquiera. Desde esta perspectiva, los tempranos treinta son años de profunda transformación, especialmente en Quito.

Nótese que a pesar de la profundidad de las transformaciones liberales, éstas apenas habían implicado el desplazamiento de las élites conservadoras por las liberales, mientras que los mecanismos de restricción al acceso de nuevos actores, e incluso los de representación de grupos sociales ante el campo político, apenas habían variado (de ahí la 'frustración' que varios intelectuales liberales, como Alfredo Espinosa Tamayo, por ejemplo, acusaran incluso en los mismos años veinte). Por otro lado, la Revolución Juliana había demostrado que, además de la acción partidista – liberal, la acción corporativa del Ejército era otra vía de acceso al poder público.

Desde esta perspectiva, el aparecimiento de movimientos partidistas de izquierda implicó una fortísima apuesta por expandir el acceso político, más allá de los límites del partido liberal radical; poco después, en un segundo desafío al campo político, el aparecimiento de la Unión Patriótica Nacional representó un significativo intento por capitalizar y canalizar políticamente una nueva fuerza recién descubierta: las masas urbanas movilizadas.

Desde esta perspectiva, la importancia relativa de una institución como los comicios, es muy clara: las elecciones limpias representaban una forma fundamental de irrumpir en el corazón mismo del campo político, y de allí el lógico encarnizamiento de la lucha entre las nuevas opciones políticas, tanto en generar alineamientos y alianzas (intento de unificar el liberalismo con el socialismo), asegurar el respaldo de masas o grupos movilizados (aprovechamiento de la Compactación Obrera como 'correa de transmisión'), y sobre todo, captar la anuencia o el favor del actor clave del periodo: el Ejército (las maniobras de intermediación y conspiración realizadas tanto por izquierdistas cuanto por bonifacistas).

Todo esto lleva a diferenciar entre niveles y tipos de actores en torno a esta dinámica: por un lado están los nuevos actores poblacionales, tradicionalmente excluidos de ejercer acción alguna dentro del campo político de la época (artesanos, trabajadores autónomos, sirvientes, empleados, etc.) y que sin embargo eran la base de la multitud de ciudadanos afectados y observadores de la actividad política; por otro, grupos de actores políticos emergentes, interesados en asegurar su acceso al campo político, ya sea a base de un capital simbólico-ideológico novedoso (socialismo), o a un discurso modernizante, respaldado en masas poblacionales (bonifacismo); en tercer lugar estaban los grupos y élites políticas tradicionales, representadas en los partidos políticos y líderes que habían hegemonizado la acción política formal, y el consiguiente acceso al Estado; por último, estaba el Ejército, en tanto única fuerza con la capacidad corporativa autónoma como para acceder y modificar el campo de acción política.

Tras las elecciones de 1931, y el consiguiente triunfo bonifacista, el creciente rechazo de las otras fuerzas políticas llevó a que los demás actores reconocieran, desde sus respectivas posiciones, la importancia inevitable del arbitraje militar, concentrando en éste las más diversas presiones y estrategias de involucramiento. Es precisamente en este momento en el que el Ejército, además de su poder institucional real (su capacidad demostrada de marcar la ruta política vía la fuerza), concentra la expectativa y la demanda de una nueva acción arbitral, constituyéndose así en un súper-actor, cuya actuación puede determinar el curso de acción futura.

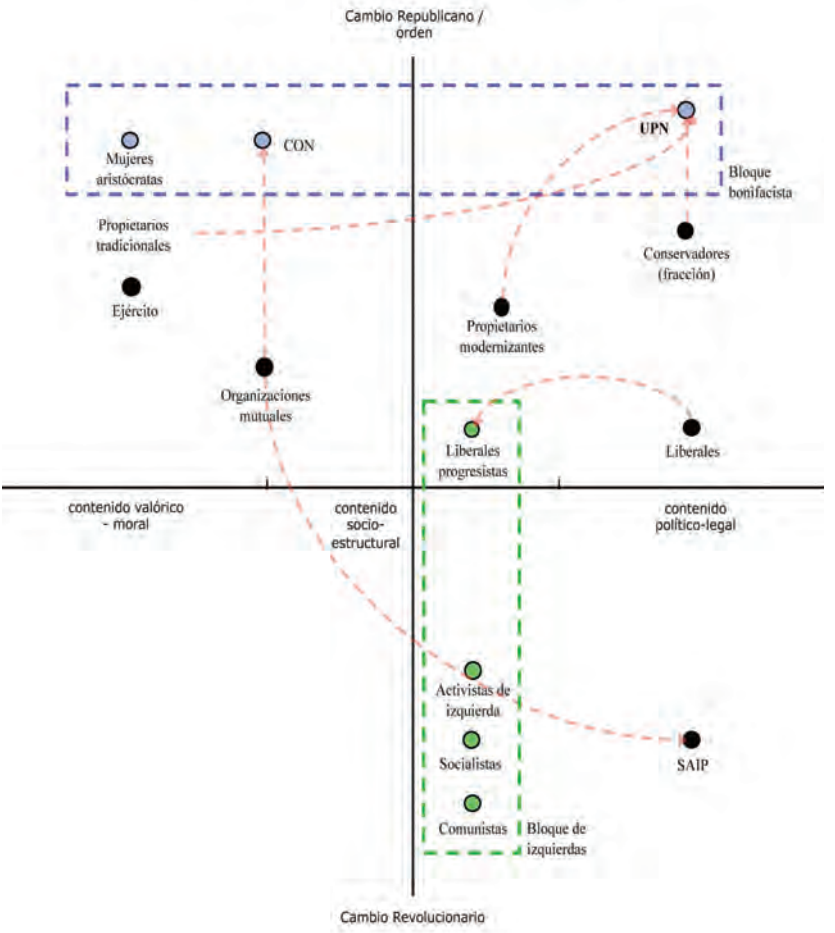
En términos analíticos, la presencia de un súper-actor implica que las diversas decisiones estratégicas de otros actores están funcionalizadas

a las del primero, y en este sentido, su decisión puede ser el gatillo definitivo, el 'umbral' crítico que desate un fenómeno de acción colectiva (Granovetter, 1978). Por otro lado, en el caso de actores institucionales, el proceso endógeno de toma de decisiones asume entonces una importancia fundamental.

Discursos cambiantes: marcos interpretativos en mutación

Una forma visual de notar la dinámica ideológica en el corto lapso entre 1931 y 1932 es a partir del diagrama de campo político-simbólico, propuesto en el Diagrama N.° 2, y ajustado en el Diagrama N.° 3, que refleja el efecto del proceso electoral de 1931.

Diagrama N° 3
Campo político en coyuntura electoral de 1931



Fuente: Elaboración propia

El punto que caracterizó al bonifacismo, fue la profunda apuesta por un proyecto político, cargado desde el principio de un matiz moral que reivindicaba valores como la honestidad y el respeto a la propiedad, en contraste –según ellos- al izquierdismo; su argumentación de honestidad y desinterés político, coincidió (no por casualidad) con los postulados de un republicanismo bien alimentado a partir de las lecciones y los referentes fascistas italianos, y los consiguientes conceptos de Patria y Nación.

Un fenómeno notorio fue la segmentación de las organizaciones mutuales y obreras, pues mientras un importante grupo se politizaba intensamente a favor de la propuesta valórica de Bonifaz (simbolizado por la Compactación Obrera puntualmente), otra respondía con una politización similarmente intensa, pero de signo opuesto, en otras organizaciones, como la SAIP, que cuestionaba fuertemente las prácticas y contenidos de los compactados (ver Durán Barba, 1981; Luna Tamayo, 1989).

Otra segmentación importante es la poco notoria del Partido Conservador, cuya división en grupos, uno a favor de la tesis jijoniana de participación activa, y otro a favor de una abstención funcional en 1931, generaron la acusación posterior de filiación del movimiento bonifacista a la causa conservadora.

Una tercera dinámica muestra la derivación de los intereses y visiones portadas por el segmento de élites de propietarios modernizantes, hasta este momento centradas en su ámbito específico de cambio agrario, hacia una franca apuesta política por acceder al poder institucional, a partir de un ideario basado en la preservación y reconstrucción del orden y la disciplina sociales. De hecho, la concreción de esta postura en la Unión Patriótica Nacional (UPN), combinada con la apuesta política compactada, configuró el bloque político bonifacista que triunfó en la contienda de 1931. A ello se combinó la politización abierta de los propietarios tradicionales.

Del otro lado, el bloque de izquierdas reunía a los liberales progresistas, desprendidos del tronco liberal radical a partir de sus preocupaciones por las condiciones sociales, que los acercaban al discurso socialista, y por los activistas socialistas (especialmente los estudiantes universitarios), socialistas propiamente dichos y comunistas, diferenciados por la

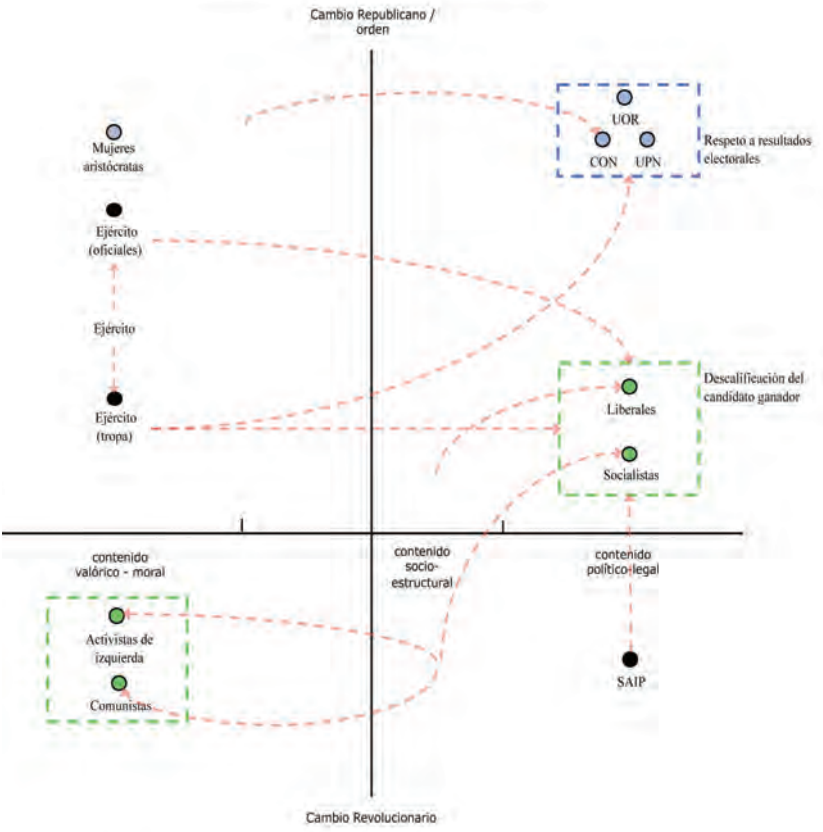
radicalidad de su discurso revolucionario, y hermanados por el carácter del mismo, a medio camino entre las reivindicaciones sociales y los propósitos específicamente políticos de captar el voto popular como forma de acceso al poder. De hecho, su discurso en medio de la campaña consistió en achacar al bonifacismo los denuestos 'tradicionales' de gamonalismo, feudalismo y conservatismo clerical, minimizando el reto valórico que éste le había planteado. El resultado fue la derrota.

Aprendidas las lecciones, y aplicadas en diferentes sentidos, la coyuntura post electoral modificó el mapa apreciablemente, como puede apreciarse en el Diagrama N.° 4. Con el triunfo logrado, y enfrentado a la lucha radical de sus opuestos, el bonifacismo mutó su discurso, no en su contenido republicano, sino en su énfasis y carácter, pues abandonó el posicionamiento valórico – moral por enrocarse en una férrea defensa de los resultados electorales, a despecho de enfrentarse en colisión con las instituciones políticas que bien podían (como terminaron haciéndolo) desestimarlos.

Escenario al que esta vez apostó la izquierda, que de la misma manera varió su posición discursiva, esta vez apelando a un carácter valórico; la acusación de peruanismo cuestionaba no sólo la filiación formal con la Patria, sino además insinuaba una ruptura valórica fundamental: la cobardía y la anteposición del interés particular a la identidad nacional y al amor por la Patria. Este viraje fue aupado por la búsqueda de estrategias políticas que buscaban, al mismo tiempo, invalidar el triunfo de Bonifaz, preservando un orden institucional de repente funcional.

Este giro discursivo en ambos polos exacerbó las tensiones al interior del Ejército, el cual terminó dividiendo su posición pública en dos partes: el sostenimiento del orden jerárquico institucional, y su respaldo al Congreso como fuente de legitimidad (oficialidad y Alto Mando), y el sostenimiento de los resultados electorales como base y criterio de legitimidad, para defender los cuales podía asumir un papel de agencia más cercano al cambio de tipo revolucionario (tropa).

Diagrama N° 4
Campo político en coyuntura post-electoral de 1932



Fuente: Elaboración propia

En este sentido, aparece claramente que el pronunciamiento militar de los Cuatro Días respondió más a una convicción acerca de la fuente real de autoridad política, que a un respaldo a caudillismos específicos.

Aunque podría hacerse un análisis de los marcos discursivos episodio por episodio, es notoria la presencia de ciertas líneas comunes a lo largo

de todos ellos. Si recordamos las dimensiones mínimas requeridas por un marco interpretativo (problematización, identificación y propuestas de acción), es claro que la definición del problema central es básica; y si bien parecería que ese problema es el del acceso legítimo al poder público, al Estado, nos parece que va más allá. La disputa por el poder es la ocasión y el marco para que las élites expresen sus proyectos políticos y sus valores de soporte, pero no su sustancia. ¿Qué había detrás de la lucha por el poder político? Como vimos, primero una pugna por la lógica del cambio social y sus motores (revolucionarismo vs. republicanismo elitario), segundo, otra por la fuente de legitimidad del cambio político (las instituciones o la voluntad popular), y por último, ciertamente, una por el marco valórico de soporte (valores políticos relativos o absolutos).

Al momento de definir el problema, se genera inmediatamente el juego de actores e identidades tras él; así, los bandos se establecen entre quienes comparten la posibilidad de los cambios rápidos y conducibles, la conveniencia de las estructuras establecidas como base para ese cambio social rápido (más que la voluntad popular aún muy 'influenciable'), y por ende la supremacía de una ética pública que puede funcionalizar la ética privada; al otro lado aparecían quienes asumían al cambio como resultado de un esfuerzo y sacrificio cívicos, necesariamente graduales, sobre la base legítima de la voluntad popular como medio de acceso privilegiado al Estado, y una visión de ética pública que refleja la ética privada.

El ciclo y su forma: factores de la dinámica del conflicto

La aproximación a la conflictividad de la época a partir de sus episodios específicos puede generar la ilusión de aislamiento; es decir, pensar que cada evento no tendrá más ligazón con los otros que el de la cercanía en el tiempo. Esto por cierto no es así.

La Guerra de los Cuatro Días no fue un evento aislado, ni una guerra civil de salón; la muerte de alrededor de 200 personas por día no podía ser un accidente. La Batalla de Quito representa bien un clima de conflictividad que hunde sus raíces en el colapso de la transformación juliana y lega sus repercusiones hasta la misma explosión velasquista.

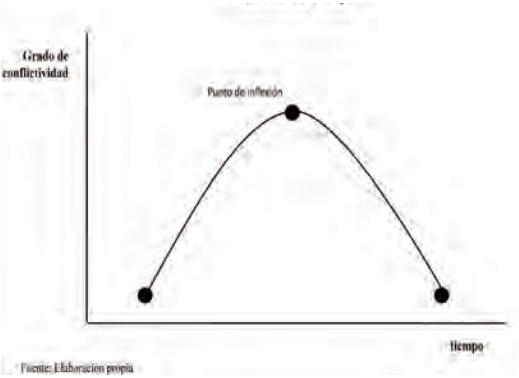
Partiendo de McAdam, Tarrow et al., 2001, el ciclo de protesta se entiende como una secuencia vinculada de episodios conflictivos. En el caso

particular de la violencia política en el Quito de estos años, la existencia de un ciclo podría definirse entonces en base a dos condiciones: la existencia de una continuidad en variables clave, y la presencia de un patrón temporal con una dinámica específica de conjunto. Respecto a lo primero, la continuidad es clara a tres niveles: a) en actores (políticos y sociales), empezando por el ejército, los líderes políticos tradicionales, los activistas políticos socialistas, los militares retirados, las damas aristócratas, los trabajadores autónomos y artesanos; b) en argumentos o elementos discursivos, como la búsqueda de nuevos liderazgos tras el fracaso percibido del julianismo, la emergencia y posicionamiento del socialismo y el comunismo como alternativas políticas y discursivas, la potenciación del concepto de 'pueblo' como una fuerza legitimadora y de imposible control; y c) en los repertorios de protesta, respecto a lo que el continuo de episodios en Quito muestra una sorprendente comunidad de usos y prácticas de protesta, como veremos en el apartado siguiente.

Respecto al tema del patrón temporal, primero repasemos algunos conceptos. En términos de tiempo, puede pensarse en un ciclo como una secuencia de dos momentos o etapas sucesivas; una de crecimiento y multiplicación, donde se suceden episodios hasta un punto de quiebre, y otra de atenuación, desde éste, que marca una tendencia de atenuación y momentos conflictivos cada vez menores.

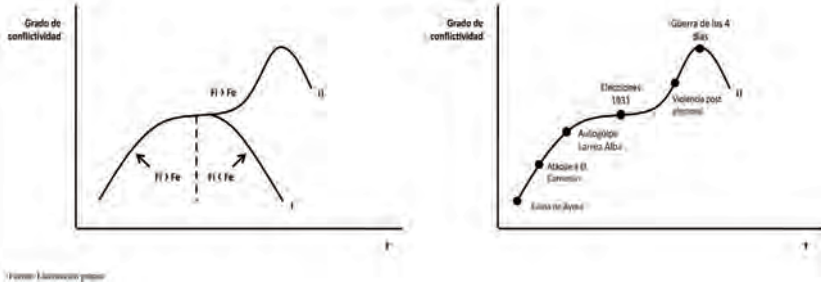
Esta fluctuación o arco podría explicarse por la interacción de por lo menos dos tipos de factores: impulsores, que multiplican o favorecen la confrontación, y equilibradores, que tienden a contrarrestarla y llevarla a un nuevo equilibrio; en la primera etapa de conflictividad creciente, los factores impulsores primarían sobre los equilibrantes, mientras que en la segunda, sería al revés.

Diagrama N° 5
Ciclo conflictivo simple



Dependiendo de la potencia de cada juego de factores a lo largo del tiempo, puede observarse ciclos de protesta simples (tipo I), o explosivos (tipo II). ¿La conflictividad de Quito responde a alguno de estos patrones? Creemos que al Tipo II.

Diagrama N° 6
Ciclo conflictivo aplicado al periodo 1931-1932



Al respecto, un detalle es particularmente importante en esta dinámica. Si bien la secuencia puede ser entendida como un ciclo completo, no es homogéneo. Las elecciones de 1931 son un doble punto de inflexión: por un lado, la novedad de una elección relativamente limpia marca un hito importante en la dinámica política tradicional; por otro, sin embargo, representó no la atenuación, sino la mutación del conflicto político.

Antes de las elecciones, el bonifacismo se fundamentaba en un cuestionamiento moral y nacionalista a sus contrincantes, mientras las fuerzas de izquierda apuntaban de cuestionamientos políticos tradicionales. Tras las elecciones, los énfasis cambian y se polarizan: el bonifacismo, triunfante, esgrimió argumentos ahora fundamentalmente políticos para defender la legitimidad de su proyecto, sobre la base del principio de la pureza eleccionaria, y frente al cuestionamiento a la nacionalidad del Electo, apenas apeló al nacionalismo y la historia, recordando la ilustre prosapia prócer de la familia Bonifaz. La izquierda y los liberales, por el contrario, afincaron sus ataques al Electo sobre bases fundamentalmente morales y nacionalistas, pero de una polarización sin marcha atrás.

La izquierda no podía retroceder en el cuestionamiento a la fibra moral de Bonifaz, cerrando de entrada cualquier forma de convivencia política; igualmente, Bonifaz no podía escurrir el bulto del cuestionamiento a su patriotismo, pero su respuesta fue errática, ingenua (la atribución a su "despreocupada juventud" fue objeto de un verdadero escarnio), inoportuna, y violenta, a través de sus partidarios en las calles.

Las posiciones irreconciliables permearon de lo político a lo social. Las maniobras de intermediación (brokerage) en las que los liderazgos políticos trataban de 'convencer' a actores clave civiles o militares, generaron un acelerado fenómeno de alineamiento y polarización. Producida la descalificación, agregó un nuevo ingrediente al caos: la disyuntiva excluyente en torno a la base o criterio de legitimidad constitucional: la institucionalidad congresil o la voluntad electoral. Fue la gota que derramó un vaso hace rato lleno.

En términos de dinámica temporal, esto quiere decir que el balance entre factores impulsores y equilibrantes había cambiado.

En la etapa pre-electoral jugaron, entre otros, los siguientes factores impulsores de la acción colectiva: a) incremento de la intermediación o brokerage, especialmente a través de militares en retiro y activistas políticos socialistas, y también 'brokers' por amistad o parentesco; b) la politización valórica, o uso con fines políticos de un discurso moral, como hizo Bonifaz al hacer girar su imagen en torno al valor fundamental de la Honestidad, por ejemplo, de la que se acusaba de carecer a sus oponentes;

c) la ampliación de la base electoral, al menos con la incorporación del electorado femenino, y por tanto como agentes activos en la campaña política; d) la impugnación a las instituciones políticas, especialmente los partidos políticos; e) la insinuación al tutelaje, especialmente reflejado en las múltiples hojas volantes que pedían la lealtad, o la acción, de los soldados para garantizar los procesos o cerrar el paso a los demagogos; f) las oportunidades estratégicas de acceso a ventajas, recursos o mejoras de posición, especialmente a nivel de ejército, siempre estuvieron presentes aunque no necesariamente explícitas.

Sin embargo, los factores equilibradores operaban con mayor peso:

> a) las restricciones institucionales, como el esquema disciplinario en el Ejército, que limitaba, o por lo menos volvía más 'costoso' cualquier tipo de fracaso, como lo mostró la intentona de Luis Larrea Alba;
>
> b) las restricciones políticas, especialmente por la política de sostén al proceso electoral que mostró el Gobierno de Baquerizo Moreno, en parte por la incapacidad de contar con un candidato oficial rápidamente;
>
> c) las restricciones simbólicas, en tanto cualquier acción que pudiese ser calificada como 'inconstitucional' acarrearía una seria carga de ilegalidad e ilegitimidad.

Tras las elecciones, como vimos, este balance cambia. Aparecieron nuevos factores impulsores:

> a) la objetualización del opuesto, es decir, la transformación del oponente político en un opuesto moral y simbólico, carente de posibilidades para el debate, el cuestionamiento y el acuerdo, y poseedor meramente de atributos dañinos;
>
> b) la politización valórica extrema, ahora en manos de los críticos al candidato electo, al volverlo símbolo de los antivalores, como el rechazo a la Patria;
>
> c) el debilitamiento categorial, al llevar la discusión sobre el criterio de legitimidad política a una disyuntiva extrema: la institucionalidad o la voluntad popular. Éstos, sumados

a los anteriores, desequilibraron el balance factorial y facilitaron el desborde de la violencia.

En resumen, diversas circunstancias se combinaron para derivar en violencia colectiva abierta. En términos de elementos o componentes:

- La presencia de tensiones estructurales: la creciente urbanización social, la persistente crisis económica, el aparecimiento de alternativas políticas claramente opuestas al status quo, etc.

- La formación de colectivos en busca de identificación y referenciamiento sociales (como los trabajadores autónomos de Quito, en mucho migrantes, 'chagras', o los residentes pobres, 'chullas'; desempleados y mujeres, estudiantes ...).

- La presencia de agentes proactivos, para quienes la acción colectiva es una alternativa u oportunidad estratégica, y cuya acción o iniciativa puede generar amplios efectos multiplicadores (claramente el ejército en este caso, pero también los activistas políticos de ambos extremos ideológicos); y agentes reactivos, que responden a iniciativas de los primeros, dentro de una lógica de 'umbrales' (Granovetter, 1978)

- La formación de marcos interpretativos de la realidad circundante, alternativos y contrapuestos; en el caso de esta época, tales marcos ocuparon básicamente el campo político, donde se definían los diagnósticos, culpables y remedios de la situación coyuntural.

En términos de dinámicas, es notoria, por un lado, la presencia de coyunturas convocantes, que representasen un efecto directo a diversos actores, y por tanto sugerían o empujaban a tomas de posición públicas. En este caso, la presencia de un monopolio de bienes básicos, como los fósforos, o la definición de candidaturas políticas. Por otro, el desempeño de factores impulsores y equilibradores, como los mencionados arriba, cuyo juego tiene efectos diferenciados para los diversos actores, especialmente agentes proactivos, y que perfilan el comportamiento temporal de los ciclos de protesta.

Repertorios, o el lenguaje de las calles

La acción colectiva no era en absoluto extraña a Quito; sin embargo, estos años transformaron a la ciudad, literalmente, en el teatro privilegiado de la manifestación y la multitud, al punto de desarrollar una suerte de lenguaje visual y espacial. Ante todo, es claro que dos formas de manifestación son las fundamentales en el periodo analizado: la manifestación pública masiva, y la 'guerra' de hojas volantes y prensa 'chica'. En este caso en particular, centraremos la mira especialmente en la primera.

Partamos primero de una revisión espacio-temporal. Puede empezarse por los núcleos espaciales de poder simbólico, o simplemente los centros de poder, espacios tradicionalmente adoptados como puntos de encuentro, partida o llegada, foro privilegiado de exposición o incluso objeto de 'toma' simbólica, además de hitos obligados de cada circuito manifestatorio. En los casos analizados puede apreciarse la presencia de algunas plazas como centros de poder tradicionales:

- La Plaza Grande, rodeada entonces por los poderes políticos nacionales (Ejecutivo y Legislativo), local (municipio) y eclesiástico, además de contar entre la vecindad con diversas legaciones diplomáticas y con los principales hoteles de la época, residencia habitual en Quito de los grandes políticos provinciales;

- La Plaza de Santo Domingo (o Sucre a la época) contaba con el plus de la vecindad del Cuartel Constitución;

- La Plaza del Teatro en cambio fue el espacio preferido por las manifestaciones de izquierda, quizá debido a la cercanía de la Casa del Obrero.

- El espacio correspondiente a la Plaza de San Blas y el acceso al Parque de la Alameda, área de significativo trajín comercial popular el primero, espacio cerrado y dedicado al ocio selecto el segundo.

Cabe recordar, además, que las plazas cumplían un importantísimo papel de socialización y cotidianidad; por ejemplo, es poco conocido el papel de la Plaza de Santo Domingo (Sucre) como espacio de fiesta y alteración simbólica de los roles sociales: las chinganas, en época de inocentes y fin

de año, grandes bailes de disfraces donde participaban personas de todas las clases sociales (Entrevista a Doña Alicia Ordóñez Pallares, 2010).

Por otro lado están las calles que sustentan las diversas líneas de recorrido manifestatorio, y de las cuales algunas aparecen –por su repetitividad- como rutas centrales de manifestación:

- Calle Guayaquil, eje longitudinal, y espacio comercial y de negocios más activo de la ciudad; enlazaba a su vez las plazas Sucre, del Teatro, San Blas y la Alameda.
- Calle Rocafuerte, eje perpendicular a la vez fuertemente poblado y espacio de una gran diversidad de negocios populares; límite además al sur del cual se conectaban las zonas más pobladas de la ciudad (calles Ambato, Loja, Maldonado). Conectaba la Plaza Sucre (Santo Domingo) con el resto del centro;
- Calle García Moreno; vía longitudinal sobre la que desatacaba el complejo político clave de la época: la Plaza Grande, legaciones diplomáticas, hoteles de alto nivel.

Además de los centros de poder y rutas centrales, se identificó sitios-simbolo, puntos intermedios dentro de las rutas, de importancia simbólica y relativa al tipo de manifestación en cuestión; en este caso, por ejemplo, son particularmente decidores los sitios correspondientes a las manifestaciones más grandes de este periodo, las ocurridas justo antes de la descalificación de Bonifaz; en la marcha pro-bonifacista destacan el local de la Compactación Obrera (Calle Chile, cerca a la Plaza de La Merced) y la residencia de Neptalí Bonifaz (Bolivia y Flores); en el caso de la manifestación antibonifacista destacan en cambio la Casa del Estudiante (García Moreno, entre Bolívar y Rocafuerte), el local del Diario El Día (Mejía y Venezuela), y por supuesto, la Casa del Obrero, al lado de la Plaza del Teatro.

En primera instancia parecería que el propósito de las conexiones entre centros de poder, rutas y sitios símbolo fue exponer la magnitud y fuerza de las manifestaciones ante actores elitarios, ya sea en tanto propietarios o encargados de locales comerciales y productores, sea en tanto élites políticas. Esto sin embargo se relativiza si se considera –como haremos enseguida- el manejo de los tiempos y no sólo el de los espacios.

En efecto, es particularmente llamativo que en casi todos los casos de iniciativa civil, el inicio de las manifestaciones es nocturno: caída de Ayora, 21:00; ataque al Diario El Comercio, 20:30; manifestación estudiantil del 1 de mayo de 1932, 20:00; manifestación probonifacista del 13 de agosto de 1932, 19:30; tan sólo la manifestación antibonifacista del 16 de agosto del mismo año, empezó a una hora poco usual: 16:30. En cambio, los pronunciamientos que tuvieron inicio en actores militares, utilizaban las madrugadas y mañanas: intento de autogolpe de Luis Larrea Alba, madrugada del 15 de octubre de 1931; Guerra de los Cuatro Días, madrugada del 27 de agosto del 32.

Lo anterior puede tener múltiples explicaciones: facilitar la participación de actores laboralmente activos; un esfuerzo por preservar la 'normalidad' diurna que respetara las propiedades y las libertades usuales; la 'liberación' de calles y plazas de las actividades diurnas; la vivencia del activismo político como una actividad complementaria a los roles económicos 'normales'; una mayor 'efectividad visual' de las protestas, al contar con mayor número de observadores ...

La última hipótesis, sin embargo, parecería contradictoria: ¿acaso las manifestaciones tendrían más auditorio en la noche que en la mañana?. Ciertamente no, si el auditorio fuera sólo de viandantes; sin embargo, quizá ese no era su grupo objetivo. Al fin, los viandantes diurnos ocupaban intensamente las calles centrales para trámites y negocios, mientras que por la noche, al parecer bullente de una notoria actividad social y cultural[68], esos mismos viandantes podían asumir nuevos roles, incluso quizá el de activismo político. Por otro lado, recuérdese que para esta época, el centro aún combina la figura de locales de negocio adjuntos a casas familiares o renteras, por tanto, podría haber menos actividad comercial, pero no demasiado menos 'habitantes'[69].

Una última nota se refiere al uso y el peso simbólico de la violencia. No puede decirse que el clima social de estos años fuera poco violento; de hecho, el conteo de muertos, heridos y contusos en los eventos anteriores a la Batalla de Quito es fácilmente de varias decenas, en parte gracias a

[68] Recuérdese, por ejemplo, que la noche de las manifestaciones contra Ayora, la gente "salía de los teatros" a las 21:00. De la misma manera, en la entrevista a Doña Alicia Ordóñez Pallares (2010) se confirmó la multiplicidad e intensidad de actividades culturales, incluso diurnas, sobre todo en las calles de mayor presencia comercial.

[69] Entrevista a Doña Alicia Ordóñez Pallares, 2010.

una extendida posesión de armas, especialmente de fuego, entre la población civil[70].

Sin embargo, es notoria de definición de cotas o límites implícitos al uso de la violencia. Es importante notar, por ejemplo, que el único caso en el que una manifestación atentó contra propiedades privadas (ataque a Diario El Comercio), las reacciones de la prensa, incluida aquella más de 'izquierda', fueron ácidas y duras. Por otro lado, las reacciones públicas ante la represión a los estudiantes, el 1 de mayo de 1932, cuya violencia misma no dejó de tener aires de 'aleccionamiento', fueron particularmente acres y duras, lo que forzó a la propia Compactación, a dar 'justificaciones' vía manifiestos públicos.

Sin embargo, quizá la mejor muestra de este acotamiento fue el uso de la violencia simbólica como sustituto y complemento de la violencia real, bajo la forma de sucesivas 'batallas' de hojas sueltas y prensa momentánea o 'chica'.

Precisamente por la sutileza de esta maquinaria de acotación de la violencia, choca el brutal contraste que implicó la Guerra de los Cuatro Días. Y sin embargo, aún en medio de la caótica lucha armada, podían notarse señales de su persistencia: los observadores diplomáticos reconocían el orden y el respeto a la propiedad dentro de la ciudad sitiada, pese a la ausencia de servicios y resguardo policial (Norris, 1968); por otro lado, los casos más claros de violación o aprovechamiento de la propiedad privada, fueron de los más acremente reseñados y criticados después: uso de la torre de la iglesia de Santo Domingo como punto de fuego por los soldados del regimiento Constitución, la entrada forzosa de los soldados atacantes al colegio religioso de la Providencia, en Chimbacalle (Rueda, 1939), o los saqueos puntuales de la tropa atacante a almacenes de víveres y el mercado (Varios, 1933).

Reflexiones de corte histórico

La intención original de este trabajo ha sido recuperar (o volver a ver, de alguna manera) un momento poco conocido y apreciado en la historia ecuatoriana. Y en este nivel hemos hallado interesantes reflexiones.

[70] Recuérdese por ejemplo los episodios del intento de ataque al domicilio de Luis F. Borja, o algunas de las escenas durante la intentona de autogolpe de Larrea Alba.

Ante todo, reconocer lo intensamente creativo y complejo de este periodo histórico. Complejidad que derivó en conflicto, más allá de lo económico (cuya marea de crisis global apenas se percibía en las mentes de los actores de la época), muy especialmente en lo político y social, quizá precisamente porque en esta época la dinámica política facilitó un medio y una forma de cuajar la bullente diversidad de identidades en reconstitución, impulsadas a partir de la migración campo – ciudad, el desquiciamiento de la visión laboral mutual y la multiplicación de formas de reinterpretar la realidad inmediata, mediante innovadores enfoques ideológicos y políticos.

Además, que este 'boom' político sobrepasó en mucho los anquilosados bordes de un sistema político-partidista cerrado sobre sí mismo, y ya de por sí excedido por el arrasamiento juliano, que para inicios de los treinta llegaba también a sus nunca pensados tan cortos límites. En este sentido, es claro que reducir el conflicto político a la manipulación de ciertos hilos por parte de hábiles dedos partidarios, no tiene sentido. Al contrario, los líderes y las élites políticas de varias maneras sufren en esta época de múltiples revulsivos, incluso dentro de sus propios cuadros, que amparan tanto a propietarios aristócratas con preocupaciones laborales, liberales más cercanos al socialismo utópico, izquierdistas tiernos y ultraortodoxos, gamonales con aspiraciones fascistas y modales caballerescos …

Indudablemente, el esquema partidario navegaba al garete, y apenas logró engancharse a las nuevas y potentes formas de lucha política, encarnadas en la apuesta multitudinaria bonifacista y el activismo de izquierda. El desenvolvimiento de estas fuerzas, en medio de una sociedad en creciente ajuste, dio pie al ciclo conflictivo aquí reseñado. Lo analizado hasta aquí confirma la apenas relativa y parcial injerencia de los partidos políticos tradicionales, y la pujanza de nuevas fuerzas e ideas que hicieron de las calles y el espacio, notas y sílabas.

Quizá el símbolo de este replanteo es precisamente la relectura de la Guerra de los Cuatro Días, tradicionalmente delineada como un episodio menor, aislado, casi folklórico. Cosa realmente opuesta a lo que fue. La Batalla de Quito es la conclusión explosiva, breve y violenta de un ciclo de protesta que hunde sus raíces en la revolución juliana, y sus derivaciones, en el populismo velasquista. Coyuntura por tanto de realineamientos

y definiciones, rupturas y contradicciones. Como ha podido verse, el enfrentamiento a bala en las calles de Quito tuvo múltiples antecedentes de manifestaciones políticas, crecientemente violentas y polarizadas.

Los Cuatro Días y el ciclo de violencia que sellan, mostraron el ascenso de actores e identidades que habían hallado en el libre sufragio, una forma de cuestionar al poder, y de alinearse y reconocerse en y con otros, al punto del sacrificio; por otro lado, la polarización había construido varias formas de identificación, antagónicas entre sí, pero todas con algún mecanismo de expresión o reflejo político.

Además, la febril acción colectiva había mostrado la presencia de un actor informe, múltiple, voluble, incontrolable, impredecible; un actor multitudinario que parecía responder a la incitación política, y que hacía de la manifestación y hasta la violencia, un lenguaje propio; un actor que de repente asumía caras y nombres propios, y parecía escoger líderes con la misma facilidad que los desechaba.

El caos objetivo y simbólico que portó el ciclo de conflictividad de Quito, no acabó con la Guerra de los Cuatro Días; los cuestionamientos, las alineaciones, las identidades no se resolvieron con sangre o violencia. Al contrario, buscaron otras formas de encarnar. No es ninguna coincidencia que la disyuntiva clave respecto a la base de legitimidad política haya hallado una respuesta tan categórica, pocos años después, cuando el velasquismo asuma al libre sufragio como su bandera fundamental. Tampoco lo es el que varias de las figuras del derrotado bonifacismo aparezcan luego entre los cuadros más selectos del velasquismo (Julio Teodoro Salem, como ejemplo representativo).

De la misma manera, la Guerra de los Cuatro días mostró con patetismo el filo de navaja sobre el que caminaba el tutelaje militar, y sus enemigos internos y ocultos, como la distancia entre la oficialidad y la tropa.

Sin embargo, las lecciones de este momento en la historia traspasan con claridad a nuestros días. En cualquier punto de la historia, el olvidar que la acción política repercute en la formación de las identidades y las ideas, y al revés; el no reconocer que la impugnación sistemática al oponente simplemente elimina posibilidades, diversidad política para todos los actores; el confundir a propósito, como recurso, lucha política con lucha

moral, dicotómica, en la que no hay alternativas; el funcionalizar la base de legitimidad política a la coyuntura y al proyecto particular; todo, en conjunto, no hace más que conducirnos a una espiral de radicalización, polarización, invalidación mutua, que una vez, hace un puñado de años, y por cuatro días, nos hizo olvidar quienes somos.

Anexo

Leyenda de edificaciones. Mapa de Quito, 1931

1.—Palacio Nacional y Cámaras Legislativas.
2.—Palacio de Justicia.
3.—Ministerio de Relaciones Exteriores.
4.—Ministerio de Guerra y Marina.
5.—Contraloría.
6.—Palacio de Correos, Telégrafos, etc.
7.—Palacio Municipal.
8.—Intendencia de Policía.
9.—Estación de Ferrocarriles.
10.—Banco Central.
11.—Caja de Pensiones.
12.—Hosp. de San Juan de Dios.
13.—Hospital Civil (nuevo).
14.—Hospital Militar.
15.—Hospicio y Manicomio.
16.—Penitenciaría.
17.—Universidad Central.
18.—Instituto Nacional Mejía.
19.—Instituto Normal Juan Montalvo.
20.—Instituto Normal Manuela Cañizares.
21.—Escuela 24 de Mayo.
22.—Escuela de Bellas Artes.
23.—Conservatorio Nacional de Música.
24.—Escuela de Artes y Oficios.
25.—Liceo Fernández Madrid.
26.—Biblioteca Nacional.
27.—Observatorio Astronómico.
28.—Teatro Sucre
29.—Palacio Arzobispal.
30.—Iglesia y Conv. de San Agustín.
31.—Iglesia y Conv. de Santo Domingo.
32.—Iglesia y Conv. de San Francisco.
33.—Iglesia y Conv. de los Jesuítas.
34.—Iglesia y Conv. de la Merced.
35.—Seminario Mayor.
36.—Seminario Menor.
37.—Academia de Guerra.
38.—Escuela Militar.
39.—Cuartel de Infantería.
40.—Cuartel de Caballería.
41.—Cuartel de Artillería.
42.—Servicio Geográfico Militar.
43.—Arsenal de Guerra.
44.—Quinta de la Providencia.
45.—Polvorín.
46.—Claustro de San Diego.
47.—Claustro del Buen Pastor.
48.—Orfelinato de San Vicente.
49.—Iglesia de San Sebastián.
50.—Iglesia de San Roque.
51.—Iglesia del Robo.
52.—Iglesia de Santa Clara.
53.—Iglesia del Carmen Alto.
54.—Escuela de los Hermanos Cristianos.
55.—Iglesia de la Basílica.
56.—Iglesia de los Salesianos.
57.—Estación Inalámbrica.
58.—Iglesia de San Juan.
59.—Iglesia de San Marcos.
60.—Iglesia de Santa Catalina.
62.—Escuela 10 de Agosto.
63.—Escuela Rocafuerte.
Líneas de Tranvías: —.—.—.—.—.—.—

Bibliografía

Agoglia, Rodolfo, Ed. (1985). *Historiografía ecuatoriana. Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano*. Quito: Corporación Editora Nacional - Banco Central del Ecuador.

Albornoz, Vicente (2006). "Un atisbo de modernidad". En *Testigo del siglo. El Ecuador visto a través del Diario El Comercio* Varios (Ed.), 191-193. Quito: Ediecuatorial - Diario El Comercio

Alexander Rodríguez, Linda (1992). *Las finanzas públicas en el Ecuador (1830 - 1940)*. Quito: Banco Central del Ecuador

Arcos, Carlos (1984). "El espíritu del progreso: los hacendados en el Ecuador del 900". En Revista *CULTURA*, VII, 19: 107-134.

Arcos, Gualberto (1940). *Años de oprobio*. Quito: Impr. Fernández

Auyero, Javier (2003a). "Repertorios insurgentes en Argentina contemporánea". En Revista *ICONOS-FLACSO,* 15: 44-61.

——— (2003b). *When Everyday Life, Routine Politics, and Protest Meet*. New York: Sociology Department, State University of New York

——— (s/f). *"The moral politics of Argentine crowds"*. http://www.sunysb.edu/sociol/faculty/Auyero/auyero.html.

Barrera, Ricardo (1950). *Descalificación presidencial. El congreso de 1932*. Quito: Talleres gráficos Minerva

Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Avellaneda - Argentina: Siglo XXI Eds.

Bustamante, Fernando (2006). "Las fuerzas armadas ecuatorianas y el siglo XX". En *Testigo del siglo. El Ecuador visto a través del Diario El Comercio* . Varios (Ed.), 230-236. Quito: Ediecuatorial - Diario El Comercio

Bustos L., Guillermo (1991). "La politización del 'problema obrero': los trabajadores quiteños entre la identidad 'pueblo' y la identidad 'clase' (1931-1934)". En *Las crisis en el Ecuador: los treinta y los ochenta*. Rosemary Thorpe (Ed.), 95-132. Quito: Corporación Editora Nacional

——— (1992). "Quito en la transición: actores colectivos e identidades culturales urbanas (1920-1950)". En *Quito a través de la historia. Enfoques y estudios*. Varios (Ed.), 163-188. Quito: I. Municipio de Quito - Junta de Andalucía

Carbo, Luis Alberto (1953). *Historia monetaria y cambiaria del Ecuador desde la época colonial*. Quito: Talleres tipográficos del Banco Central del Ecuador

Collins, Randall (1975). *Conflict sociology. Toward an explanatory science*. New York: Academic Press

Córdova, Andrés F. (1938). "La vida política ecuatoriana a través de la Constitución Décima Tercera". En *Revista del Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca*, VIII, 32.

Coronel, Valeria (2006). "Hacia un 'control moral del capitalismo': pensameinto social y experimentos de la Acción Social Católica de Quito". En *Estudios ecuatorianos. Un aporte a la discusión*. Ximena Sosa-Buchholz y William Waters (Ed.), 57-78. Quito: FLACSO - LASA (Sección de estudios ecuatorianos) - Abya Yala

Crawford de Roberts, Louis (1980). *El Ecuador en la Época Cacaotera*. Quito: Ed. Universitaria, UCE

Cruz, José, Luis León, Aquiles Jijón y Enrique Garcés (1933). "Densidad de la población en Quito con relación al número de habitaciones". En *Universidad Central*. Archivo de la Facultad de Ciencias Médicas, II.

Cueva, Agustín (1983). "El Ecuador de 1925 a 1960". En *Nueva Historia del Ecuador*. Enrique Ayala Mora (Ed.), 87-121. Quito: Grijalbo / Corporación Editora Nacional

——— (1988). *El proceso de dominación política en el Ecuador*. Quito: Planeta

Cuvi, Pablo, Ed. (2004). *Historia del Congreso Nacional*. Quito: Imp. Mariscal.

Chiriboga, Angel Isaac (1932). "La batalla de Quito". En *El ejército nacional*. Revista de estudios histórico - militares, Año XI, 66.

de la Torre E., Carlos (1993). *La seducción velasquista*. Quito: Ediciones Libri Mundi - FLACSO

del Pozo, Miguel Angel (1930). "El problema social en el Ecuador". En *La propiedad privada y el salario*. René Báez, Lucas Pacheco y Ma. Elena Albán (Ed.), Quito: Banco Central del Ecuador - Corporación Editora Nacional

Deler, Jean Paul (1987). *Ecuador. Del espacio al Estado nacional*. Quito: Banco Central del Ecuador

Diario El Día (1936). *Diez años de política ecuatoriana. Calendario político y de trascendentales hechos ocurridos en el Ecuador desde el nueve de julio del año 1925 a diciembre de 1935*. Quito: Folletín de El Día

Drake, Paul (1984). "La Misión Kemmerer en el Ecuador; revolución y regionalismo". En Revista *CULTURA*, VII, 19 (mayo - agosto).

Durán Barba, Jaime, Ed. (1981). *Pensamiento Popular Ecuatoriano. Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano*. Quito: Banco Central del Ecuador - Corporación Editora Nacional.

Espinosa Tamayo, Alfredo (1985). *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano*. Quito: Banco central del Ecuador - Corporación Editora Nacional

Fischer, Sabine (1983). *Estado, clases e industria*. Quito: El Conejo

Gallino, Luciano (1995). *Diccionario de Sociología*. México: Siglo XXI Editores

Garcés, Enrique (1933). *Bajo una lluvia de balas: los cuadros trágicos en el Hospital Civil*. Quito: Imprenta Nacional

Goetschel, Ana María (1991). *Hegemonía y poder local (Quito: 1830-1950)*. Quito: Consejo Provincial de Pichincha - ADHILAC - ADHIEC

Granovetter, Mark (1978). "Threshold models of collective behavior". En *American journal of sociology*, 83, 6.

Huntington, Samuel P. (1968). *El orden político en las sociedades en cambio*. Barcelona: Paidós

Hurtado, Osvaldo (1993). *El poder político en el Ecuador*. Quito: Ariel / Letraviva / Planeta

——— (2006). *El poder político en el Ecuador*. Quito: Planeta

Ibarra, Hernán (1984). *La formación del movimiento popular: 1925-1936*. Quito: CEDIS

Icaza, Jorge (1985). *En las calles*. Quito: Editorial El Conejo

Kingman, Eduardo (1992a). "Quito, vida social y modificaciones urbanas". En *Enfoques y estudios. Quito a través de la historia*. Varios (Ed.), 129-152. Quito: I. Municipio de Quito / Junta de Andalucía

——— (2006). *La ciudad y los otros. Quito 1860 - 1940. Higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO Ecuador - Universidad Rovira i Virgili

Kingman, Eduardo y Ana María Goetschel (1992b). "Quito: Las ideas de orden y progreso y las nuevas extirpaciones culturales". En *Enfoques y estudios. Quito a través de la historia*. Varios (Ed.), 147-158. Quito: I. Municipio de Quito / Junta de Andalucía

Larrea Jijón, Modesto (1957). *Apuntes para la historia. Sucesos que culminaron con la revolución de Tulcán, el 31 de enero de 1932*. Quito: Talleres gráficos Minerva

López, A., C. Donoso y P. A. Suárez (1937). "Estudio numérico y económico-social de la población de Quito". En *Instituto Nacional de Previsión*. Boletín del Departamento Médico-Social, I, 1.

López B., Patricio (2007). *La constituyente de 1929 y la lucha política ecuatoriana*. Quito: FLACSO

——— (2008a). "El ocaso creativo del bonifacismo: algunas hipótesis en torno a estilo y conflicto político a inicios de los años 30". En *Ecuador Debate*, 73, abril.

——— (2008b). "La normalidad excepcional. Una panorámica de la política económica del Gobierno Plaza Lasso (1948-1952)". En *Galo Plaza y su época*. Carlos de la Torre y Mireya Salgado (Ed.), 61-116. Quito: FLACSO Ecuador - Fund. Galo Plaza Lasso

Luna Tamayo, Milton (1987). "Regiones, clases y enfrentamientos sociales en los veinte". En *Crisis y cambios de la Economía Ecuatoriana en los Años Veinte*. VV.AA. (Ed.), 189-220. Quito: Banco Central del Ecuador

——— (1988). "Los movimientos sociales en los treinta y el rol protagónico de la multitud". En *Revista ecuatoriana de historia económica*, 6: 199-235.

——— (1989). *Historia y conciencia popular. El artesanado en Quito*. Quito: Corporación Editora Nacional

——— (1991). *Las trampas históricas de la industria ecuatoriana. 1900 - 1930. Su frustrada constitución como clase*. Quito: Consejo Provincial de Pichincha - ADHILAC - ADHIEC

——— (1992). "Los mestizos, los artesanos y los vientos de la modernización en el Quito de inicios de siglo". En *Quito a través de la historia. Enfoques y estudios*. Varios (Ed.), 191-202. Quito: I. Municipio de Quito - Junta de Andalucía

Llerena, José Alfredo (1959). *Frustración política en veintidos años*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana

Maiguashca, Juan (1991a). "Los sectores subalternos en los años treinta y el aparecimiento del velasquismo". En *Las crisis en el Ecuador: los treinta y los ochenta*. Rosemary Thorpe (Ed.), 79-94. Quito: Corporación Editora Nacional

——— (1992). "La cuestión regional en la historia ecuatoriana (1830 - 1972)". En *Nueva Historia del Ecuador*. Enrique Ayala Mora (Ed.), 175-226. Quito: Grijalbo / Corporación Editora Nacional

———, Ed. (1994). *Historia y región en el Ecuador. 1830 - 1930*. Quito: Corporación Editora Nacional / FLACSO.

Maiguashca, Juan y Liisa North (1991b). "Orígenes y significado del Velasquismo: lucha de clases y participación política en el Ecuador, 1920-1972". En *La cuestión regional y el poder*. Rafael Quntero (Ed.), 89-160. Quito: Corporación Editora Nacional

Marchán, Octaviano (tnt. Cnel.) (1938). *El problema de los ascensos en el ejército ecuatoriano*. Quito: Litografía e imprenta Romero

Marchán R., Carlos, Ed. (1986). *Pensamiento agrario ecuatoriano. Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano*. Quito: Corporación Editora Nacional - Banco Central del Ecuador.

——— (1991). "La crisis de los años treinta: diferenciación social y sus efectos económicos (1920 1932)". En *Las crisis en el Ecuador: los treinta y los ochenta*. Rosemary Thorpe (Ed.), 31-60. Quito: Corporación Editora Nacional

McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2001). *Dynamics of contention*. New York: Cambridge University Press

Merchán, Octaviano (s/f). *El regimiento Sucre No. 2 en la batalla de los cuatro días*. s/l: s/e

Miño, Wilson (1983). "La economía ecuatoriana de la gran recesión a la crisis bananera". En *Nueva Historia del Ecuador*. Enrique Ayala Mora (Ed.), 37-70. Quito: Grijalbo / Corporación Editora Nacional

Moreano, Alejandro (1995). "Capitalismo y lucha de clases en la primera mitad del siglo XX". En *Ecuador: Pasado y Presente*. Varios (Ed.), 97-152. Quito: LIBRESA

Morillo Batlle, Jaime (1996). *Economía monetaria del Ecuador*. Quito: Imprenta Mariscal

Muñoz, Leonardo (1988). *Testimonio de lucha. Memorias sobre la historia del socialismo en el Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional

Naranjo Puente, Hugo (1956). *Historia de la Policía en el Ecuador. 1830-1956*. Quito: Talleres Gráficos Nacionales

Norris, Robert (2005). *El gran ausente*. Biografía de Velasco Ibarra. Quito: Libri Mundi Ed.

Norris, Robert E. (1968). "El cuerpo diplomático y la guerra de los cuatro días". En Revista *ARNAHIS, órgano del Archivo Nacional de Historia* - CCE, 17, año XI, agosto.

Oleas, Julio (2004). "La economía republicana 1830 - 2001". En *Enciclopedia Ecuador a su alcance*. Varios (Ed.), Bogotá: Espasa

Ortiz Bilbao, Luis Alfonso (1989). *La historia que he vivido: de la 'Guerra de los cuatro días' a la dictadura de Páez*. Quito: Corporación Editora Nacional

Ortiz, Cecilia (1991). *Indios, militares e imaginarios de nación en el Ecuador del siglo XX*. Quito: Abya Yala - FLACSO

Ortiz Villacís, Marcelo (1977). *La ideología burgesa en el Ecuador. Interpretación socio-política del hecho histórico en el periodo 1924-1970*. Quito: s/e

Pareja Diezcanseco, Alfredo (1959). *El aire y los recuerdos*. Buenos Aires: Editorial Losada S.A.

——— (1986). Ecuador. *Historia de la república*. Quito: El Conejo

Paz, Clotario (1938). *Larrea Alba (Nuestras izquierdas)*. Guayaquil: Tribuna Libre

Paz y Miño, Juan (2000). *La Revolución Juliana: nación, ejército y bancocracia*. Quito: Abya Yala

Peñaherrera, Luis Antonio (1927). *Bolchevismo y fascismo. Conferencias sustentadas en la Asociación de Empleados de Quito, en los días 24 y 25 de setiembre de 1927*. Quito: Talleres Gráficos de El Comercio

Pérez Pimentel, Rodolfo (2008a). *"Diccionario Biográfico Ecuatoriano"*. noviembre 2008, http://www.diccionariobiograficoecuador.com/.

——— (2008b). *"El fin del indomable 'Marañón'"*. noviembre 2008, http://www.ecuadorprofundo.com/tomos/tomo3/e7.htm.

Quintero, Rafael (1989). *"Los partidos políticos y el 'populismo' en el Ecuador"*. febrero 2008, http://www.tse.gov.ec/ebookstse/Libro21/libro21capitulo19.pdf.

——— (2005). *El mito del populismo*. Quito: Abya Yala

Quintero, Rafael y Erika Silva (1998). *Ecuador: una nación en ciernes*. Quito: Abya Yala

Reyes, Oscar Efrén (1949). *Breve Historia General del Ecuador*. Quito: Talleres Gráficos Nacionales

——— (s/f). *Los últimos siete años*. Quito: Banco Central del Ecuador

Rivas, Antonio (1998). "El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales". En *Los movimientos sociales*. Ibarra y Tejerina (Ed.), Valladolid: Editorial Trotta

Rodas Ch., Germán (2006). *Partido socialista. Casa adentro. Aproximación a sus dos primeras décadas*. Quito: Ediciones La Tierra

Roig, Arturo Andrés (1985). "Estudio introductorio". En *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano*. Alfredo Espinosa Tamayo (Ed.), 7-127. Quito: Banco Central del Ecuador - Corporación Editora Nacional

Romero y Cordero, Remigio (1991). *El Ejército en cien años de vida republicana. 1830 - 1930*. Quito: Centro de Estudios Históricos del Ejército Ecuatoriano

Rudé, George (1981). *Revuelta popular y conciencia de clase*. Barcelona: Ed. Crítica - Grijalbo

Rueda, Luis A. (1939). *Heroísmo y Constitución. Episodios históricos de la Batalla de los 4 días*. Quito: s/e

Salvador, Carlos (1936). *La batalla de los cuatro días en el año de 1932*. Quito: Imp. América

Salvador, Humberto (1984). *Trabajadores*. Quito: El Conejo

Salvador Lara, Jorge (2005). *Breve historia contemporánea del Ecuador*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica

Smelser, Neil (1959). *Social Change in the Industrial Revolution*.Chicago: University of Chicago Press

Sociedad Funeraria Nacional (1932a). "Cuadro de las inhumaciones". En *Boletín Mensual*, XXIII, 254.

——— (1932b). "La mortandad de agosto". En *Boletín Mensual*, XXIII, 253.

Suárez, Pablo Arturo (1934). *Contribución al estudio de las realidades entre las clases obreras y campesinas*. Quito: Imprenta Fernández

Tilly, Charles (1978). *From movilization to revolution*. s/l: Addison - Wesley

Trabucco, Federico (1968). *Síntesis histórica de la República del Ecuador*. Quito: Edit. Santo Domingo

Troncoso, Julio (1958). Odio y sangre: la descalificación del Sr. Neptalí Bonifaz y la Batalla de los cuatros días en Quito. Quito: Edit. Fray Jodoco Ricke

Uzcátegui, Emilio (1975). *Medio siglo a través de mis gafas*. Quito: s/e

Varios (1933). *La campaña de los siete días. Ataque a la Bolívar. Combate de cuatro días. Entrada de los invasores*. Quito: Imp. Manuel Gómez R.

——— (1982). *El 15 de noviembre de 1922*. Quito: Corporación Editora Nacional - INFOC

——— (2003). *Memoria política del siglo XX. Apogeo, pasión y muerte del Partido Conservador Ecuatoriano*. Quito: Abya Yala

Velasco Ibarra, José Ma. (1974). *Conciencia o barbarie. Exégesis de la política americana*. Quito: Lexigrama

Ycaza, Patricio (1988). *Acción política y consecuencias sociales de la crisis de los años 30. Segundo encuentro de historia económica (julio)*, Quito, Banco Central del Ecuador.

Zapater, Irving, Ed. (2005). *Pensamiento económico de Luis Napoleón Dillon*. Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano. Quito: Corporación Editora Nacional - Banco Central del Ecuador.

Entrevista a Doña Alicia Ordóñez Pallares, 25 de julio de 2010, Valle de los Chillos, Quito